

Fundación Walter Benjamin

¿Te acuerdas de Lenin?

Conmemoración y Revolución



Fundación Walter Benjamin

¿Te acuerdas de Lenin?

Conmemoración y Revolución



Fundación Walter Benjamin

Presidente

Sergio De Zubiría Samper

Comité de Revisión

Mary Cruz Ortega

Sergio De Zubiría Samper

Victor Valdivieso

Daymer Rios Cifuentes

Editora

Mary Cruz Ortega

Corrección de Estilo

Victor Valdivieso

Diseño y diagramación

Daymer Rios Cifuentes

<https://fundacionwalterbenjamin.org/>

Tel:3197206324

Bogotá-Colombia

Octubre - 2024



Fundación Walter Benjamin

¿Te acuerdas de Lenin? Conmemoración y
Revolución, 1a edición, Bogotá, Colombia,
Fundación Walter Benjamin .

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-958-53878-3-6

Índice

Presentación	8
Mary Cruz Ortega	

La reapropiación del pensamiento de Lenin en Nuestra América	22
Sergio de Zubiría Samper	

¿Lenin encuentra a Hegel? Notas sobre Krisis y lectura materialista	50
Nicolás González Varela	

Del Poder Parlamentario al Poder Soviético: El debate Lenin-Kautsky	100
Giovanni Libreros Jiménez	

Hacer estallar el <i>continuum</i> de la historia	132
Roland Anrup	

Lenin: Una herencia contra el revisionismo marxista	172
Victor Valdivieso	

Presentación*

***Mary Cruz Ortega**



El 22 de abril de 1870, en la ciudad de Simbirsk, Rusia (más tarde llamada Uliánovsk), vio la luz del mundo una figura que cambiaría el curso de la historia política y teórica contemporánea: Vladímir Ilích Uliánov. En aquellos días de la Rusia zarista, nacía un niño que se convertiría en pueblo, un líder que marcaría para siempre el destino de naciones, el rumbo de revoluciones y la fuerza de las ideas que estremecerían al mundo.

Vladimir creció en una época marcada por un gran movimiento intelectual y político, tanto en Rusia como en Europa, en torno a la consolidación del movimiento socialista. Cuatro años antes de su nacimiento, en 1867, Karl Marx había publicado *El capital: una crítica de la economía política*, una obra monumental que sentó las bases del análisis marxista sobre las contradicciones del capitalismo. Esta publicación impactó profundamente a las corrientes revolucionarias de la época y sería una de las principales fuentes de estudio de Vladimir años después. Ambos gigantes del pensamiento compartieron su presencia terrenal en el mundo durante 13 años, hasta 1883, cuando falleció Marx. Aunque Vladimir era un niño en ese momento, su vida adulta estuvo profundamente influenciada por el legado marxista. Un año después del nacimiento de Vla-

¿TE ACUERDAS DE LENIN?

dimir, en 1871, tuvo lugar uno de los eventos más significativos en la historia de los movimientos revolucionarios socialistas: la Comuna de París. Este levantamiento obrero, que fue aplastado en cuestión de meses, dejó una profunda huella en el pensamiento socialista, siendo analizado ampliamente por Marx y Engels. Mientras Marx debatía en el seno de la Primera Internacional (1864-1872), Vladimir, varias décadas más tarde, participaría activamente en los debates de la Segunda Internacional (1889-1916), marcada por las divisiones entre los socialistas reformistas y los revolucionarios, como él, que creían en la necesidad de una ruptura total con el capitalismo y su aparato político: el Estado.

En el contexto ruso, el descontento hacia el régimen zarista crecía cada vez más entre las diferentes capas de la sociedad. La autocracia zarista, caracterizada por la represión política y las duras condiciones de vida, especialmente para la creciente clase trabajadora y la vasta población campesina, alimentaba una sensación de insatisfacción generalizada. En este clima de tensión, uno de los eventos que marcó la juventud de Vladimir ocurrió en 1887, cuando tenía tan solo 17 años. Su hermano mayor, Aleksandr Uliánov, fue arrestado y acusado de participar en un complot para asesinar al zar Alejandro III. Como par-



te de un grupo revolucionario de estudiantes que buscaba derrocar al régimen autocrático, Aleksandr fue ejecutado por su participación en este intento fallido.

Vladimir se acercó al pensamiento de Marx y Engels desde muy joven, a pesar de la represión zarista que prohibía la circulación de sus obras. Según su compañera Nadezhda Krúpskaya: “*Lenin conocía perfectamente a Marx*. Cuando llegó a San Petersburgo en 1893, nos impresionó a todos los marxistas de entonces por lo mucho que sabía de las obras de Marx y Engels”. A los 23 años, Vladimir ya participaba activamente en los círculos marxistas clandestinos, donde se debatía la obra de Marx y Engels. en secreto, debido a la censura imperante. En 1895, Vladimir fue arrestado por difundir propaganda socialdemócrata y, tras su liberación, fue exiliado a Siberia. Se dice que, a partir del año 1901, con 31 años, Vladimir comenzaría a utilizar el nombre de Lenin, según se cree, elegido en homenaje al río Lena, ubicado en el este de Siberia. El nombre de Lenin, como un Río, se convertiría en un símbolo, en una bandera bajo la cual millones se unirían.

Después de cumplir su pena, tuvo que exiliarse nuevamente, esta vez en Suiza, donde

fundó el famoso periódico Iskra (“La Chispa”). Este periódico fue fundamental para movilizar e inspirar al movimiento socialista ruso desde el exilio. En 1903, Lenin desempeñó un papel clave en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, celebrado en Londres entre el 30 de julio y el 23 de agosto de ese año. Fue en este Congreso donde Lenin orientó su posición hacia la facción bolchevique, el ala más radical del movimiento ruso antizarista y anticapitalista. Lenin permanecería como líder de esta facción hasta su muerte, consolidándose como una de las figuras más importantes de la Revolución Rusa.

Lenin desarrolló su propio cuerpo teórico a lo largo de su vida, produciendo textos fundamentales que moldearon la teoría y práctica del marxismo en el siglo XX. Algunas de sus obras más destacadas incluyen: *¿Qué hacer?* (1902), donde plantea la necesidad de un partido revolucionario del nuevo tipo con “cuadros” (revolucionarios profesionales), que cuentan con una alta formación teórica y política, existen escenarios de toma de decisiones orientadas por el centralismo democrático, y el partido se convierte en vanguardia de la revolución socialista, siempre promoviendo la insurrección popular; *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* (1905) ilustran su capacidad para aplicar el análisis marxista a contextos específicos, como



la Revolución Rusa de 1905 y propone elementos prácticos para la continuidad de los procesos revolucionarios; *El Estado y la revolución* (1917), donde devela el carácter de clase del Estado Burgués como instrumento del capital y expone la necesidad de instaurar por la vía revolucionaria un “Estado Social Revolucionario” como institución temporal que oriente la transición hacia el comunismo sin Estado; *Imperialismo, fase superior del capitalismo* (1916), donde analiza el capitalismo de la época y advierte de la existencia de una fase monopolística e imperialista de este modelo económico-político, que conduce a las potencias europeas y a Norteamérica hacia la guerra por la conquista y reparto del resto del planeta. Lenin expresó en diversas ocasiones su preocupación por las tendencias imperialistas de Estados Unidos en América Latina. Advirtió que, como potencia emergente, Estados Unidos estaba expandiendo su influencia en la región, consolidándose como un actor clave del imperialismo global. Temía que esta expansión pudiera llevar a Estados Unidos a “engullir a México” y ejercer un control cada vez mayor sobre los países latinoamericanos.

La interpretación que Lenin hizo de Marx, adaptada a las circunstancias históricas y contextuales en las que él y sus contemporáneos

vivían, llevó a la consolidación de una corriente de pensamiento conocida por algunos como *marxismo-leninismo*. Sin embargo, otros prefieren llamarla *marxismo revolucionario*, para evitar interpretaciones simplificadoras o dogmáticas de este sistema de pensamiento. Se pueden identificar varios aspectos específicos del aporte de Lenin al marxismo revolucionario, entre los cuales se destacan:

1. Interpretación creativa y no dogmática de la obra de Marx.
2. Análisis del imperialismo como fase superior y monopólica del capitalismo
3. Crítica al reformismo y defensa irrestricta de la revolución como única vía para la transformación radical de la sociedad.
4. El papel del partido y la concepción dialéctica de su rol en la revolución.
5. Una teoría crítica del Estado y el poder y su rol en la transición hacia el socialismo y el comunismo.

El pensamiento marxista, visto desde la perspectiva de Lenin, estaba orientado hacia la praxis revolucionaria. En el contexto de la Rusia de la época, este pensamiento revolu-

cionario se fue consolidando a través de dos momentos que prepararon el terreno para el triunfo de la Revolución de octubre de 1917. El primer momento del proceso revolucionario en Rusia fue la Revolución de 1905, iniciada el 22 de enero de ese año, con el trágico episodio conocido como el “Domingo Sangriento”. Ese día, una manifestación pacífica que dirigía peticiones al Zar para la mejora de las condiciones de vida del pueblo ruso, fue brutalmente reprimida. La violenta respuesta resultó en la muerte de más de 200 manifestantes y provocó un estallido popular a lo largo y ancho del país. Este proceso marcó el surgimiento de los primeros *Soviets* (consejos de obreros), que actuaban como órganos de poder popular y representación de los trabajadores. Los acontecimientos de 1905 fueron reconocidos por Lenin y teóricos revolucionarios como Rosa Luxemburgo (que estaba en Rusia en este momento) como manifestaciones de la potencia revolucionaria desde las bases, incluso sin la orientación de un partido.

El segundo momento fue el levantamiento popular de febrero de 1917, que tuvo lugar en el contexto de la Primera Guerra Mundial. Este proceso revolucionario contó con el apoyo de amplios sectores de la sociedad rusa, incluidas las clases trabajadoras y los soldados, quienes

se sumaron al descontento generalizado. Este proceso culmina con la abdicación del zar Nicolás II y pone fin al sistema zarista. Tras la abdicación, se instauró un gobierno provisional que, sin embargo, pronto empezó a defraudar las expectativas populares de una transformación real. Esta situación generó una creciente insatisfacción y preparó el terreno para una nueva etapa revolucionaria. En medio de este contexto, Lenin regresó de su exilio en Suiza en abril de 1917 y a partir de sus *Tesis de Abril*, postuló la consigna de “Todo el poder para los soviets”. Con esta consigna Lenin hace un llamado a que los *soviets* transiten hacia la toma directa del poder político y la gestión popular del Estado, dirigiendo la transición hacia una revolución socialista. Este proceso culminaría en la Revolución de octubre de 1917, liderada por el Partido Bolchevique, cuyo máximo representante sería Lenin. La toma del poder por parte de los bolcheviques fue un hito en la historia política mundial que condujo a la creación de la Unión Soviética.

A sus 54 años, el 21 de enero de 1924, la vida de Lenin llegó a su fin. Su muerte dejó un vacío patente, pero su legado, está presente como una huella que traspasa los límites del espacio y el tiempo. La muerte de Lenin fue el final de su presencia material sobre la tierra, pero el



inicio de su presencia espectral sobre toda posibilidad de transformación radical de la vida sobre el planeta, su pensamiento y sus ideas siguen presentes en las mentes de millones. Los acontecimientos posteriores a la muerte de Lenin, como el papel decisivo de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial, donde el Ejército Rojo fue fundamental para la liberación de Europa y la derrota del fascismo, constatan esta idea. El rol clave del pueblo soviético en la contención del nazismo durante esos momentos críticos de la guerra constituye un acto de heroísmo y compromiso con la humanidad. La derrota militar del fascismo a manos del Ejército Rojo, entre abril y mayo de 1945, se presenta, posiblemente, como uno de los hechos políticos más importantes de la historia contemporánea.

El presente libro es una obra colectiva que conmemora el primer centenario de la ausencia física de Lenin en la Tierra. Como figura intelectual y ética, Lenin ha seguido inspirando a generaciones que buscan, al igual que él, transformar radicalmente el este mundo y construir otros mundos posibles. Bajo el título *¿Te acuerdas de Lenin? Conmemoración y revolución*, que rinde homenaje al texto del filósofo italiano Maurizio Lazzarato *¿Te acuerdas de la revolución?*, se esconden dos profundas

intenciones. La primera es la inquietud ante un cierto olvido, silencio o incluso negacionismo, en el contexto colombiano actual, sobre la obra del revolucionario bolchevique Lenin, especialmente en algunas organizaciones que se autodenominan de “izquierda”. La segunda es una decisión política clara: la recuperación de su memoria, siempre desde una perspectiva revolucionaria y anticapitalista.

En esta obra se presentan cinco textos inéditos que recogen reflexiones de los autores sobre momentos específicos y las discusiones políticas y filosóficas que Lenin planteó a lo largo de su vida. En el primer documento titulado *La reapropiación del pensamiento de Lenin en Nuestra América*, el profesor y filósofo colombiano Sergio De Zubiría Samper realiza un análisis, a modo de crónica, sobre cómo el pensamiento de Lenin ha sido recibido, reinterpretado y resignificado en América Latina y el Caribe. A lo largo de su texto, De Zubiría traza un recorrido histórico y propone tesis que incluyen las diversas maneras en que las ideas de Lenin han sido adoptadas por intelectuales de la región. Además, examina cómo estos pensadores han resignificado las nociones leninistas para adaptarlas a los contextos específicos de América Latina.



En su ensayo *¿Lenin encuentra a Hegel? Notas sobre Krisis y lectura materialista*, el escritor, traductor y periodista argentino Nicolás González Varela realiza un análisis profundo del impacto que tuvo la filosofía de Hegel en el pensamiento de Lenin. De manera aguda, Varela destaca como Lenin, influido por la lectura de Hegel, llevó a cabo una relectura crítica de las ideas de Marx, lo que marcó un punto de inflexión en su desarrollo intelectual. Este proceso de relectura, guiado por la dialéctica hegeliana, fue fundamental para que Lenin reconsiderara y reinterpretara ciertos aspectos del materialismo de Marx, fortaleciendo así su enfoque teórico y práctico.

Giovanni Libreros Jiménez, filósofo colombiano, en *Del Poder Parlamentario al Poder Soviético: El debate Lenin – Kautsky*, analiza y ofrece un esclarecedor recorrido histórico y conceptual sobre las diferencias teóricas y políticas entre Lenin y Kautsky. A través de este análisis, conduce al lector hacia el planteamiento de Lenin sobre la teoría de la dualidad de poderes y el papel crucial de los sóviets en la revolución, un aspecto que sería determinante tanto en su acción política como en su pensamiento filosófico.

En *Hacer estallar el continuum de la historia*, el profesor sueco Roland Anrup, presenta una sugerente propuesta sobre la estrategia política de Lenin, enfocada en la revolución. A partir de una lectura e interpretación cuidadosa de varios textos del pensador y político soviético, Anrup analiza como Lenin desarrolla su enfoque revolucionario. Esta interpretación se realiza desde la perspectiva benjaminiana, reconociendo las particularidades del pensamiento de Lenin en contraposición a la socialdemocracia contemporánea de su época. Anrup destaca cómo Lenin impulsó una ruptura decisiva con el *continuum* de la historia, proponiendo en su lugar una transformación radical a través de la revolución.

Lenin: Una herencia contra el revisionismo marxista, del docente y filósofo colombiano Víctor Valdivieso, explora las valientes e intensas discusiones que Lenin mantuvo a lo largo de su vida contra el revisionismo político de su época. Estas controversias se centraron en la defensa de una postura revolucionaria frente a las tendencias que buscaban desviar las luchas sociales hacia la integración en el modelo político y económico del capitalismo. El autor sostiene que, al igual que en tiempos de Lenin, muchas de las estructuras políticas actuales, que se pretenden de izquierda, conducen esas



luchas por caminos que terminan por reforzar el sistema capitalista.

La presente obra explora de manera dialéctica las múltiples facetas de la vida y el pensamiento de Lenin, reuniendo las reflexiones de autores de tres países y dos continentes. A través de una variedad de formatos, estas ideas se expresan libremente, sin las limitaciones de la academia tradicional, orientadas por la libertad de conciencia y pensamiento que surgen de las convicciones políticas y vitales de sus autores. Estas condiciones son esenciales para la emancipación humana. Invitamos al lector a mantener viva la memoria de Lenin y a participar en el debate sobre la conmemoración de su legado, así como en la discusión de las tesis y propuestas que los autores presentan en esta obra.

La reappropriación del pensamiento de Lenin en Nuestra América*

***Sergio De Zubiría Samper.**

Profesor Titular Doctorado
en Bioética. Universidad
El Bosque. Presidente
Fundación Walter Benjamin
para la Investigación Social.



La influencia y reappropriación de la revolución soviética y del pensamiento de V. I. Lenin, en el contexto de América Latina y el Caribe, serán siempre una tarea de investigación y una responsabilidad ética del pensamiento crítico de nuestra región. Nuestro continente siempre ha estado abierto al espíritu revolucionario de los tiempos, como lo demostraron las consecuencias ideológicas de la Revolución Norteamericana de 1776, la Revolución Francesa de 1789, la Revolución Haitiana de 1791 y la República Española de 1931, en el pensamiento y la acción política latinoamericana. Todos estos acontecimientos han dejado una huella indeleble en la historia regional. La Revolución Socialista de la Unión Soviética, será un hecho determinante en el Siglo XX, hasta tal punto que el historiador inglés E. Hobsbawm, lo considera el inicio de ese “corto siglo” y su derrumbe, en 1989-91, como los pasos para el cierre del siglo. Un acontecimiento que tendrá consecuencias planetarias al incidir en las revoluciones posteriores de los pueblos asiáticos y europeos, como también en la victoria de los guerrilleros de la Sierra Maestra.

Podemos postular que tampoco se ha tratado de una recepción pasiva, adaptativa o imitativa, sino de una resignificación y reapropia-

ción del pensamiento y la praxis revolucionaria. Comprendemos esta reappropriación como la reconstrucción de un proceso histórico o de una teoría en clave de interés emancipatorio. Conlleva las siguientes acciones: (a) Interpretarla desde el contexto social, cultural e histórico; (b) Recuperar su intencionalidad de transformar la sociedad; (c) Repensar las subjetividades históricas que puedan realizar esa transformación social.

Nuestro continente es bastante potente en voluntad, imaginación y creatividad subversiva. Para P. Anderson, es la única área del mundo con una historia de levantamientos revolucionarios y luchas políticas radicales hace más de un siglo, empezando con la Revolución mexicana (anterior a la primera guerra mundial y la revolución rusa), que entre las dos guerras experimentó importantes levantamientos y experimentos políticos derrotados (el sandinismo, la revuelta aprista, la insurrección de El Salvador, el Frente Popular en Chile, etc.). Que luego de la segunda postguerra comenzó el ciclo del peronismo, el bogotazo, la revolución boliviana, la revolución socialista cubana y que hasta ahora no ha pasado una década sin un importante levantamiento social. Según este investigador, a partir de la revuelta zapatista en 1994, se desplegó el últi-

mo ciclo popular de resistencia contra el neoliberalismo, que aún no ha terminado.

El presente escrito explora dos aspectos de la influencia del pensamiento de Lenin en Nuestra América. En primer lugar, algunos aspectos historiográficos que evidencian su influjo en nuestra historia social y política. En segundo lugar, talantes teóricos e ideológicos que se convierten en significativos en la apropiación de su legado. Partimos de la tesis interpretativa que su incidencia es tanto teórica como práctica; la potencia del leninismo siempre está relacionada con interpelaciones tanto de orden teórico como de la praxis revolucionaria. Dividimos estas notas en dos partes. El primer momento enumera de forma general, no sistemática, episodios y acontecimientos que muestran la presencia e influencia de sus lecciones prácticas revolucionarias. Reiteramos que no constituyen una perspectiva “sistemática”, porque no intentamos un ejercicio de periodización histórica, como tampoco unas conclusiones generales. La segunda parte, evoca aquellos aspectos que la intelectualidad revolucionaria latinoamericana ha destacado de su legado. Tampoco se trata de una investigación exhaustiva de toda la intelectualidad de la región, sino de algunas referencias que consideramos hitos de esta tradición intelectual

crítica. La mayor limitación de este escrito es la expectativa anunciada en su título, porque no podemos asumir que expone la “totalidad” de los momentos y autores de la “reapropiación” de la obra del revolucionario soviético; y mucho menos, en todos los países de la región.

Acontecimientos y pasajes de la influencia de Lenin

El pensamiento y la obra de Lenin, según Serguei Semoniov (1970) se conoce y es estudiada poco tiempo después de sus apariciones en Europa. Varios periódicos registran en 1917 la revolución orientada por los bolcheviques: el semanario “Adelante” en Chile; el “Nuevo Diario” en Venezuela; “El Día” en Uruguay. Según sus pesquisas, la traducción prematura de sus primeras obras se realiza en Brasil en 1919 a través de la propagación manuscrita en periódicos de importante tiraje, como “Espartacus”, “Hora Social” y “Alba Rossa”. En Argentina, entre 1918 a 1922, la casa editorial “La Internacional”, publica diez folletos de Lenin. En Uruguay, la editorial “Artigas, publica en 1920 los escritos “El Estado y la Revolución” y la “Carta a los Obreros Norteamericanos”. En México aparece, en 1921, “La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo”. Una editorial costarricense publica en 1919



el texto “El Estado y la Revolución”. Para este estudioso soviético, en el ciclo de apropiación del pensamiento leninista serán relevantes los nombres del peruano José Carlos Mariátegui y el mexicano Rafael Ramos Pedrueza, quiénes hacia 1925, organizan grupos de estudio leyendo directamente textos del legado leninista. El primero en el Perú y el segundo en Ecuador.

En la obra *Los Inconformes* del colombiano, Ignacio Torres Giraldo, describe de forma autobiográfica su experiencia con los ecos de la Revolución Soviética, así:

“Por virtud de los controles internacionales del imperialismo en materia de información, las noticias sobre la Gran Revolución Soviética, incompletas y contradictorias, fueron conocidas al principio por muy poca gente. En estas condiciones los simpatizantes naturales de la causa del pueblo ruso estuvieron en una tensa expectativa por algún tiempo, estimulados a veces por comentarios de fronda contruidos a base de simples deducciones o frágil argumentación de lo supuesto. Y fue solo al finalizar el año de 1918, con motivo sobre todo del armisticio del once de noviembre

que puso término a las hostilidades en los frentes inter-imperialistas, cuando se vino a tener en Colombia cierta claridad sobre la ruta de la revolución en el viejo imperio de los zares. Y gracias a esta claridad, los simpatizantes de los soviets empezaron a decir la nueva verdad y con ella a imprimir aliento a la que pronto habría de ser la revolucionaria del movimiento de masas en nuestro país” (Torres Giraldo, 1973, p. 670).

El historiador y dirigente revolucionario narra cómo ese armisticio fue vivido por él en la ciudad de Popayán:

“el pueblo trabajador salió a las calles y plazas unido a los universitarios y en general al estudiantado que era numeroso. Portaban las gentes banderolas con los colores nacionales Inglaterra, Francia y Estados Unidos, que agitaban como pañuelos a sus oradores, jóvenes estudiantes exaltados. ¡Entre tales banderolas las había también rojas, y quienes las portaban gritaban sus vivas a la revolución rusa, a los soviets; El hecho produjo inclusive, pequeños inciden-



tes. Y pese que se trato de restarle importancia, la verdad es que despertó interés en muchas personas” (Torres Giraldo, 1973, p. 671).

Sobre la base de los rebeldes y simpatizantes de este acontecimiento, se fundó a los pocos meses el Directorio Socialista Departamental del Cauca y su semanario La Ola Roja, simbolizando que del oriente vendría la ola revolucionaria que transformaría la vieja sociedad. Estos sucesos, influenciados por el hito de la Revolución Bolchevique constituyen los gérmenes regionales del Primer Congreso del Partido Socialista, reunido el 7 de agosto de 1919 en la ciudad de Bogotá.

Habría que realizar una investigación sobre las primeras obras y folletos publicados en Colombia en la década de 1920, pero la divulgación masiva se va a realizar por Ediciones Suramérica, en la década de 1950, a través de libros publicados en el exterior. Según exploraciones realizadas por José Consuegra, “las ediciones hechas por “Suramérica”, según datos directos suministrados en agosto de este año de 1970, alcanzaron en cuatro años (1959-1963), unos 24.000 ejemplares, que se encuentran agotados. La sola librería de Ediciones Suramérica ha vendido de Lenin

publicados fuera de Colombia, doscientas colecciones de los cuarenta y tres tomos de sus obras completas y mil novecientas colecciones de obras escogidas. Solamente, con motivo de Centenario de su nacimiento, dicha librería vendió en un mes más de cinco mil folletos de literatura leninista” (Consuegra, 1970, p. 27).

La incidencia del marxismo en la década del veinte del siglo XX es relevante y diversa en nuestro continente. Como plantea M. Lowy, este momento coincide con un periodo revolucionario entre 1920-1935, cuya expresión teórica más significativa es la obra de J. C. Mariátegui y cuya manifestación práctica más relevante es la insurrección salvadoreña de 1932 (Lowy, 1982). Al lado del revolucionario peruano, para A. Quijano, encontramos una pléyade de luchadores revolucionarios: a Recabarren en Chile, Ponce y Condovilla en Argentina, Mella en Cuba, Pereyra en Brasil. Por diversas razones, Mariátegui tiene “el sitio de un fundador y de un guía actual para el marxismo latinoamericano” (Quijano, 1982, p. 61). Algunos de esos motivos, para el sociólogo Quijano, son: (a) Su capacidad para investigar, conocer, explicar, interpretar y cambiar una realidad histórica concreta, desde dentro de ella misma; tomando distancia de aquellas posturas que “aplicaban” el marxismo de for-

ma imitativa, reduccionista y determinista; (b) Su propósito de situar los rasgos específicos de una formación económico-social en una perspectiva de desarrollo histórico; (c) Su fascinada avidez por explorar todos los ámbitos de la experiencia humana sobre la tierra y comprensión de otras tradiciones culturales e intelectuales; (d) Su temprana comprensión de la importancia de la Revolución Soviética y de la obra de Lenin. Quisiéramos dedicar algunas líneas a este último componente.

Desde su retorno al Perú en 1923, luego del periplo europeo (1919-1923), Mariátegui se convierte en un ferviente divulgador de lo acaecido en Rusia y en un analista de las enseñanzas de esta revolución proletaria entre las fuerzas sociales interesadas en la transformación social. Las figuras de Lenin, Gramsci y Trotsky serán admiradas y estudiadas por el dirigente peruano. En su texto *Defensa del Marxismo* y en su discurso fúnebre ante la muerte del dirigente bolchevique (Mariátegui, 1924), realiza afirmaciones contundentes sobre el mérito universal de Lenin y la revolución: (a) Lenin conforma en nuestra época el restaurador más enérgico y fecundo del pensamiento marxista; (b) Realiza aportes substantivos en la definición del sentido de la crisis contemporánea, el descubrimiento de un método para

la praxis revolucionaria de carácter clasista y el fortalecimiento de los instrumentos morales y materiales de las revoluciones actuales; (c) La Revolución Rusa constituye el acontecimiento dominante de todo el socialismo contemporáneo y su alcance histórico aún no se puede prever porque simboliza la iniciación de una nueva etapa marxista. En su homenaje, en marzo de 1924, ante el fallecimiento del líder bolchevique afirma de forma contundente: “La muerte de Lenin significa una pérdida inmensa para la Revolución: Lenin hubiera podido aún dar mucho esfuerzo inteligente a las muchedumbres revolucionarias. Pero ha tenido suficiente tiempo, afortunadamente, para cumplir la parte esencial de su obra y su misión: ha definido el sentido histórico de la crisis contemporánea, ha descubierto un método y una praxis realmente proletarias y clasistas, ha forjado los instrumentos morales y materiales de la Revolución”.

La reapropiación de Mariátegui del leninismo se realiza en ciertas claves interpretativas. En primer lugar, el sentido de la crisis en su forma imperialista no es exclusivamente una crisis económica y política, sino, sobre todo una crisis ideológica y subjetiva, que se expresa en el campo filosófico en las disputas con las filosofías positivistas dominantes. En segundo

lugar, subrayar como la contienda bélica ha producido en el campo proletario una nítida separación entre reformistas colaboracionistas socialdemócratas y revolucionarios comunistas. En tercera instancia, existen nítidas conexiones entre los sucesos revolucionarios acaecidos en otras latitudes y la realidad latinoamericana. Cuarto, la interrelación entre la situación revolucionaria y los factores subjetivos, entre ellos la dimensión moral de la lucha, convierten al marxismo-leninismo en el método revolucionario de la etapa del imperialismo y los monopolios.

Las décadas del cuarenta y cincuenta del siglo XX experimentan el peso del DIAMAT soviético (nombre ruso de un tipo muy peculiar de “materialismo dialéctico”), que tendrá alta influencia en ciertos partidos comunistas oficiales latinoamericanos. Se trata de una síntesis dogmática y escolástica de unas supuestas “leyes” deterministas de la naturaleza, el pensamiento y la sociedad, que otorga a las “fuerzas productivas” el papel de motor de transformaciones lineales, inexorables y necesarias hacia la fase socialista. Este constructo divulgado a través de “manuales” contiene consecuencias y efectos problemáticos en la formación política e ideológica de amplios sectores de la militancia marxista. Es conveniente acoger las

recomendaciones del sociólogo ecuatoriano A. Cueva, al plantear que la región, de todas maneras, se “marxistiza” a través de un “desarrollo desigual” desde la década del treinta del siglo XX. Evitar algunos lugares comunes en la historia marxista regional, tales como: (a) La suposición de una especie de “edad de oro” hasta 1.935 y un declive hasta la Revolución Cubana; (b) La creencia que la adscripción a la Internacional Comunista decidía de manera fatal los destinos de los partidos comunistas y socialistas; (c) El supuesto que la insurrección cubana no tiene ninguna relación con el marxismo y el leninismo. Este sociólogo ecuatoriano problematiza los anteriores supuestos, mostrando la riqueza del marxismo latinoamericano de entreguerras, con nombres como Neruda, Vallejo, Guillén, Amado, Fallas; la heterogeneidad e independencia de varios partidos comunistas de la IC; como también la caracterización de la revolución cubana como un proceso de larga culminación marxista, y al mismo tiempo, de ruptura. Para mostrar que la “marxistización” del continente conforma un “desarrollo desigual” porque se convierte en hegemónico en varias dimensiones de la cultura, “cuaja muchísimo menos” en el plano organizativo-partidario (aun existiendo partidos comunistas y socialistas) y penetra

bastante lentamente en las masas populares. Tesis muy sugerentes para comprender la importante influencia cultural del marxismo en la región y durante el siglo XX, al lado de un “desarrollo desigual”, porque la simple existencia de partidos no constituye una garantía de su influjo y además procede con arraigo gradual en la conciencia de las masas.

Las décadas del sesenta y setenta serán muy potentes en la reapropiación y discusión del leninismo. La Revolución Cubana de 1959 será uno de los factores determinantes de este despliegue. Los motivos son múltiples, pero algunos son determinantes. En primer lugar, constituye la primera revolución declarada explícitamente socialista en el continente y la propia aseveración de Fidel Castro de su previa fuente inspiradora en el marxismo-leninismo. En segunda instancia, contiene el desafío práctico de una “aclimatación” o “re-contextualización” de esas teorías a la realidad latinoamericana y caribeña. Tercero, el auge de las ciencias sociales latinoamericanas y un “boom” de la literatura y las artes de la región. Cuarto, contribuye a dinamizar discusiones internas en el seno del marxismo-leninismo, que, según A. Cueva, remiten a cuatro problemas centrales: (a) Definir rigurosamente la naturaleza y carácter de las formaciones socia-

les latinoamericanas; (b) Investigar las clases sociales, sus relaciones de fuerzas y las eventuales alianzas revolucionarias; (c) El carácter de la revolución latinoamericana; (d) Las formas de lucha y las vías para la revolución. Se desata una importante polémica sobre la naturaleza capitalista de América Latina y se polemizan concepciones que la caracterizan como “feudal”, “semifeudal” o “precapitalista”; se inaugura la discusión sobre la existencia de una “burguesía nacional” y el papel revolucionario del campesinado; la posibilidad concreta de revoluciones socialistas y sus transiciones en Nuestra América; y se fundamentan las diversas formas de lucha, entre ellas el “foquismo” y la guerra popular prolongada. Estas dos décadas simbolizan un momento muy potente del pensamiento revolucionario y Lenin conforma una veta de importante reflexión; en términos de Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar: “Inventamos o erramos”.

La intelectualidad revolucionaria ante el legado de Lenin

En 1970 se conmemora el centenario del nacimiento del líder bolchevique y se realizan ese año dos publicaciones muy significativas de sistematización de su legado en nuestro continente. El libro del dirigente comunista



uruguayo Rodney Arismendi “Lenin, la revolución y América Latina”; reeditado varias veces y texto de obligada consulta; y, la obra del intelectual colombiano José Consuegra “Lenin y América Latina”, editada por la Universidad del Atlántico y bastante desconocida en nuestro medio.

El texto del intelectual uruguayo constituye un extenso y erudito tratado que recorre el pensamiento y la vida de Lenin. En sentido estricto, la obra consta de tres partes substantivas: una semblanza del bolchevique, su teoría dialéctica del partido y la concepción de Lenin sobre las vías de la revolución. Consta de una detallada semblanza del dirigente bolchevique en los momentos cumbre del proceso soviético y centra su esfuerzo en develar los rasgos de la personalidad de Lenin entre 1917 y 1924; partiendo del 24 de octubre de este año; son siete años decisivos de la revolución y su vida. Luego consolida dos sólidas partes dedicadas a “Lenin, la dialéctica y la teoría del partido”, y, “Lenin y las vías de la revolución”. Varios aspectos son destacables de esta obra clásica. En primer lugar, la referencia directa a fuentes primarias de Marx, Engels y Lenin, estableciendo puentes y matices entre estos pensadores. En segunda instancia, la importante alusión y discusión con filósofos del momento

como L. Althusser, J. P. Sartre y H. Marcuse. En tercer lugar, la interrelación que establece entre la dialéctica filosófica y la teoría leninista del partido. Se trata de una obra colmada de contenidos, interpretaciones y tesis, en cierto sentido, inagotable.

En el horizonte de la tradición interpretativa de Palmiro Togliati, subraya Arismendi los tres aportes de Lenin al marxismo: (a) Una doctrina del imperialismo como fase superior del capitalismo; (b) Una doctrina de la revolución que exige sólidas teorías del Estado y el poder; (c) Una doctrina del partido. Tres ejes que mantienen entre sí una plena unidad dialéctica. Destaca la labor titánica de Lenin para cumplir la misión histórica de defender y restaurar la esencia revolucionaria del marxismo, que luego de la muerte de Engels, en 1895, cayó en los escombros de oportunismo y el reformismo, condensado en las corrientes revisionistas de la II Internacional. “Elabora la teoría de la revolución rusa, por la reunión creadora de las tesis de Marx y Engels con la práctica de la Rusia conmovida por una constante conmoción revolucionaria. “Nuestra doctrina no es un dogma, sino una guía para la acción”- escribe. Lenin, lo proclama más de una vez; pero más que ello, lo aplica genialmente. Y en 1917, lo repite de otro modo,

en un nuevo acto de creación teórica, en sus “Cartas sobre táctica”: la teoría en el mejor de los casos sólo traza lo fundamental, lo general, sólo abarca de un modo aproximado, la complejidad de la vida” (Arismendi, 1970, p. 21). Por ello, G. Lukács, afirma que la actualidad de la revolución constituye la “idea fundamental” de Lenin.

La parte dedicada al partido y la dialéctica contiene tesis bastante sugerentes. La primera es la existencia de una plena concordancia entre la filosofía y la política leninista; sus profundas lecturas y acotaciones sobre Hegel entre 1914-1915 tienen ese sentido profundo. Las luchas de clases como expresión de la política se manifiestan en el proceso dialéctico del partido. La segunda la conforma la nítida distinción leninista entre “evoluciones” y “revoluciones”, porque las primeras no despliegan un movimiento dialéctico, mientras las segundas son la típica manifestación de la unidad de los contrarios: La tercera está conformada por la imposibilidad de reducir la teoría leninista del partido a una fórmula o receta organizativa o simplemente a una eficiente concepción de la organización, porque esto empobrece la plasticidad dialéctica de la visión organizativa de Lenin.

La parte final de esta obra, dedicada a Lenin y las vías de la revolución, constituye, tal vez, el tratado más sistemático en América Latina sobre esta problemática. Tiene tres capítulos: Doctrina e Historia; El método de Marx y Lenin en la determinación de las vías de la revolución; El planteamiento de las “vías” en nuestra época. Ciertos investigadores consideran que un rasgo distintivo del marxismo latinoamericano es su invaluable y definitivo aporte a la problemática de las vías de la revolución. Esta obra de Arismendi conforma un hito regional de esta problemática. Algunos de sus postulados son adecuadas medidas para su comprensión teórica y política. En primer lugar, la necesidad de establecer distinciones entre “vías de la revolución”, “momentos revolucionarios” y “hora” de la toma del poder; como también diferenciar “vía” de la revolución y “asalto al poder”. En segunda instancia, la concepción de las “vías” revolucionarias no es simplemente un asunto táctico circunstancial, sino una discusión estratégica sobre la “vía” probable que exige claridad sobre la “insurrección armada” y los tipos de violencia, por tanto, no se puede erigir en regla lo que puede ser solamente una excepción, como puede ser el caso de la denominada “transición pacífica” al socialismo. Tercero, reiterar



como la revolución socialista debe destruir la “máquina burocrática-militar” del Estado capitalista y no solamente “apoderarse” de ella.

La obra del colombiano J. Consuegra “Lenin y la América Latina” (1970) tiene dos partes. En la primera el intelectual caribeño expone la influencia de Lenin en nuestro continente y su incidencia en la ideología económica latinoamericana. En la segunda, plantea dos interrogantes sobre el legado del dirigente bolchevique a un grupo representativo de intelectuales nativos. Se inicia con un recorrido autobiográfico en su encuentro con Jorge Eliecer Gaitán, en 1944, en una noche de agitación popular en Barranquilla donde el líder liberal evoca la figura de Lenin y marca el interés de Consuegra por el país de los “soviets”; para luego establecer conexiones entre el dirigente bolchevique y el pensamiento de Bolívar, Martí, Ingenieros, Ponce, Mariátegui y Fidel Castro. Luego centra su reflexión en los aportes de Lenin al desarrollo del pensamiento económico latinoamericano. Con un profundo manejo de “El desarrollo del capitalismo en Rusia” (1899) y “El imperialismo fase superior del capitalismo” (1917), el profesor colombiano sistematiza los aportes leninistas para un análisis de los factores estructurales de origen externo (imperialismo, concentración monopolista

de capital, financiarización, subdesarrollo) y los factores estructurales internos (tenencia de propiedad territorial, latifundio y minifundio, falacias de las reformas agrarias, integración latinoamericana, poblaciones étnicas latinoamericanas). Para J. Consuegra, la obra económica de Lenin emerge como precursora del enfoque y método de análisis estructural que deben apropiar las nuevas escuelas de economía política latinoamericana.

La segunda parte de su libro tiene un inmenso valor testimonial y académico. Interpela a veinte representativos intelectuales latinoamericanos sobre dos preguntas: (1) ¿Cómo aprecia usted la importancia de Lenin (sic) en el mundo actual?; (2) ¿Cree usted que el pensamiento de Lenin (sic) ha influido en América Latina? Vamos a centrarnos en la segunda interrogación y solo en algunos interlocutores. Las intervenciones de Lázaro Cárdenas y Carlos Rafael Rodríguez. Reiterando la importancia contenida en esta parte del texto, que posibilita significativas inferencias para comprender la reapropiación de Lenin en nuestra región.

El Ex-Presidente de México, Lázaro Cárdenas, figura destacada del antiimperialismo, la reforma agraria, la nacionalización del petró-



leo y artífice de la tradición del exilio político mexicano, subraya tres decisivas influencias de Lenin en Latinoamérica. La primera, al examinar con excepcional lucidez las contradicciones fundamentales del imperialismo develó su agudización en tres escenarios: entre el capital y el trabajo en los países industrializados; las que se derivan de la competencia entre las potencias imperialistas; y, las que se presentan entre esas potencias imperialistas y los países bajo su influencia. La segunda, su alta valoración de las acciones antiimperialistas de los países dependientes por los resultados prácticos en el balance general de las luchas contra el imperialismo. Tercera, enunció certeramente la unidad de intereses del movimiento proletario de los países desarrollados y los movimientos de liberación nacional contra todas las formas de colonialismo. El ministro del Gobierno Revolucionario Cubano, Carlos Rafael Rodríguez, sostiene como en medio de las diferencias con el mundo ruso, encontramos elementos que nos son comunes y cercanías al mundo conceptual de Lenin. En primera instancia la convicción leninista que las revoluciones socialistas europeas tienen en las colonias y semicolonias de Asia, África y América Latina, sus reservas más explosivas y su mejor defensa: el imperialismo ha converti-

do a las revoluciones en una misma revolución planetaria. En segundo lugar, la sensibilidad de Lenin al comprender como la estructura de clases en condiciones de opresión colonial conlleva particularidades como la debilidad o inexistencia del proletariado, la presencia importante del campesinado, la dependencia de formas de agricultura atrasadas y la proliferación de sectores sociales exclusivamente rentistas. Tercero, las advertencias leninistas para evitar confundir las nacionalizaciones y reformas agrarias con contenido “burgués” de aquellas anticapitalistas con nítida perspectiva socialista. En palabras de Rodríguez:

Sobre esto Engels dijo cosas muy oportunas hace cien años, a propósito de las “nacionalizaciones” supuestamente “socialistas” de Bismarck. Lo mismo ocurre con la Reforma Agraria. De hecho, todos los reformistas latinoamericanos han abogado por una Reforma agraria como manera de acelerar el desarrollo capitalista en nuestros países. Sería posible decir algo similar de la nacionalización de la enseñanza y, así, en casi todos los campos (Rodríguez, como se cita en Consuegra en 1970, p. 121).

Treinta años más tarde, en 2001, el intelec-

tual comunista colombiano Álvaro Vásquez, sintetiza el legado de Lenin de forma muy lúcida:

Quizá su aporte más importante al movimiento revolucionario es el carácter creador de su visión del marxismo. La defensa del espíritu renovador de la doctrina de Marx, su expresión original, los nuevos desarrollos en circunstancias diferentes. En esa brega, forjó nuevas tesis, exploró territorios no conocidos, sentó bases de nuevas investigaciones y, desde luego. Incorporó al acervo del marxismo toda una serie de elaboraciones que antes no se conocían. Entre ellas podrían señalarse: las cuestiones de las alianzas políticas en la lucha por la democracia y el socialismo; la teoría del partido de nuevo tipo; la teoría del imperialismo como capitalismo monopolista; las vías y las formas de acceso al socialismo; la teoría del estado capitalista y socialista, las nuevas condiciones de la lucha anticolonial y por la emancipación de los pueblos; los problemas económicos del socialismo en las condiciones del cerco capitalista (Vásquez, 2010, p. 68.).

¿TE ACUERDAS DE LENIN?

Definitivamente la reapropiación de la vida y la obra de Lenin no ha sido imitativa en nuestro continente. Siempre el espíritu creador ha caracterizado al marxismo latinoamericano. Hemos recorrido algunos hitos de la influencia de la revolución soviética y subrayado la profunda relectura de su pensamiento en estas latitudes. Una reapropiación inagotable y siempre en construcción.



Referencias.

Anderson, P. (2018) *Peripecias de la Hege-
monía*. Madrid: Akal.

Arismendi, R. (1976). *Lenin, la revolución y
América Latina*. México: Grijalbo.

Bermejo, A. (2011) *Mariátegui: Humanis-
mo, estética y contemporaneidad*. Caracas: el
perro y la rana.

Consuegra, J (1970) *Lenin y la América La-
tina*. Barranquilla: Universidad del Atlántico.

Cueva, A. (2008). *El marxismo latinoame-
ricano: Historia y problemas actuales*. Buenos
Aires: CLACSO.

¿TE ACUERDAS DE LENIN?

Quijano, A. (1982) Introducción a Mariátegui. México: Era.

Lowy, K. (2007) El marxismo en América Latina. Chile. Lom.

Torres Giraldo, I. (1973) Los Inconformes. Bogotá: Margen Izquierdo.

Vásquez, Á; y Oviedo, A. (2010) Memoria y luchas sociales. Bogotá: Izquierda Viva.





¿Lenin encuentra a Hegel?*
**Notas sobre *Krisis* y lectura
materialista**

***Nicolás González Varela.**

Filósofo y ensayista argentino



“Momentos que desaparecen= Ser y no Ser.

¡¡Magnífica definición de la Dialéctica!!”

(Lenin, 1915)

El lector podrá preguntarse: ¿Tiene sentido para la actualidad de la Revolución y para las tareas pendientes del Movimiento comprender la función que cumplió la Dialéctica hegeliana en el Lenin maduro? Aunque la respuesta pueda parecer escéptica o incluso un ejercicio de erudición intentaremos encontrar la potencial productividad teórico-práctica que yace en este encuentro-desencuentro. Se trata en primer lugar de reflexionar sobre cómo se traduce la Filosofía en una Metapolítica revolucionaria. Y cómo se traduce este transfert peculiar a través de un no-filósofo. En Filosofía —confesaba Lenin— “yo soy un indagador”, “soy un marxista corriente en Filosofía”, “nosotros, los marxistas comunes, somos gentes poco leída en Filosofía”, por lo que no se puede exigir —como muchos comentaristas críticos pretenden en el caso de sus textos parafilosóficos— una profundidad profesional ni indicaciones académicas formales, pues eso es precisamente lo que Lenin no buscaba. Su indagación es de otro tipo, buscando correlaciones ocultas o inconscientes entre

ciertas posiciones políticas y organizativas y determinadas formas de pensamiento. Su objetivo confeso es claro: “No puedo aceptar de ninguna manera que se diluya el Marxismo.”

Revertir a Hegel el oscuro

“Trato en general” —confesaba Ulianov en septiembre de 1914— “de leer a Hegel desde un punto de vista materialista... por eso elimino a Dios, a lo Absoluto, a la Idea pura, etc.” (Lenin, 1976, p. 101).¹ Tal es la confesión fi-

1 Recordar que *Cuadernos filosóficos* se tradujo en alemán en 1932, en francés en 1938, en inglés e italiano en 1958 y en español recién en 1960. Lenin utiliza la edición *Georg Wilhelm Friedrich Hegel's Werke. Vollständige Ausgabe durch einen Verein von Freunden des Verewigten*, Duncker und Humblot, Berlin, 1832–1845. Véase desde la perspectiva del *Dia-Mat*: B. M. Kedrov; “On the Distinctive Characteristics of Lenin’s Philosophical Notebooks”, en: *Soviet Studies in Philosophy*, 9:1, pp. 28-44; además de los trabajos clásicos de Louis Althusser: *Lénine et la philosophie*, Maspero, Paris, 1969; Lowy, Michael, *Dialéctica y Revolución*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1975, pp. 117-138; Raya Dunayevskaya, *Filosofía y revolución. De Hegel a Sartre y de Marx a Mao*, Siglo XXI, México, 1977, en especial el capítulo: “El choque de reconocimiento y la ambivalencia filosófica de Lenin”, p. 104 y ss.; además los trabajos más recientes de Kevin Anderson: *Lenin, Hegel, and the Western Marxism. A Critical Study*, University of Illinois Press, Chicago, 1995; Robert Mayer, “Lenin and the Practice of Dialectical Thinking”, en: *Science & Society*, Vol. 63, 1999, pp. 40-62; Gianni Fresu, *Lenin lettore di Marx. Dialettica e determinismo nella storia del movimento operaio*, Città del



losófica que se encuentra en esos enigmáticos cuadernos de notas y lecturas que Lenin compuso a partir de 1914. Es un año decisivo: la tendencia bolchevique leninista en Rusia yace en un estado ruinoso; el campo de emigrados revolucionarios del Bolchevismo se encuentra dividido en varios grupos y escuelas, como la de Bogdanov. Internacionalmente el 1º de agosto de 1914 es la fecha catastrófica para toda la socialdemocracia europea con el estallido de la Gran Guerra. Ignominiosamente, socialistas alemanes y franceses votan a favor de los presupuestos de guerra; nace de la nada la infame “Unión sagrada”. La socialdemocracia alemana “era la autoridad teórica principal, y ahora es precisamente ¡el modelo de lo que no debe hacerse” —escribe Lenin a Shliápnikov en octubre de 1914.

En este contexto de crisis mundial y con una situación personal y política cada vez más desesperada, Lenin es incluso ingresado en prisión. Sucede uno de los episodios más extraños en su vida. En la tranquila y apacible sala de una biblioteca suiza en Berna, “ciudad aburrida pero culta” —su nuevo exilio forzado— se sumerge a estudiar la Dialéctica, y en especial a comprender a Hegel, el oscuro,

Sole, Napoli, 2008.

durante todo un largo año. Por cierto: será de lejos el autor más estudiado y resumido por Lenin en su Nachlass. El sentido inconsciente no podía ser más claro. La salida a la crisis del paradigma del Marxismo segundointernacionalista se resuelve de una única manera: con más teoría. Se trata de repensar el Marxismo en su momento más sombrío y pesimista, profundizando en la fuente misma de la Dialéctica. ¿Hegel versus la “corrupción burguesa” dentro del Marxismo oficial?

La cuestión es existencial, vital: nada más ni nada menos que el tema de la “independencia ideológica del proletariado”. Se trata de organizar un “rechazo ideológico” al más alto nivel de la Teoría. El Marxismo segundointernacionalista, como el propio revisionismo histórico clásico, se apoyaba consciente y explícitamente en Filosofías de corte neoidealistas trascendentales, en especial el Neokantismo, y el objetivo más importante de su ataque filosófico al Marx clásico era precisamente... la Dialéctica. En segundo lugar, la herencia de Hegel: un marxista moderno debía evitar “la trampa del método hegeliano” (Bernstein dixit).² Por lo que el gesto filosófico de Lenin en el

2 Véase el estudio clásico de Bo Gustafsson: *Marxismo y Revisionismo. La crítica bernsteiana del Marxismo y sus premisas histórico-ideológicas*; Grijalbo,



momento kairológico de 1914 es una respuesta, no solo teórica sino política, a la coyuntura de crisis internacional, institucional, organizativa e incluso personal. Garaudy en su estudio biográfico lo define como un intento de Lenin de reflexionar “sobre los fundamentos teóricos de una traición, la de la Segunda Internacional, tan profunda” (Garaudy, 1968, p. 39).

Aunque la tesis subjetivista de la “traición de la dirección” es simplista, monocausal e insostenible desde una perspectiva materialista, lo cierto es que la búsqueda filosófica de Lenin —filósofo espontáneo y no-profesional— significaba en estas coordenadas una certeza concreta: las diferencias tácticas remitían indefectiblemente a un sustrato teórico erróneo y corrupto. El conflicto, no solo en el tema de la guerra en Europa sino en cuestiones de organización, reconducía a profundas divergencias en la gran Teoría, que se proyectaban al horizonte estratégico. Para el Lenin pre-1914, para el Ulianov pre-dialéctico, las diferencias tácticas no significaban en última instancia diferencias abismales ni profundas en la gran Teoría. Y es en este kairós donde surge la necesidad de profundizar en Hegel, de

desarrollar una interpretación materialista, de repetir la inversión, la Umkehrung de Engels y Marx. Pero he aquí que la Umkehrung materialista era imposible de realizar, ya que su propio objeto, la Dialéctica de Hegel, era un objeto difuso, mal conocido y peor interpretado. La confrontación con Hegel, o más exactamente con su correcta inversión, su puesta en reverso, fue una de las obsesiones en la autocomprensión de Lenin durante estos años. Hegel el oscuro no solo fue la “lengua primordial” en la que Engels y Marx desarrollaron su pensamiento teórico y filosófico, sino también el punto de traspaso, el Übergang, la transición hacia la idea del comunismo crítico. La Dialéctica materialista, nuevamente recuperada, debería intervenir para comprender la crisis desde una perspectiva no-unilateral y para redireccionar la visión estratégica de la clase. Entender la Dialéctica de Hegel es comprender mejor a Marx. Tal la paradójica ecuación.

¿Lenin pre-dialéctico?

Anteriormente a estas lecturas la noción de Dialéctica en Lenin, o las menciones en cuestiones de táctica, parecen ser derivadas de sus conocimientos directos no tanto de Hegel como de Feuerbach, Chernichevsky y



especialmente Pléjanov. El recorrido filosófico de Lenin no coincide con la genealogía del propio Marxismo. No parece haber un contacto directo entre Lenin y los textos hegelianos, no existen citas textuales de Hegel ni referencias de primera mano. La Dialéctica en cuanto recurso polémico y retórico se concentra en dos momentos: en 1894 alrededor de su polémica con Mijailovski, que pertenecía a la antigua corriente populista jacobina, a la que adhirió el propio Lenin, en su primera obra publicada, *Quiénes son los ‘amigos del Pueblo’ y cómo luchan contra los socialdemócratas*³

3 Dice el *Diccionario de Filosofía del Dia-Mat*: “Nikolái Konstantínovich Mijailovski (1842-1904): Sociólogo y publicista ruso, teórico del Populismo que, a principios de los años 70, Mijailovski era reformista. En 1877 llegó a la conclusión acerca de la necesidad de transformar de raíz el régimen político de Rusia. En 1879 se acercó a la Voluntad del Pueblo. Lenin calificaba a Mijailovski como “uno de los mejores representantes y portavoces de la democracia burguesa rusa en el último tercio del siglo pasado” (t. 24, p. 333). A partir de 1892, Mijailovski fue uno de los principales redactores de la revista *Rússkoe Bogatstvo* (“La Riqueza Rusa”), que encabezaba la lucha del populismo liberal contra el Marxismo. Mijailovski entró en la Filosofía como crítico de la teoría spenceriana del desarrollo “orgánico” de la sociedad, teoría que hace apología al capitalismo. En oposición a Spencer, Mijailovski plantea su propia “fórmula del progreso” argumentándola con ayuda del método subjetivo en sociología, que enfoca la historia desde el punto de vista de “lo moral, lo justo, lo que debe ser”. Este método

(p. 139-350); y por supuesto, entre 1908 y 1909, en torno a su obra filosófica polémica *Materialismo y Empiriocriticismo*. Se trata de separar la línea táctica del Bolchevismo (recordemos que Lenin la definía como la única Socialdemocracia revolucionaria para Rusia) del fundamento filosófico del Empiriomonismo y el Empiriocriticismo.

En el primero de los casos, el joven Lenin⁴ intenta una defensa de la cientificidad de Marx, que es acusado de aceptar “acríticamente” la Dialéctica mística de Hegel y su sociología de tríadas; pero en el alegato a ul-

obvia la lógica objetiva del desarrollo de la historia y de las fuerzas sociales reales capaces de realizar el ideal socialista. Al formarse como teórico en la época en que el pueblo no estaba desarrollado políticamente, Mijailovski excluía de hecho la posibilidad de la aparición en Rusia de un movimiento revolucionario de masas. El reflejo de su polémica con los "hombres de la revolución", que "tienen puestas sus miradas en la insurrección popular" fue la teoría de los "héroes" y la "muchedumbre", que interpretaba los movimientos de masas como inconscientes e imitativos en su base. Plejánov y Lenin criticaron a fondo las opiniones sociológicas de Mijailovski.”; en: AAVV; *Diccionario de Filosofía*, Editorial Progreso, Moscú, 1984, p. 293.

⁴ Véase: González Varela; N.; "El joven Lenin, una protohistoria"; *on-line*: <https://www.laizquierdadiario.com/El-joven-Lenin-una-proto-Historia>; y “Materialismo militans. La proto-Historia de Lenin”, en: *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, Vol. 57, N°. 148, 2018, pp. 191-219.



tranza de Lenin la *Darstellungswiese* de Marx, clave para entender la lógica del *Capital*, es reducida a un arte polémico, un recurso retórico, a una “manera de expresarse”, sin ser esencial a su Teoría materialista. La eventual dialectización de procesos reales en *Das Kapital* sería una notable coincidencia con el esquema lógico de Hegel, y tan solo son vestigios de su procedencia filosófica, residuos del modo hegeliano de expresarse, “indicación formal del origen de la doctrina, y nada más” (Lenin, 1974, p.174). El método dialéctico de Marx —que el joven Lenin opone absolutamente al “metafísico”— es definido como “el método científico en sociología, consistente en considerar a la sociedad como un organismo vivo, que se halla en continuo desarrollo” (Ídem, p. 176).⁵ Lenin no menciona la fundamental distinción metodológica entre modo de exposición, *Darstellungswiese*, y modo de investigación, *Forschungswiese*, que Marx subraya en el epílogo a la segunda edición de 1873, debido a los errores interpretativos y confusiones positivistas e historicistas. Lenin parece desconocerla o subestimarla. Allí señala Marx que:

5 A pesar que cita a Marx, Lenin remite la definición de Dialéctica materialista a la presentada por Engels en el *Anti-Dühring* transcribiendo literalmente un extenso párrafo; Lenin, V. I.

“El método aplicado en ‘El Capital’ ha sido poco comprendido, como lo demuestran ya las apreciaciones, contradictorias entre sí, acerca del mismo... El modo de exposición debe distinguirse en lo formal del modo de investigación. La investigación debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus distintas formas de desarrollo y rastrear su nexo interno. Tan solo después de consumada esa labor, puede exponerse adecuadamente el movimiento real. Si esto se logra y se llega a reflejar idealmente la vida de ese objeto, es posible que al observador le parezca estar ante una construcción apriorística.” (Marx, 1983, p. 19).

Lenin también parece simplificar la Umkehrung marxiana sobre la Dialéctica hegeliana, afirmando que Marx señala con toda claridad que su método es “directamente opuesto” al de Hegel. En realidad, es más compleja la cuestión: Marx explica que

“(...) mi método dialéctico no solo difiere del de Hegel, en cuanto a sus fundamentos, sino que es su antítesis directa (direktes Gegenteil). Para Hegel el proceso del pensar, al que con-



vierte incluso, bajo el nombre de idea, en un sujeto autónomo, es el demiurgo de lo real; lo real no es más que su manifestación externa. Para mí, a la inversa, lo ideal no es sino lo material traspuesto y traducido en la mente humana” (ídem).

Desde este punto de no-retorno se generaron las sucesivas crisis del Marxismo, las desventuras y azarosas lecturas desde el Revisionismus al Dia Mat; desde esta fatal unilateralidad se forzó la exigencia de realizar lecturas éticas, economicistas, productivistas, filopolíticas e incluso mitológicas del Tomo I. Hubo intentos honestos y serios de presentar los escritos de Marx como un sistema positivista acabado y clausurado, so pena de perder irremediablemente la traducción práctica, revolucionaria, de la Kritik. Pero a su vez también sucedió lo contrario: se leyó a Marx como un economista más, neoricardiano y progresista, con sus aciertos, intuiciones, prognosis y presunciones, justamente confundiendo que se penetraba en el arcano del capital a través de la Kritik de las categorías económicas de sus propios teóricos y publicistas. Sobre esta incompletitud orgánica nació incluso la venerable leyenda de los dos Marx: la ciencia positiva de Marx residiría en la continuidad “científica” con Ricardo y

Smith. El elemento especulativo-místico de Hegel, es decir: la intrusión externa de la Dialéctica en el *Darstellungswiese*, el encadenamiento dialéctico en su libro, sería el residuo de la dimensión milenarista, profética, utópica, teleológica, que erosiona y reprime el límpido fundamento de la economía política burguesa en su época clásica. Y, siguiendo la propia metalógica hegeliana, la mercancía se presenta como una cosa poseída por una esencia bifronte, una bipolaridad interna, es un “ente dual” (sic) conformado por determinaciones formales, reflexivas en sentido hegeliano. El valor de cambio no es más que una forma de aparecer. Nunca hay que olvidar — el Lenin pre-1914 parece hacerlo — el carácter eminentemente procesual de la exposición marxiana que pretende reflejar “idealmente” la vida de la lógica del capital.

La furiosa defensa de Marx contra la acusación de Mijailovski-Dühring de ser un hegeliano vergonzante y críptico, hace que Lenin termine arrojando al niño con el agua sucia de la bañera. La desinfección leninista de todo germen filohegeliano genera una distorsión similar, pero de signo opuesto: ahora el Marxismo y la Dialéctica hegeliana se repelen mutua y absolutamente, al nivel del Entendimiento. Recordemos que en la contra-

dicción hegeliana lo negativo está presente en el interior mismo de lo positivo, la negación es interna a cada realidad contradictoria, en este caso a la propia Grundform des kapitals. No por casualidad Marx dirá en una nota discutiendo la división del plusvalor en capital y rédito, que “la contradicción hegeliana es la fuente (Springquelle) de toda dialéctica”. Las contradicciones de la fórmula general desembocan en su fundamento, que es una nueva forma de unidad integradora. Por eso es que la negatividad es una noción clave a lo largo de la exposición procesual, dialéctica en DK. Toda ciencia sería superflua —decía Marx— precisamente si la forma de manifestarse, —la erscheinungs Form— y la esencia de las cosas coincidiesen directamente.”

Lo que desaparece en la Darstellung marxiana es la inmediatez equívoca, ingenua, la “piel burguesa”, la mala exterioridad (tal el camino real de la ciencia), la exterioridad sin profundidad, que todavía no ha entablado ningún proceso de contragolpe mediador. Y lo que va a aparecer en la existencia regenerada es la buena exterioridad, el ser esencial gracias al trabajo de mediación (que reconstruye la verdadera relación) de la reflexión determinante de la Kritik. La exposición dialéctica (ergo: científica) es un determinar concre-

to que refleja lo que la cosa es en su realidad, no en la tranquila quietud de la abstracción del entendimiento o de la mera síntesis, sino en la confusión misma del devenir histórico. Ahora podemos comprender no solo cómo aplica Marx el método dialéctico sino la misma crítica a la economía política clásica y vulgar: la primera provee el instrumento teórico principal para criticar la falsa apariencia (sustantivización y cristalización de distintos elementos sociales), aunque luego no lo aplica a fondo, con coherencia, no pudiendo alcanzar la reflexión determinante. Estos elementos sociales siguen en mayor o menor medida “cautivos del “Mundo de apariencia” (Marx) críticamente destruido por ella misma, por eso incurren en inconsecuencias, soluciones a medias y contradicciones no resueltas.

“Horror —decía Hegel— es lo que siente ordinariamente el pensamiento representativo frente a la contradicción”, y eso es lo que demuestran los economistas clásicos. En cambio, la economía política vulgar es la expresión inmediata de la apariencia tal como se presenta cotidianamente en la vida capitalista, es “la síntesis de la apariencia capitalista”, se limita a “traducir, sistematizar y preconizar”, meramente recalcando “las formas de la apariencia en la que convivimos diariamente.” Por ello la

economía política vulgar es reducible a pura ideología, a ciencia de la legitimación e instrumento apologético de la inmediatez burguesa. El economista burgués —resumirá Marx— tiene un limitado cerebro “en el que no puede separar la forma de la manifestación de lo que en ella se manifiesta”. El corte epistemológico entre Hegel y Marx es para el Lenin pre-1914 brutal y definitivo, sin continuidad ni *Aufhebung*, no tiene comprensión dialéctica sino mecánica. Althusser reconoce aquí el profundo pathos hegelóforo, “son una declaración categórica de anti-Hegelianismo”.

En 1895, en un ensayo biográfico sobre Engels, Lenin vuelve sobre Hegel y la Dialéctica con las mismas limitaciones y muchos prejuicios. Lenin carece de los textos del joven Engels, muchos desconocidos, donde puede verse un ejemplo productivo de aplicación crítica de la Dialéctica (González, 2020, p. 7). Afirma, siguiendo la caricatura que circulaba sobre el filósofo, que Hegel, aunque era “admirador del Estado absolutista prusiano” (sic) sorprendentemente su “doctrina era revolucionaria”. La tesis fundamental hegeliana es —según Lenin— la que existe en el Mundo, “un constante proceso de cambio y desarrollo”. Esta idea de “perpetuo proceso” es lo que habrían conservado Engels y Marx desde

su posición materialista. Pero a pesar de este punto de referencia, lamentablemente la Filosofía de Hegel y su concepción de la Dialéctica “al hablar del desarrollo del espíritu y de las ideas era idealista”. Nuevamente la Dialéctica tiene un rol muy restringido en su exposición, meramente ilustrativo. Todas las fuentes de Lenin sobre la Dialéctica hegeliana parecen provenir nuevamente de segunda mano. Su interés eventual por Hegel parecía estar satisfecho con la lectura de Marx, Plejánov y Feuerbach. (Tscizewskij, 1961, 373).

Durante 1908 habrá dos destacadas intervenciones filosófico-políticas de Lenin que nos interesan porque tienen cierta similitud con la que presenciaremos en 1914. La primera se titula “Marxismo y Revisionismo”, donde intenta desmenuzar el “contenido ideológico del revisionismo”, una situación inédita ya que la corriente opositora y hostil se encuentra por primera vez en la historia instalada dentro del mismo Marxismo. En el campo filosófico en especial, Lenin encuentra que el revisionismo siempre depende, en su crítica, de la ayuda de la “ciencia académica burguesa” para completar su arsenal. En este caso la moda intelectual del retorno a Kant explicaba por qué los revisionistas se arrastran tras los neokantianos, que trataban a Hegel en general como a un

perro muerto, y a la Dialéctica en particular como sofisticado truco místico y de prestidigitación argumental. Pero el Idealismo neokantiano era “mil veces más mezquino y superficial que el hegeliano, encogiéndose desdeñosamente de hombros frente a la Dialéctica”, intentando sustituir “la sutil (y revolucionaria) Dialéctica por la simple (y pacífica) evolución.” Todos los conceptos materialistas, para Lenin, -como decía Marcuse- contienen una acusación y un imperativo.

Es importante destacar que en este texto Lenin reconoce el problema de la mediación entre Teoría y Praxis dentro del propio Marxismo, al identificar el problema del Revisionismus como un cortocircuito ideológico que combina no solo raíces materiales clasicistas (ideología de las relaciones de producción), sino distorsiones en la interpretación del propio rol de la Dialéctica en la Kritik de Engels y Marx. Y otra conclusión de Lenin ya en estos años, que nunca abandonará, es que el alma del revisionismo (el Marx “mal comprendido”) se enrosca en la misma pulsión auténtica marxista (en el Marx “bien comprendido”), por ello su alcance trasciende fronteras y penetra en los mismos diseños organizativos revolucionarios, en su

táctica y estrategia. La constatación de Lenin no podía ser más catastrófica: el Marx “bien comprendido” no solo era minoritario y marginal, despreciable, sino que ni siquiera impregnaba hegemonícamente la gran Teoría de la socialdemocracia europea. El desesperado recurso de volver a invertir a Hegel, una de las tres fuentes básicas del Marxismo, era una de las herramientas teóricas de Lenin para develar las insuficiencias de este Marxismo incompleto, que se retraducía al nivel de la estrategia y de la táctica. Las insuficiencias de este burdo Marx mutilado tenían siempre un componente pseudofilosófico típico, un hilo rojo: incompreensión total por el significado y función de la Dialéctica. No era casualidad que ya Luxemburg, adversaria de Lenin, pero al mismo tiempo íntimamente admirada, afirmara que “que el arma cortante de la Dialéctica hegeliana fue la que le permitió a Marx hacer tan espléndida carnicería crítica”.

La segunda intervención es un entero opúsculo, el polémico Materialismo y Empiricriticismo.⁶ En este caso la amenaza dentro del propio Marxismo ruso del paradigma neoclásico

6 Adoratski, sucesor del trágico Riazanov en el Instituto Marx-Engels, afirmó que este libro, junto al *Anti-Dühring* de Engels, era uno de los máximos productos filosóficos generados por el Marxismo.



a través de la nueva Filosofía popular del Machismo, le obliga a otro intento, todavía sin el fundamental recurso de poseer la inversión de Hegel como logro teórico, de una defensa-reconstrucción operativa de Engels y Marx. En la ideología neoclásica era precisamente el peso de la crítica a la Dialéctica (y a Hegel en particular) de Schopenhauer y Nietzsche lo que hacía co-origenarios y complementarios el análisis económico marginalista (Böhm-Bawerk) con la crítica antimetafísica del Empiriocriticismo.⁷ Aunque Althusser cree ver en este debate una épica crisis “filosófica” dentro de la cual se mistificaba el combate reaccionario contra el Materialismo dialéctico in toto, no se puede comprender desde este esquema la peculiar polémica de Lenin, ni su situación concreta, ni los eslabones peculiares entre la teoría y la gran política. Aunque Al-

7 Véase: Badaloni, Nicola: “Scienza e filosofia in Engels e Lenin”; en: *Critica marxista. Lenin teorico e dirigente rivoluzionario*, Riuniti, Roma, 1970, pp. 9-38; Cacciari, Massimo; *Krisis. Ensayo sobre la crisis del pensamiento negativo de Nietzsche a Wittgenstein*; Siglo XXI, México, 1982, en especial pp. 30-46. Sobre la crítica al Marxismo en Rusia en los inicios de 1900: AAVV, *La crítica al Marxismo in Russia agli inizio del secolo*, Jaca Book, Milano, 1991. Sobre Nietzsche como lector de Economía Política, véase: Nicolás González Varela, “Nietzsche, lector oblicuo de Marx”; en; *A Trabe de ouro: publicação galega de pensamento crítico*, 2020, 113, pp. 53-76.

thusser tiene razón en un punto central: en esos días todavía Lenin no había leído ni directa ni verdaderamente a Hegel. La “salvaje polémica” (Badaloni), inédita en el ámbito filosófico europeo, tenía como adversario inmediato el bolchevique Bogdanov,⁸ que remitía a sus fuentes teóricas primarias alemanas: Avenarius y Mach. El uso táctico de la Filosofía,⁹

8 La bibliografía sobre la polémica es muy amplia: Dietrich Grille, *Lenins Rivale. Bogdanov und seine Philosophie*, Wissenschaft und Politik, Köln, 1966; Kendall Bailes, “Lenin and Bogdanov: The End of an Alliance”; en: *Columbia Essays in International Affairs*, ed. A. W. Cordier (New York, 1967), 2:108; Karl G. Ballestrem, “Lenin and Bogdanov”; en: *Studies in Soviet Thought* 9 (December 1969): 283-310; Avraham Yassour, “Lenin and Bogdanov: Protagonists in the ‘Bolshevik Center’”; en: *Studies in Soviet Thought* 22 (February 1981): 1-32; John Biggart, “‘Anti-Leninist Bolshevism’: The Forward Group of the RSDRP”; en: *Canadian Slavonic Papers* 23 (June 1981): 134-53; Aileen Kelly, “Empiriocriticism: A Bolshevik Philosophy?”; en: *Cahiers du Monde Russe et Soviétique* 21 (January-March 1981): 89-118; Vittorio Strada, *Fede e scienza: la polemica su Materialismo ed empiriocriticismo di Lenin*, Einaudi, Torino, 1982; Williams, Robert C.; *The other Bolsheviks. Lenin and his critics, 1904-1914*; Indiana University Press, Bloomington, 1986; Zenovia A. Sochor, *Revolution and Culture: The Bogdanov-Lenin Controversy*, Cornell University Press, 1988.

9 Como le reconoce en una carta a Gorki de marzo de 1908, que apoyaba la tendencia de Bogdanov y financiaba su escuela de cuadros en Capri. Sobre el Bolchevismo no-leninista remitimos a la obra de Robert C. Williams: *The other Bolsheviks. Lenin and his critics, 1904-1914*; Indiana University Press, Bloomington,

el derecho en nombre del interés general de la organización, el *Partiinost*,¹⁰ de tomar posición contra cualquier desviación teórica anormal, la defensa del “hermetismo teórico del partido”, no impedía que se presentara la cuestión gnoseológica con una alarmante posición de pensar la objetividad no solo prehegeliana sino prekantiana.

“Soy plenamente consciente” –se confesaba Lenin ante Gorki- “de mi falta de preparación en el terreno de la Filosofía, que me impide hablar sobre ello en público, pero como marxista de filas, soy un lector atento de nuestros filósofos partidistas, leo atentamente al empiriomonista Bogdánov y los empiriocriticistas Bázarov, Lunacharski y otros. ¡Y éstos empujan toda mi simpatía hacia Plejánov!... En Filosofía, él defiende la causa justa, pero yo soy partidario del Materialismo en oposición al Empirio...” (Lenin, 1978, p. 207).

1986.

10 “*Partiinost*”: partidismo en ruso, a menudo traducido como mentalidad o espíritu de partido; fue durante mucho tiempo el principio autoritario rector del Marxismo soviético o *Dia Mat*. Véase a Evgeny Dobrenko: “Meta-Stalinism: The Dialectics of Party-Mindedness and the Party-Mindedness”; en: *Late Stalinism: The Aesthetics of Politics*, Yale University Press, New Haven, 2020, pp.180-235.

Su crítica no parece ejecutarse desde ángulos marxistas. En un esquema escolar de oposición simple entre Materialismo versus idealismo con base en una definición de la materia como ente físico. “¿Es posible y necesario vincular la Filosofía con la orientación de las tareas del partido, con el Bolchevismo?” –le preguntaba a Lenin a Gorki- Y responde a la cuestión negativamente: “Creo que en estos momentos no se debe hacer tal cosa. Que nuestros filósofos partidistas sigan trabajando todavía un tiempo en la Teoría, que discutan y ... que lleguen a ponerse de acuerdo. Mi opinión es que, por el momento, semejantes debates filosóficos como los que tienen lugar entre los materialistas y los empirio, deben mantenerse al margen de todas las tareas del partido.”

En este texto Lenin vuelve una vez más sobre la Dialéctica, esta vez de manera indirecta y oblicua; en realidad su intervención busca la recomposición del Materialismo ya “dialéctico”, como resultado sin demostrar, basándose nuevamente en una interpretación de Engels, Dietzgen y Plejánov. Lenin reformula y retoca la teoría del reflejo o reproducción de Engels, la Abbildtheorie para combatir la variante del Idealismo físico. El descubrimiento del electrón había puesto en crisis al Materialismo

mecánico y elemental que subyacía en el Marx “mal comprendido” de la socialdemocracia europea. En Alemania, la huida intelectual fue hacia el Neokantismo; en el ámbito de la lengua rusa hacia el Machismo y sus variantes. Al leer a Bogdánov –confesaba Lenin- “me convencí profundamente de que las concepciones sobre el Materialismo de Plejánov eran correctas.” Sus polémicas –como lo subraya una y otra vez- son tácticas, “discusiones de partido sobre Filosofía”¹¹ (Lenin, 1978, p. 214). En esta polémica ya aparece la categoría partidista, de funesto destino, de “Desviacionismo”, como “camino no-marxista”. El punto de vista del Materialismo, diríamos ¿burgués?, sofoca y reprime todo papel crítico a la Dialéctica. Otra vez la Dialéctica aparece sofocada, reprimida, como mera ilustración en un papel muy modesto e incómodo. Lo más notorio es que en realidad Lenin jamás caracteriza qué significa objetivamente “Dialéctica” en toda la obra; el término es usado acríticamente como sinónimo de una concepción ontológica

11 En una carta a Gorki, 25 de febrero de 1908; Lenin da como ejemplo de este tipo táctico de lucha metafilosófica en la organización la de Plejánov contra Mijailovski en los 1880s y contra los kantianos en 1898. La lucha táctica en Filosofía se extendió a los programas y conferenciantes de las propias escuelas de cuadros bolcheviques en Bolonia y Capri.

y epistemológica muy genérica.¹² Igualmente, dentro de esta lucha todavía no mortal por limpiar quirúrgicamente la táctica de toda relación filosófica idealista, Lenin señala que

“(...) creo que es completamente inevitable una pelea entre los bolcheviques sobre problemas de Filosofía. Pero en mi opinión, sería una necedad dividirnos por esto.” Y agrega “es una estupidez imperdonable impedir, por discusiones sobre Materialismo o Machismo, la aplicación de la táctica del Bolchevismo en el partido” (Lenin, 1978, 218)

En un ensayo por encargo sobre Marx para el Diccionario enciclopédico de la editorial Granat, según Lenin escrito a lo largo de 1913, le dedica toda una sección a la Dialéctica. El 15 de marzo de 1914 Lenin confirma al secretario editorial la propuesta de escribir el artículo y finalmente en noviembre, es decir en plena inmersión en sus estudios hegelianos, envía

12 La publicación original es de 1938, y por falta de dinero se trató de una edición mimeografiada. Pannekoek acusa a Lenin de caricaturizar y deformar las posiciones filosóficas de Avenarius y Mach, tema que excede nuestro ensayo. Véase además el juicio negativo de Neil Harding, un especialista en Lenin, en su libro: *Leninism*, Duke University Press, Durham, 1996, p. 224 y ss.



el manuscrito final a la editorial en Moscú. El texto parece mantener el tono plejánov-engeliano de los anteriores y no parece remitirse al Hegel original. Comienza señalando que la Dialéctica hegeliana “es la doctrina más completa, más rica en contenido y más profunda acerca del desarrollo”, la única doctrina que podía comprender sin unilateralidad ni deformaciones la Evolución humana. La temática recurrente de la Evolución remite nuevamente a la matriz kautskiana-plejanoviana. Este sería el “aspecto revolucionario” de la Dialéctica, que abarcaría —según Lenin— “lo que hoy se llama Teoría del Conocimiento o Gnoseología, la que también debe enfocar su objeto desde el punto de vista histórico, estudiando y generalizando el origen y desarrollo del conocimiento, la transición del no-conocimiento en conocimiento.” La “idea del desarrollo” —continúa Lenin— la formularon Marx y Engels “apoyándose en la dialéctica de Hegel, ya que es mucho más completa, mucho más rica en contenido que la idea vulgar de Evolución”; es un salto superior ya que se fundamenta en “una base superior (negación de la negación), un desarrollo, por decirlo así, en espiral y no en línea recta; un desarrollo a saltos, catastrófico, revolucionario: rupturas en la continuidad, la transformación

de la cantidad en calidad, impulsos internos hacia el desarrollo originados por la contradicción, el conflicto de las diversas fuerzas y tendencias... la interdependencia, la conexión estrecha e indisoluble de todos los aspectos de cada fenómeno”. Lenin concluye: “tales son algunos de los rasgos de la Dialéctica, como doctrina del desarrollo que es más rica en contenido que la convencional.”

Lenin no incorpora ningún ejemplo de *Das Kapital*, donde puede leerse que “el modo capitalista de producción y de apropiación, y por lo tanto la propiedad capitalista, es la primera negación de la propiedad individual fundada en el trabajo propio. La negación de la producción capitalista se produce por sí misma, con la necesidad de un proceso natural. Es la negación de la negación.” El capital es una estructura en la cual la identidad reside en la negación de la negación, una unidad que se dilata dentro de sí y cuyos extremos vuelven a reproducir esa unidad, la causa que es efecto de su efecto, así como el efecto que es causa de su causa, y lo mismo sucede con el fundamento y lo fundado. Y esta negatividad es lo que empuja hacia la crisis, siempre hacia un nuevo nivel de integración, de unidad superior. Toda contradicción es una existencia efectiva, ya el “algo” es la primera negación de la negación.

Toda esencia es una negación determinada. Y esto es incoherente e incomprensible para una concepción prehegeliana. Lenin parece no tener todavía esta sensibilidad hegeliana en el momento de su interpretación de *Das Kapital*. Será sintomático que, en una misiva dirigida a la editorial, ya inmerso en sus lecturas hegelianas, dude del contenido esencial del artículo, y reclame la posibilidad de modificar partes del ensayo: “me gustaría mucho que pudiera Ud. enviarme una prueba del artículo, y que me hiciera saber si es o no posible hacer correcciones parciales en la prueba” (Lenin, 1978, p. 186). ¿Dudas sobre su anterior idea de la Dialéctica materialista?

El año de la decisión

A estas alturas el “Marxismo tártaro” (Luxemburg dixit) de Lenin —un Marxismo germanizado firmemente arraigado en el Kautskismo desde 1892 hasta el estallido de la Gran Guerra al menos—¹³ requería un ajuste de cuentas profundo, que implicaba un retorno crítico y más profundo a sus fuentes, en es-

13 Levine, Norman: “The Germanization of Lenin”; en: *Studies in Soviet Thought*; 35, 1988, pp. 1-37. Lo que implicaba además una decisiva hegemonía en la interpretación de Engels y Marx, como de la Dialéctica, del Neokantismo. La Krupskaja definía a Lenin como un “marxista erudito del Volga”.

pecial a Hegel. La cuestión para Lenin era de recomposición teórica y de afinamiento del Marxismo como guía para la acción ante tamaño y trágico fracaso histórico, pero también hecatombe teórica. Pero podemos detectar otros intereses y motivos inconscientes y reprimidos que pueden deducirse de su historia anterior. En primer lugar, una necesidad personal de alcanzar al Marx “bien comprendido” en nivel de comprensión superior al período anterior, una inconfesada e inesperada autocrítica. Lenin reconoce las insuficiencias de su formación como marxista segundointernacionalista, de su deficiente apropiación del método dialéctico; su matriz teórica y su Wel-tanschauung están en cortocircuito. La obsesión por Hegel, y por la Umkehrung marxiana en particular, es la otra cara de su deseo de comprender de manera más precisa y fehaciente al propio Engels y Marx. Se obliga a repetir la reversión crítica. En segundo lugar, este Marx “bien comprendido” es una formidable arma para el combate contra el Revisionismo, en especial en toda su gama de variantes ideológicas bien arraigadas, que no se reducían al predominante Neokantismo (un “trasto viejo” según sus palabras). Enumeremos brevemente aquí las diferentes tradiciones obreras que remitían a Blanc y Proudhon, el Social-Liberalismo es-



tilo Lange (de enorme influencia en el propio Nietzsche),¹⁴ las influencias del Lassalleísmo, el Socialismo de cátedra, el Fabianismo (cuya base ideológica es la idea de evolución de Darwin-Spencer, que Lenin parece combatir), los marginalistas en lo económico, el Nietzscheanismo de izquierda, el nuevo Empirismo crítico, finalmente el anti-Materialismo obrero en todas sus variantes. Son nuevas y renovadas formas, sofisticadas algunas, de Metafísica moderna. La lectura hegeliana y la comprensión de la inversión marxiana le permiten, simultáneamente, combatir formas precríticas de pensar la objetividad como una recuperación del Marx auténtico. El “Marx bien comprendido” que Lenin buscaba, tal la tragedia, ni siquiera era mayoritario dentro de las propias organizaciones que programáticamente se definían como “marxistas”.

Lenin no solo estudia en detalle a Hegel, y no solo recurre a la Gran Lógica, leerá detenidamente la pequeña Lógica de la Enciclopedia y la Historia de la Filosofía (los tres primeros libros que abarcan desde la Filosofía jónica hasta los neoplatónicos), lo que muchos

14 Sobre la enorme influencia de Lange sobre Nietzsche, remitimos al lector a nuestro libro: *Nietzsche contra la Democracia. El pensamiento político de Friedrich Nietzsche 1862-1872*; Montesinos, Mataró, 2010.

comentadores olvidan, sino que también recurre a la Metafísica de Aristóteles y vuelve a Feuerbach, a su obra sobre crítica sobre Leibniz de 1836, en especial al conocer la profunda admiración que tenía Marx por Leibniz. En su “brillante exposición” (Lenin dixit) Feuerbach logra desarrollar, a pesar del idealismo y la carga teológica, un tipo de Dialéctica primitiva pero muy profunda; incluso Leibniz llega a pensar la sustancia como materia más movimiento, materia más autoactividad. Subraya que Feuerbach fue un discípulo de Hegel. También en sus notas de lectura puede verse la búsqueda de Lenin de argumentos que puedan ser utilizados contra el Neokantismo. Feuerbach ya había sido objeto de atención por Lenin en 1909, su obra Lecciones sobre la Historia de la Religión, pero era la primera vez que se enfrentaba directamente a Hegel el oscuro. El recurso a la Enzyklopädie es comprensible: es el único lugar en toda la obra hegeliana donde hay una exposición completa del sistema, allí queda explícito que el momento dialéctico no es una suerte de habilidad extrínseco que introduce en el concepto la apariencia de contradicción (escépticos), ni un sistema subjetivo “para columpiar raciocinios que van de acá para allá y de allá para acá”; la Dialéctica “es más bien la propia y verdadera naturaleza de



las determinaciones del Entendimiento, de las cosas y de lo finito en general.” (Hegel, 1997, p. 183).

Lenin por fin abordará la Gran Lógica hegeliana. Es una lectura que se percibe desesperada y urgente. Le dedicará a la “Doctrina del Ser” veinticuatro páginas; a la fundamental “Doctrina de la Esencia” treinta y tres páginas y finalmente a la “Doctrina del Concepto” sesenta y siete páginas. Continuará con una lectura minuciosa de las Vorlesungen de Hegel sobre historia de la Filosofía, cincuenta y nueve páginas; seguirá con un breve resumen de doce páginas sobre las Lecciones sobre la Filosofía de la Historia, concluyendo con reseñas de bibliografía sobre Hegel (que se extenderán hasta el año 1916), un breve “Plan de la Dialéctica (Lógica) de Hegel” basado en la Enciclopedia y un esbozo titulado “Sobre el problema de la Dialéctica”. Lenin pasa rápidamente por los dos prólogos, subrayando la Umkehrung marxiana; la Inversión en la lectura de Hegel implica que “la Lógica y la Teoría del Conocimiento deben inferirse del desarrollo de toda la vida natural y espiritual”, y en cuanto al idealismo objetivo, Lenin declara “Objetivismo: las categorías del pensamiento... son una expresión de las leyes, tanto de la naturaleza como del ser humano”, por ello (gegen Kant)

“Hegel exige abstracciones que correspondan a la cosa misma”, una Lógica “cuyas formas sean formas exteriores, de contenido vivo, real, inseparablemente unidas al contenido”, ya que “el concepto objetivo de las cosas constituye su esencia misma” (Lenin, 1974, p. 92). Lo dialéctico —subrayará Lenin— es captar la antítesis en su unidad. (Ídem). La propia realidad dinámica y caótica del capitalismo en 1914, y las propias contradicciones internas del Marxismo oficial, exigían a Lenin dar cuenta de su conflictiva procesualidad a partir de una lógica dialéctica. Las viejas determinaciones del Marxismo leninista pre-1914 se habían agotado en la ignominia, la esterilidad y el fracaso en la interpretación estratégica de lo real.

¿Son tus amigos dialécticos?

Dada la extensión de los cuadernos, destacaremos algunos nudos interpretativos no-exhaustivos de Lenin que creemos poseen un alcance metapolítico que incluso van más allá de 1917. Surge de repente en el manuscrito una primera apropiación conceptual de Dialéctica, que se produce durante la lectura del capítulo sobre la Doctrina del Ser, sección primera “Determinación (Calidad)”. Recordemos brevemente que la Doctrina del Ser en



la gran Lógica de Hegel consta de tres secciones: Determinidad (Cualidad), Magnitud (Cantidad) y Medida. En el primer capítulo se trata de deducir, ableiten, las categorías, que Hegel, separándose de Kant, llama “determinaciones”, Bestimmtheiten.¹⁵ El Devenir es la primera categoría lógica, ya que el Ser y la Nada, como pre-determinadidades, no tienen estabilidad ni consistencia propia. El orden hegeliano es Ser-Nada-Devenir y todo desembocará en el Dasein, en el Ser-ahí, la existencia. El Devenir, y esto es lo que le interesa a Lenin, es el primer pensamiento concreto. Al nivel más elemental, simple y precategorial, Hegel nos demuestra que todo en el universo está mediado.

Como decíamos, Lenin interpreta el capítulo dedicado al Ser determinado, la Existencia, el Dasein, y el contenido de la sección “B. La Finitud”, la determinación negativa del Ser determinado, cuando Hegel explica el primer momento del “Algo y el Otro”, el ser de la Finitud, que se opondrá al momento opuesto, “Destinación”. Recordemos que el “Algo” es la aparición de la negación de la negación, elemento motriz de la Dialéctica. En ese momento sucede una interrupción conceptual

15

“Terminus” del latín, o sea límite.

decisiva, una acumulación de sentido que busca algún grado de cristalización conceptual. Lenin se siente ya seguro como para establecer una pausa y plasmar su primera comprensión sofisticada de la Dialektik:

“La Dialéctica es la teoría que muestra cómo LOS CONTRARIOS pueden y suelen ser (como devienen) IDÉNTICOS; en qué condiciones son idénticos, al transformarse unos en otros, por qué el espíritu humano no debe entender estos contrarios como muertos, rígidos, sino como vivos, condicionales, móviles, que se transforman unos en otros. En lissant Hegel”. (Lenin, 1974, p. 106).

Y a continuación agrega: “Multilateral y universal flexibilidad de los conceptos, una flexibilidad que llega hasta la identidad de los contrarios; tal es la esencia del asunto. La flexibilidad, aplicada objetivamente, es decir: si refleja la multilateralidad del proceso material y su unidad, eso es la Dialéctica, reflejo correcto del eterno desarrollo del mundo.” En una marginalia Lenin aclara: “la Dialéctica de las cosas mismas, de la naturaleza misma, del curso mismo de los acontecimientos”; aunque anota con angustia sus dudas en la interpretac-



ión del capítulo: “Hegel es, en mi opinión, extremadamente oscuro... aguas oscuras”. (Ídem). Concluye el capítulo señalando que “el pensamiento de lo ideal que se convierte en lo real es profundo: muy importante para la historia. Pero también en la vida personal del ser humano es evidente cuanta verdad hay en esto. Contra el Materialismo vulgar.”

Es interesante como tercer nudo la lectura de la parte II de la Lógica hegeliana, “Lógica subjetiva o la Doctrina del Concepto”, en especial su apartado “Subjetividad.” (Hegel, 1968, p. 246). Debemos recordar que la Lógica de Hegel tiene una división binaria: Lógica objetiva (que incluye la Doctrina del Ser y la Doctrina de la Esencia) y Lógica subjetiva (la Doctrina del Concepto). El Concepto —dirá Hegel— es el auténtico reino de la libertad, de la subjetividad. Esta segunda parte, tercer libro de la Gran Lógica, se organiza en tres secciones: Subjetividad, Objetividad e Idea. La primera sección, que desmenuzará Lenin, se divide en tres capítulos: Concepto, Juicio y Silogismo. Lenin encuentra dificultades en la lectura, reconoce que esta parte de la obra de Hegel “es la mejor forma de conseguir un dolor de cabeza”, “hay que superar la BRUMA de una exposición en extremo abstrusa”, pero encuentra que lo principal para el método di-

aléctico es señalar conexiones, transiciones e identidad de los contrarios, por ende “todas las cosas son un silogismo: un universal unido a la singularidad por medio de la particularidad”. Y señala lo siguiente: “El análisis de los silogismos por Hegel... recuerda la imitación de Hegel por Marx en el Cap. I”.¹⁶ Y para explicitar su tarea agrega: “Umkehren, Marx aplicó la Dialéctica de Hegel en su forma racional, a la Economía Política.”¹⁷ Más adelante Lenin vuelve a conectar el primer capítulo de *Das Kapital* con la Lógica hegeliana, al destacar la cita de Marx de la *Enzyklopädie* en segunda nota del quinto capítulo:

“La razón es tan astuta como poderosa. Su astucia consiste principalmente en su actividad mediadora que, haciendo que los objetos actúen y reaccionen los unos sobre los otros de acuerdo a su naturaleza, sin mezclarse directamente en este proceso, cumple sus intenciones.” (Marx, 1983, p. 149-150).

Realizando una sorprendente autocrítica

16 Lenin, I. V.; *ibídem*; p. 170. Es la primera vez que Lenin establezca una relación íntima de *Das Kapital* con la Lógica de Hegel. Sobre *Das Kapital* y la *Logik* hegeliana véase a Ruy Fausto: *Le Capital et la Logique de Hegel. Dialectique marxienne, dialectique hégélienne*; L'Harmattan, Paris, 1997.

17 En alemán en el original: Invertir.



de su propio pasado filosófico, Lenin reconoce que se ha criticado a las corrientes filosóficas neoidealistas y empiricistas desde el punto de vista de un “Materialismo vulgar”, por lo que “los marxistas criticaron (a principios del siglo XX) a los kantianos y discípulos de Hume, más a la manera de Feuerbach (y de Büchner) que de Hegel”. O sea: tal como lo había hecho Lenin mismo. Concluye su estudio de la sección del Silogismo con un famoso aforismo: “Es completamente imposible entender El Capital de Marx, y en especial su primer capítulo, sin haber estudiado y entendido a fondo toda la Lógica de Hegel. ¡¡Por consiguiente, hace medio siglo que ninguno de los marxistas ha entendido a Marx!!” (Lenin, 1974, p. 172). Es una confesión escandalosa y llamativa: Lenin está reconociendo no haber entendido en absoluto la Kritik marxiana antes de su encuentro con Hegel. Es un Lenin contra Lenin.

En 1915, en sus cuadernos sobre las Lecciones de Historia de la Filosofía de Hegel (Ídem) Lenin ya se ha apropiado de la Lógica hegeliana, aparece otro momento de condensación teórica en su construcción de la idea dialéctica. Lenin intenta re-escribir en forma más clara y precisa, “sin el misticismo del idealismo”, un fragmento en el cual Hegel describe el concepto de Dialéctica de la Escuela

eleática: “La Dialéctica en general es el puro movimiento del pensamiento en los conceptos... los conceptos humanos no son fijos, sino que están eternamente en movimiento, pasan uno al otro, fluyen uno hacia el otro, o de lo contrario no reflejan la vida viviente.” En particular —seguirá Lenin— “la Dialéctica es el estudio de la oposición de la Cosa en-sí, de la Esencia, del Sustrato, la Sustancia —con el Fenómeno, con el Ser-para-otros”. La Dialéctica propiamente dicha será entonces “revelar en la esencia misma de los objetos la contradicción que dicha esencia tiene en sí misma.” Agrega en un comentario: “¡Hegel contra lo absoluto! He aquí el germen del Materialismo dialéctico” (Ibidem, p. 283). Anteriormente Lenin había destacado que “el Materialismo histórico como una de las aplicaciones y desarrollos de las ideas geniales —simientes existentes en embrión en Hegel” y que incluso Hegel “ADIVINÓ genialmente la Dialéctica de las cosas (de los fenómenos, del mundo, de la NATURALEZA) en la Dialéctica de los conceptos” (Ibidem, p. 186):

Llegado a este punto Lenin intenta una síntesis que lleva como rúbrica “Sobre el problema de la Dialéctica”, texto que queda inconcluso, recién se hará público en ruso en 1925. Es un concentrado resumen de todas las ad-

quisiciones teóricas de sus lecturas entre 1914 y 1915, un puerto de llegada momentáneo y un posible punto de inicio de un proyectado libro sobre la Dialéctica materialista jamás concretado. En toda la enorme extensión de su Nachlass filosófico, son las únicas cinco páginas de narrativa continua sobre el tema. Este Lenin que nos encontramos exponiendo la Dialéctica ya no es el materialista esquemático e ingenuo de 1908, es un Lenin inquieto y autocrítico, intentando desembarazarse y romper el cordón umbilical con el marco segundo-internacionalista, con la mezcla de Darwinismo, Evolucionismo y Monismo materialista a lá Spinoza de Kautsky y Plejánov, con su propio Marxismo “tártaro”, con el “Marx mal comprendido”. Sigue puliendo su determinación final de la Dialéctica, define su esencia, su principal característica o rasgo, como “la división de un todo único y el conocimiento de sus partes contradictorias”; además critica la inadecuación filosófica de su antiguo maestro, el admirado Plejánov, e incluso su confusión terminológica con respecto a Hegel. Lenin ya no tiene dudas: “La Dialéctica es la Teoría del Conocimiento (de Hegel y) del Marxismo. Y esa es la esencia del problema a los que los marxistas no le prestaron atención.” La Doctrina de la unidad de los opuestos es puesta por

Lenin no solo como núcleo racional y vital, sino como elemento superior y hegemónico. Este es quizá el rasgo más decisivo y notable de sus lecturas de Hegel.¹⁸

Llegado a este punto podemos hacer un balance parcial y no totalmente exhaustivo de la presencia de Hegel en Lenin, y del intento de Umkehrung para la apropiación materialista de la Lógica hegeliana. Podemos intentar deducir los motivos centrales de este esfuerzo filosófico, que no es otro que intentar la reconstrucción del Marx integral frente a una crisis terminal del paradigma segundointernacionalista. Una crisis que atravesaba al propio Uliánov. ¿Había logrado Lenin en primer lugar entender en toda su complejidad la Dialéctica y el proceso de inversión materialista? ¿Pudo superar en este caso el momento táctico filosófico y establecer el fundamento de un nuevo inicio? ¿Llegó a retraducir esta nueva apropiación de Hegel (y de Marx) a la praxis política y a la teoría de la organización? Son preguntas que excederían el marco de este ensayo, pero de las cuales podemos trazar in-

18 Oisermann, T. I.: "W. I. Lenin über die Dialektik Hegels"; en: *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, VI, 2, 1958, pp. 273-286; Friedrich, Paul Joachim: "Lenin Und Die Philosophie Hegels"; en: *Zeitschrift Für Religions- Und Geistesgeschichte*, vol. 17, no. 4, 1965, pp. 340-352.



dicios y tendencias a modo de anticipo.

Breve balance provisional: 1) En la lucha contra el Marx incomprendido o mutilado, del revisionismo en general y del empiriocriticismo en particular, Lenin pudo reconstruir su propio Hintergrund marxista a través de una nueva réplica de la Umkehrung, de la inversión de Hegel realizada por Engels y Marx; 2) el interés filosófico de Lenin por Hegel era completamente diferente al de Engels o Marx, aunque su obra seguía siendo un arma formidable, tanto en lo filosófico como en lo metapolítico, para enfrentarse al neokantismo y al machismo (como puede comprobarse en el Nachlass de Lenin, notas y marginalias de la época), además de renovada fuente para comprender el materialismo en el comunismo crítico;¹⁹ 3) Lenin modifica sustancialmente su idea de la praxis, dejando caer el peso de la interpretación y valoración más sobre la Dialéctica subjetiva que sobre la objetiva; se insinúa una reducción de la praxis a la “partidarietà” y una relación necesaria entre “partidarietà” y objetividad. Lenin dixit: “Debemos comprender que cuando una persona de partido ha llegado a la convicción de

19 En esto coincidimos con Althusser al afirmar que “Lenin aprueba cada vez que encuentra, detrás de la pluma de Hegel, una crítica a Kant.”

que determinada doctrina es particularmente falsa y nociva, tienen la obligación de atacarla.”²⁰ 4) el carácter totalizante de la conciencia de clase era la otra cara del Partiinost en filosofía; también vinculaba la propia conexión entre realidad y apariencia, entre contenido y forma; la praxis política partidista sería la praxis más consciente y unificadora (incluso en el caso de la historia y la ciencia), una necesidad histórica insoslayable pero no una estructura óntica; la idea de autoconciencia se estrecha hasta límites peligrosos; 5) es evidente que el marxismo maduro de Lenin, cuyas conclusiones eran escandalosas hasta para el propio ámbito cultural bolchevique, se configuró sobre una ambigüedad político-filosófica: Lenin no terminó de renegar ni de subsumir su “Marx mal comprendido” en su nueva perspectiva hegelo-marxista, re-editando su obra *Materialismo y Empiriocriticismo* en 1920, con un prólogo en el cual advertía al lector que se trataba de un manual “que ayuda a conocer la filosofía del marxismo, el materialismo dialéctico”. Pero muy poco después, en 1922, sintomáticamente, Lenin vuelve a destacar la Dialéctica y al papel crítico que juega en el

20 Althusser afirmaba, hablando de Lenin y Hegel, que la “partidarietà” es un aspecto irrenunciable y eterno de la filosofía.



Marxismo la Umkehrung de Hegel.

Ya es el principio del fin para Lenin; pero en marzo de ese año logra escribir un ensayo revelador: “Significación del Materialismo militante”, título-homenaje a su maestro Plekjánov, para la revista teórica mensual: Bajo la bandera del Marxismo.²¹ En él afirma que “afortunadamente las tendencias principales del pensamiento social avanzado de Rusia tienen una sólida tradición materialista. Sin mencionar a Plejánov, bastará nombrar a Chernishevsky”. Más adelante Lenin afirmaba que “sin un sólido fundamento filosófico... ningún materialismo puede soportar la lucha contra la ofensiva de las ideas burguesas, contra la restauración de la concepción burguesa del mundo”, por lo que propone al comité editorial de la revista, “organizar el estudio sistemático de la Dialéctica de Hegel desde el

21 *Pod Znamenem Marksizma*, que apareció desde 1925 en alemán como *Unter Banner des Marxismus*; el texto de Lenin apareció en el N° 2, de marzo de 1922; el objetivo de la publicación era la crítica general desde el punto de vista materialista (“Órgano del materialismo militante”) así como artículos sobre Marx y el Marxismo; en ese número se podía encontrar letras inéditas de Engels y Marx a Lassalle, un artículo de David Riazanov (editor de las MEGA1) sobre la vida cotidiana de Marx, ensayos sobre Lógica formal y Lógica dialéctica, o la relación entre Anarquismo y Marxismo, además de recensiones bibliográficas.

punto de vista materialista, o sea: de la Dialéctica que Marx aplicó prácticamente en El Capital y en sus trabajos históricos y políticos.” Lenin concluye diciendo que “basándose en el modo como Marx aplicaba la Dialéctica de Hegel, concebida de manera materialista, podemos y debemos desarrollar esta Dialéctica en todos sus aspectos, publicar en la revista fragmentos de las principales obras de Hegel, interpretarlas de un ‘modo materialista’, comentándolas con ejemplos de la aplicación de la Dialéctica por Marx.” Y como colofón final sugiere al grupo de redactores y colaboradores que la revista se constituya en una suerte de... ¡“Sociedad de amigos materialistas de la Dialéctica hegeliana”! Lenin consideraba que “sin plantearse semejante tarea y sin cumplirla sistemáticamente, el materialismo no puede ser materialismo combativo”.

El artículo es sintomático, advierte de la posibilidad de una “restauración burguesa” en la teoría: la exhortación de Lenin es contemporánea a su reflexión práctica sobre la exigencia de normas más severas para el ingreso al partido, además de señalar el deficiente nivel de los militantes, previa al XI Congreso de marzo, así como su preocupación por la composición de clase del Comité Central. La praxis se desmorona, pierde su eficacia y se hace

“administrativa de las cosas” sin una teoría revolucionaria, sin el método materialista. La Dialéctica permanece como un fin decorativo, una ciencia de la legitimación (Negt) del voluntarismo burócrata, como justificación filosófica de una determinada actividad política y el principio de la autoconciencia reprimido entre los estatutos organizativos. Es sintomático este vaivén leninista entre el viejo marxista monista-darwinista e ingenuamente materialista con su versión asentada en la inversión hegeliana de Marx. Como sabemos el marxismo qua soviético, el Dia-Mat se construyó y estableció firmemente sobre la base de esta unilateralidad, polo de una ambigüedad que ya pre-existía en el Lenin histórico. Valen para el caso las propias palabras de Lenin: “¡Cuánta razón tenía el filósofo Hegel! La vida avanza en contradicciones, y las contradicciones vivas son mucho más ricas, variadas, más llenas de contenido, que a lo que a primera vista puede percibir la mente.”

Referencias

AAVV. (1984). *Diccionario de filosofía*. Moscú: Progreso. .

Althusser, L. (1970). Lenin frente a Hegel. *Ideas y valores*. , 3-16.

Althusser, L. (1970). *Lenin y la filosofía* . México: ERA.

Fistetti, F. (1977). *Lenin e il Machismo: da "Materialismo ed empiriocriticismo" ai "Quaderni filosofici*. Milano: Feltrinelli.

Garaudy, R. (1968). *Lénine*. París : PUF.

Hegel. (1968). *Ciencia de la lógica*. Buenos Aires: Ediciones solar.

Hegel. (1997). *Enciclopedia de las ciencias filosóficas* . Madrid: Alianza.

Lenin. (1974). *Cuadernos filosóficos*. Buenos Aires: Ediciones estudio.

Lenin. (1974). *Obras completas*. Tomo 1. Madrid: Akal.



Lenin. (1974). *Obras completas. Tomo II.*
Madrid: Akal.

Lenin. (1977). *Obras Completas. Tomo XIII.*
Madrid: Akal.

Lenin. (1977). *Obras completas. Tomo XIV.*
Madrid: Akal.

Lenin. (1978). Carta al secretario de redacción
de la editorial Granta. En Lenin, *Obras
completas. Tomo XXIX* (pág. 186).
Madrid: Akal.

Lenin. (1978). *Obras Completas. Tomo XXI.*
Madrid : Akal.

Lenin. (1978). *Obras completas. Tomo XXXVIII.*
Madrid: Akal.

Marx, K. (1983). *Das Kapital. Band I.* Frankfurt:
Ullstein.

Marx, K. (1983). *El capital. Tomo I, Vol. I.*
México: Siglo XXI.

Pannekoek. (1973). *Lenin filosofo.* Córdoba:
Cuaderno de pasado y presente.

Tschizewskij. (1961). *Hegel in Rußland”, en:
Hegel bei den Slaven, Wissenschaftliche
Buchgesellschaft. Darmstadt.*

Varela, N. G. (2018). Materialismo militans.
La proto-historia de Lenin. *Revista de
Filosofía de la Universidad de Costa Rica.*
Vol. 57, N. 148, 191-219.

¿TE ACUERDAS DE LENIN?

Varela, N. G. (2020). *Friedrich Engels antes de Marx. Escritos (1838-1843)*. Barcelona: El viejo Topo.

Varela, N. G. (2021). Engels joven-dialéctico 1839-1840. En O. Martínez, *Friedrich Engels. Dialéctica, naturaleza y crítica de la economía política*. (págs. 151-165). Lima: Editorial Ande.





Del Poder Parlamentario al Poder Soviético: El debate Lenin – Kautsky*

***Giovanni Libreros Jiménez**

Filósofo e investigador
Fundación “Walter Benjamin”
para la investigación social

La experiencia de la Revolución de Octubre levoca el valor de la espontaneidad de las masas y la importancia de la teoría política en los procesos democráticos y revolucionarios. Con esta idea se propone una aproximación a la *teoría de la dualidad de poderes* de Lenin que devino en *poder soviético* a partir de ese gran acontecimiento mundial. ¿Cómo llegaron los *soviets* a ser lo que fueron? ¿Cuál fue su papel en el proceso revolucionario ruso? ¿Qué aportes dejó esta experiencia para la praxis revolucionaria? Estos interrogantes expresan un interés no solo para las luchas de los trabajadores, desempleados, jóvenes, mujeres y gentes del común de todo el mundo, sino también para quienes desde el ámbito universitario y académico desean ahondar en estas cuestiones.

El problema teórico se ubica a partir de las diferencias entre Lenin y Kautsky, puesto que pensamos que ellas reflejan una tensión aún vigente entre las nociones de *democracia* y *dictadura*. Partimos de la premisa que esta polémica clásica contribuye a ampliar los debates sobre la perspectiva socialista en el contexto del capitalismo contemporáneo. Metodológicamente este asunto se analiza a partir de las disputas ideológicas entre el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) y el Partido Comunista de Rusia (bolchevique), en cuyo marco trataremos de exponer

las contradicciones del movimiento marxista, para luego proponer algunas ideas que den cuenta de la actualidad de esta polémica para repensar la dimensión política de la transformación social en nuestro tiempo.

La crítica de Kautsky

Karl Kautsky plantea una crítica a la revolución bolchevique, concretamente en un folleto publicado en 1918, que llevó como título *La dictadura del proletariado*. Quienes sean cercanos a la obra de Marx saben que esta noción evoca no solo un concepto problemático, sino también uno lleno de divergencias y malentendidos, pero que sin duda ocupa un lugar central en el estatuto filosófico del marxismo. Lenin en su obra *El Estado y la Revolución*, escrito tan solo a dos meses de la victoria bolchevique, cita un extracto de una carta de Marx dirigida a Weydemeyer, con fecha del 5 de marzo de 1852, donde decía que jamás se atribuía el mérito de haber descubierto la existencia de las clases y su lucha antagónica, puesto que otros pensadores antes que él ya había delineado este desarrollo histórico y su estructura económica. Que lo nuevo que aportaba Marx era tres cosas: 1) que la existencia de las clases solo va unida a determinadas fases históricas de la producción; 2) que la lucha de



clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado; y 3) que esta dictadura no es sino un tránsito hacia una sociedad sin clases (Lenin, 1977, p. 31).

La cuestión sobre cómo Marx concibió el concepto de *dictadura del proletariado* resulta fundamental para comprender la idea de democracia y su relación con el horizonte comunista. Sin embargo, tras el triunfo de la Revolución de Octubre, Kautsky reaccionó con dureza frente a lo que consideró una sustitución, por parte de los bolcheviques, del *método democrático* por el *método dictatorial* en la política y las tareas revolucionarias después de los acontecimientos que estremecieron al mundo a finales de 1917.

Para Kautsky (1975) el error fundamental de los bolcheviques consistió en haber creído que su victoria era el preludio de la revolución europea. Para él, este “voluntarismo” unía el porvenir del proceso revolucionario ruso a la capacidad de expandir su experiencia insurreccional rusa a todos los proletarios del viejo continente (p. 82). No obstante, la posterior ausencia de acontecimiento revolucionario en Europa no había sido por la falta de sublevaciones, sino a causa del aniquilamiento de quienes intentaron seguir el camino ruso. Así

ocurrió con el *levantamiento espartaquista* en la insurrección alemana de 1918, que culminó con el infame crimen de dos prominentes figuras del comunismo internacional: Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.

Sin embargo, la cuestión que nos interesa aquí no es el porqué del fracaso de la revolución europea durante este periodo. En cambio, si concierne indagar los aspectos de la polémica Lenin – Kautsky que llevaron directamente a la cuestión de la *dualidad de poderes* y su relación con el concepto de *dictadura del proletariado*, el cual apareció como un problema teórico nuevo en la antesala del octubre rojo.

La ubicación del problema

Kautsky fue para Lenin un referente teórico en los años de su formación marxista, y no era para menos: Kautsky dirigió la publicación del cuarto tomo de *El Capital* en Stuttgart entre los años 1905 y 1910, y no cabe duda de que era una autoridad intelectual en el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Sin embargo, su interpretación del marxismo en las postrimerías de la primera guerra mundial, lo había obsesionado con el propósito de impedir que el proletariado germano y del viejo continente siguiera el camino revolucionario que había trazado la experiencia bolchevique.



Para ubicar el problema hay que situarse entonces en dos importantes textos. El primero, al que ya se aludió, es de Kautsky, *La dictadura del proletariado*. El segundo es la respuesta de Lenin que apareció con el título *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, que también fue publicado en 1918. Ambas teorizaciones están referidas a las dos revoluciones rusas del año anterior: la revolución de *febrero*, cuyo carácter fue democrático–burgués, y la revolución de *octubre* de orientación comunista. Tengamos en cuenta que Europa, en febrero de 1917, ya se encontraba sumida en una cruenta confrontación sin posibilidades de salida y en las trincheras las bajas se contaban por millones los muertos.

En ese contexto, el movimiento socialista internacional tenía que definir una postura política para orientar la lucha obrera en los países beligerantes. La mayoría se alineó con el estandarte de la “defensa de la patria” promovido por las burguesías nacionales. Se trataba de partidos obreros con presencia en los parlamentos, como fue el caso del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), cuya bancada legislativa votó a favor de los empréstitos de guerra. Como consecuencia, se escucharon voces críticas que denunciaron el enfrentamiento como una “guerra de rapiña” del im-

perialismo. Estas voces críticas se alinearon con el punto de vista bolchevique, que consistía en agitar un levantamiento obrero y popular en cada uno de los países beligerantes con el propósito de imponer una política de paz de la mano con el programa socialista. Desde Rusia, los bolcheviques lideraron esta orientación y exigieron al Gobierno Provisional de Kerensky, que había sustituido a la monarquía zarista en la revolución de *febrero*, que garantizara una paz inmediata con Alemania. En ese momento la desesperación del pueblo ruso crecía ante la prolongada hambruna que fue desatada por una economía devastada por la guerra.

En este contexto, afloraron contradicciones entre las formas de la *democracia parlamentaria*, que pretendían instaurar una república liberal a partir de la *Asamblea Constituyente*, y las formas de un *nuevo poder* que emergió de una experiencia inédita de un tipo de democracia plebeya, que no era delegada ni estaba representada, pero en la que los protagonistas directos eran las masas que padecían el oprobio, la explotación y la opresión. Se trataba de un pueblo que libraba una desesperada lucha de liberación y que había aprendido espontáneamente a organizar su poder político en *soviets*.



La aparición de los soviets

La clase obrera rusa había sido la gestora de la Organización Soviética durante la fallida revolución de 1905. Durante la primera fase de industrialización, en los años setenta del siglo XIX y, en el transcurso de la segunda fase a partir de 1895, el incipiente proletariado industrial había comenzado a organizarse en las fábricas a través de los *comités de huelga*. Esta forma de auto-organización y auto-gestión ya contaba con un antecedente que había aparecido en 1885, en una fábrica de textiles en Tver y que luego pasó a convertirse, en 1895, a raíz de su traslado a una zona textil en postrimerías de Moscú, en el primer Consejo Obrero. Para 1905, este mismo Consejo había sufrido una reestructuración, hecho que fue considerado como la fecha del nacimiento oficial de los *soviets* (Negri, 2004, pp. 99-100).

Contrario a la doctrina vanguardista de Partido, Lenin defendió este desarrollo espontáneo no solo como un rasgo específico de la experiencia rusa. Para el líder bolchevique fue tan grande ese paso que demostró que “el elemento espontáneo no es sino la *forma embrionaria* de lo consciente. Para él, lo fundamental no era tanto la forma de organización de los soviets sino su composición social, de tal ma-

nera que observó en ellos un estadio político de la insubordinación de las clases. Por eso, en su teoría, reconoció en esta espontaneidad un elemento necesario para la constitución del nuevo poder político, aunque este fuera aún insuficiente para la construcción de una estrategia revolucionaria.

No obstante, con el triunfo del zarismo en 1905 vendrían los años de reacción en el que las filas bolcheviques se vieron abatidas, obligando con ello a un repliegue que se prolongó hasta el año 1910. En este periodo, Rusia aceleró su desarrollo capitalista y preparó de nuevo el terreno para el despliegue de una nueva fase de la lucha de clases. Y así fue. Entre 1910 y 1914 se experimentó una fase de ascenso del movimiento espontáneo que se prolongó, con todas sus vicisitudes, hasta el comienzo de la primera guerra mundial, y cuyo desenlace encontraría en las dos revoluciones de 1917, su máxima expresión política.

La lectura de Kautsky

En el contexto soviético, Kautsky había observado que los socialistas rusos estaban profundamente divididos. La *facción marxista* representaba al proletariado industrial, o sea, la clase urbana emergente que era minoritaria, aunque numerosa en los grandes centros ur-



banos y, la *facción de los social-revolucionarios* (eseristas) que representaba el campesinado, mayoritario entonces en un país atrasado y rural. Por entonces, este campesinado, a diferencia del resto de Europa, era revolucionario en tanto que quería abolir el régimen de la servidumbre, y esto lo convertía en un aliado natural de la clase obrera, aunque era evidente que diferían en muchos aspectos, por ejemplo, los campesinos eran propietarios de la tierra mientras que los obreros eran una clase desposeída (1975, p. 79).

No obstante, el problema era más complejo ya que existía, en el interior de la facción marxista, otra división política. Los mencheviques sostenían que la revolución solo podía ser burguesa, dada la base económica y social de Rusia; y, por el contrario, los bolcheviques, creían en el poder soviético y por tanto consideraban que era posible pasar directamente de la revolución burguesa a la revolución socialista, sin tener que agotar etapas sucesivas del desarrollo capitalista. La cuestión del socialismo se redujo entonces a la siguiente dicotomía: o se transitaba hacia él a través de un proceso moderado, gradual y con conciliación de clases o se consolida la victoria por medio de un gran salto revolucionario. Kautsky rechazó la visión de los bolcheviques puesto

que consideraba que la voluntad del socialismo solo puede surgir cuando las grandes empresas capitalistas ya están concentradas y lo suficientemente desarrolladas como para que los trabajadores exijan una modificación radical de la estructura de la propiedad de los medios de producción social (Kautsky, 1975, pp. 47-48).

En este marco, Kautsky defendió la tesis de que el desarrollo de la gran empresa capitalista crea al mismo tiempo la posibilidad de realizar el socialismo, o, lo que es lo mismo, que el socialismo solo es posible como un resultado de un proceso de modernización capitalista. Por lo tanto, la perspectiva socialista queda atada a las condiciones del desarrollo industrial y al incremento del número de trabajadores asalariados: “por una parte, por el hecho del aumento del número de proletarios que tienen interés en la realización del socialismo, y, por otra parte, por el hecho de la reducción del número de capitalistas, es decir, de su reducción relativa, proporcionalmente al número de proletarios” (1975, p. 48). Esta es precisamente la concepción que se conoce como “determinismo” o también como “economicismo”, y que dio lugar a la corriente reformista del marxismo.

Por tanto, Kautsky pretendió intervenir con esta tesis en el debate interno entre las facciones mencheviques y bolcheviques. Sin embargo, el debate económico se trasladó pronto a una cuestión netamente política: la paz con Alemania sobre las bases de los acuerdos de la Conferencia de Zimmerwald¹, pero a condición de no entregar territorio ruso y sin pagar la indemnización que exigían los germanos por el cese de hostilidades. En este marco, los mencheviques consideraban que el ejército debía continuar en el frente hasta tanto Alemania no aceptara tales condiciones, mientras que los bolcheviques pedían una paz inmediata, aún al costo de pagar el elevado costo de indemnización exigido por su contraparte alemana, a la par que intentaban desmovilizar las tropas en el frente con la propaganda pacifista (1975, p. 80). Todo esto ocurría al tiempo que se dilataba la realización de las elecciones a la Asamblea Constituyente. Entre tanto, la anhelada paz no llegaba y el *Gobierno Provisional* insistía en mantenerse beligerante dentro

1 Se refiere a la *Conferencia de Zimmerwald* que se celebró en septiembre de 1915. Se llamó Zimmerwald por el nombre del lugar donde se realizó el evento, un poblado cerca de Berna – Suiza. Allí se reunió la izquierda socialista que se oponía a la Primera Guerra Mundial, con delegados provenientes de varios países de Europa.

de la *Alianza*².

Esta situación se tornó cada vez más intolerable para el pueblo ruso quien padecía los rigores del hambre y que, por consiguiente, se disponía a levantarse desesperadamente contra el orden vigente. Esta presión llevó a que una parte de los mencheviques, que apoyaba al *Gobierno Provisional*, exigiera su retirada del escenario de la guerra contra Alemania, pero esforzándose por marcar diferencias con el pacifismo de los bolcheviques. Para Kautsky fueron precisamente estas circunstancias las que favorecieron el ascenso al poder de la facción leninista que, sumado a su capacidad propagandística, habían logrado granjearse el apoyo de la mayoría de los socialrevolucionarios. Éstos últimos ingresarían al primer gobierno revolucionario constituido en el segundo congreso de los soviets, cuyas sesiones se inauguraron el 25 de octubre de 1917.

La crítica de Kautsky

En este debate estratégico, el pensador alemán señaló otro error de los bolcheviques. Se trató de la decisión de pasar directamente de una república parlamentaria a una repú-

2 La Alianza o la Triple Entente estaba constituida por la Tercera República Francesa, el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y el Imperio ruso que se constituyó en una de las partes de la I Guerra Mundial.



blica soviética, error que, según él, condujo a que el proceso ruso transitara por cauces no democráticos. Ante la imposibilidad de una expansión del socialismo hacia a Europa, los bolcheviques tuvieron que enfrentar un problema insoluble: *defender a Rusia de las amenazas externas con un ejército debilitado e incapaz de asegurar sus fronteras, mientras que intentaban sentar las bases de un régimen socialista en medio de una economía devastada por la guerra*. Esta circunstancia –argumenta Kautsky– explica por qué los bolcheviques tuvieron que acudir al empleo de métodos dictatoriales para contener las demandas sociales aplazadas por la guerra (1975, p. 82).

El Consejo de Comisarios del Pueblo –nombre que recibió el gobierno soviético– decidió disolver el parlamento de Petrogrado el 3 de noviembre, porque consideraba que este órgano estaba opuesto a la voluntad popular que se había expresado en la Revolución de Octubre. El comité ejecutivo de los soviets anunció nuevas elecciones “sobre la base del sufragio universal existente” y lo principal para Kautsky era que la elección de la Asamblea Constituyente debía hacerse mediante el ejercicio del derecho de voto general, legal, directo y secreto, sin el cual no se cumpliría con los mínimos democráticos para asegurar

la legitimidad de la decisión popular. Para él, sin embargo, lo más grave fue el cambio de la posición bolchevique hacia la disolución de la Asamblea Constituyente. Consideró que esta decisión obedeció a que, tras el resultado de los comicios, los partidarios de Lenin habían quedado en minoría en el nuevo órgano legislativo. De modo que, Kautsky, termina por aseverar que el triunfo de los soviets sobre la Asamblea Constituyente devino en una dictadura como forma de gobierno permanente en Rusia (1975, p. 83).

La respuesta de Lenin

Lenin (1975) comienza ubicando el núcleo de la polémica con Kautsky: “El problema de la Asamblea Constituyente y de su disolución por los bolcheviques”. Por consiguiente, lo principal de la crítica kautskiana radica en el hecho de “la supresión de la democracia y la instauración de la dictadura” (p. 182). Para Lenin, el problema planteado reviste una especial importancia para el horizonte comunista. En su respuesta explica que el poder soviético aparece como algo nuevo en la historia e implica un serio cuestionamiento a la forma dominante de la república parlamentaria. En efecto, este acontecimiento inauguró un antagonismo entre dos concepciones de la demo-



cracia que se va a extender hasta los confines del siglo XX. En las líneas que siguen veremos cómo Lenin teorizó en este debate a partir de las contradicciones que se manifestaron tras la victoria roja hace más de cien años.

Los ataques de Kautsky se habían enfocado contra las *Tesis sobre la Asamblea Constituyente* formuladas por Lenin. En su respuesta, el líder bolchevique cuestiona la instrumentalización de este documento para difundir las concepciones reformistas sobre la democracia y la dictadura. Según él, en esta crítica se cita de manera sesgada, no se respeta el orden de la exposición y no se muestra el conjunto de la estructura argumentativa, sino que se limita a mencionar algunas tesis por separado. Por ejemplo, se omite el análisis comparativo entre la *república burguesa y la república de los soviets* y tampoco se refiere a la explicación sobre cómo surge la divergencia entre la *Asamblea Constituyente* y el *poder soviético* (1975, p. 188).

Con estas primeras observaciones, Lenin explica que no se puede comprender el cambio de la posición bolchevique frente a la Asamblea Constituyente sino mediante el análisis del conjunto de sus 19 tesis. Por el contrario, Kautsky se limitó en su folleto a debatir dos de ellas. Una, la tesis quinta, en la cual se indica

que los eseristas se dividieron después de las elecciones y antes de que se reuniera la Asamblea Constituyente; la otra, la tesis tercera, que sostiene que la república de los soviets es en general una forma democrática superior a la Asamblea Constituyente (1975, pp. 182-183)³. Además, en el texto de Kautsky solo se cita de manera íntegra la tesis tercera:

Para el tránsito del sistema burgués al socialista, para la dictadura del proletariado, la República de Soviets (de diputados obreros, soldados y campesinos) no es solo el tipo más elevado de institución democrática (comparada con la usual

3 *Tesis sobre la Asamblea Constituyente. Tesis*
5. En primer término, la representación proporcional no expresa fielmente la voluntad del pueblo, cuando las listas presentadas por los partidos corresponden a la verdadera división del pueblo según los agrupamientos partidarios reflejados en esa lista. Y es sabido que, en nuestro país, el partido que entre mayo y octubre ha tenido más partidarios en el pueblo y, sobre todo, entre los campesinos, el partido de los socialistas revolucionarios, presentó listas unidas a la Asamblea Constituyente a mediados de octubre de 1917, pero se dividió en noviembre de 1917, después de las elecciones y antes de que se reuniera la Asamblea. Por eso, no hay ni puede haber siquiera una correspondencia formal entre la voluntad de la masa de electores y la Asamblea Constituyente elegida.



república burguesa coronada por una Asamblea Constituyente), sino la única forma capaz de asegurar el tránsito menos doloroso posible al socialismo (Lenin, 1970, p. 39).

A partir de esta tercera tesis, Kautsky se lamenta porque los bolcheviques únicamente llegaron a esa conclusión tan solo cuando se encontraron en minoría en la Asamblea Constituyente. “Nadie había pedido antes la Asamblea Constituyente con mayor empeño que Lenin” (Lenin, 1975, 183). No obstante, en su respuesta, Lenin señala que mucho antes de que el bolchevismo quedara en minoría ya estaban comprometidos con la tesis de la superioridad de la república soviética sobre la república parlamentaria. Lenin (1970) responde los cuestionamientos de Kautsky retomando de manera íntegra sus 19 tesis:

Al reclamar la convocatoria de una Asamblea Constituyente, la socialdemocracia revolucionaria, desde los primeros días de la revolución de 1917, subrayó más de una vez que la República de los Soviets es una forma de democracia superior a la usual república burguesa con su Asamblea Constituyente (p. 39).

Para Lenin lo fundamental del debate consiste en si la tesis sobre la superioridad de los soviets resulta válida o no. Sin embargo, Kautsky evade esta cuestión y como se verá más adelante, la experiencia rusa, más allá de aciertos y errores, planteó la posibilidad de un nuevo poder que superara los límites de la organización institucional de la democracia liberal, incluso aún dentro del régimen capitalista. Lenin confrontó la facción menchevique en la medida en que ésta no logró responder a este desafío, optando por mantenerse dentro de una postura de conciliación con una burguesía incapaz de garantizar el pan, la paz y la tierra a un pueblo agobiado por la miseria y sometido a una tiranía secular encarnada en la autocracia rusa y el poder de los señores de la tierra.

En consecuencia, la facción bolchevique ya se había jugado sus cartas a favor de la democracia soviética para cuando se inició el proceso de transición con la abdicación del Zar Nicolás II, el 2 de marzo de 1917, y con la posterior creación del Gobierno Provisional. Estas cuestiones fueron teorizadas en *Las tesis de abril*, en *La dualidad de poderes* y en *Las tareas del proletariado en nuestra revolución*, en las que si bien se reconocía la Asamblea Constituyente como una forma superior – siempre dentro

de los límites del capitalismo y la democracia burguesa – defendían al mismo tiempo que el poder soviético era una realidad que estaba emergiendo en paralelo a todos estos cambios como la forma superior de la democracia durante ese periodo.

En las *Tesis sobre la Asamblea Constituyente*, escritas en diciembre de 1917, se consideró que la disolución de esta institución podría dar paso a una nueva forma de gobierno que expresara mejor los intereses y aspiraciones de las mayorías sometidas, es decir, una nueva forma de democracia que iniciara la transición hacia una sociedad libre de la opresión de clases. No hay que olvidar que, la idea subyacente al concepto de dictadura del proletariado, delineado lucidamente en las páginas del *Manifiesto del Partido Comunista*, consistió fundamentalmente en la idea de la “conquista de la democracia” por parte del proletariado. De ahí que para Lenin “el problema de la dictadura del proletariado es el problema de la actitud del Estado proletario frente al Estado burgués, de la democracia proletaria frente a la democracia burguesa” (Lenin, 1975, p. 145).

En este sentido, Lenin le reprochó a Kautsky el haber eludido el problema teórico y su deliberado desconocimiento de las circunstancias

que rodearon las revoluciones rusas de 1917, es decir, las que dieron cuenta del estado real de una situación revolucionaria a diferencia de lo que sucedía en Alemania y el resto de Europa. Pero, sobre todo, lo va a cuestionar como teórico del marxismo y como representante del movimiento obrero internacional en razón a su fetichismo democrático y su visión europeísta de la historia. Esta crítica está presente en las mismas *Tesis sobre la Asamblea Constituyente*, las cuales pueden resumirse así:

a. Los intereses de la revolución están por encima de los derechos formales de la Asamblea Constituyente (Tesis 16 y 17).

b. Quienes rechazan la democracia soviética (directa) lo hacen en defensa del punto de vista “democrático formal”, es decir, de la democracia representativa (indirecta) del capitalismo, que no admite la supremacía de los intereses del proletariado y no reconoce la lucha de los trabajadores.

c. Lenin le reprocha a Kautsky el no haber admitido que los parlamentos burgueses son órganos dominados por los grandes propietarios de la tierra y el capital.



d. Y también le critica que nunca se haya preguntado por la composición de clase del órgano de la Asamblea Constituyente en Rusia (1975, p. 187).

Con estas consideraciones, el paso siguiente consistió en reconstruir los argumentos de las 19 tesis sobre la Asamblea Constituyente, y que a continuación se exponen de modo abreviado:

a. Las *Tesis sobre...* contienen un estudio teórico del carácter limitado de la democracia burguesa (tesis primera a la tercera).

b. Las listas de los partidos, compuestas a mediados de octubre de 1917 para las elecciones de la Asamblea Constituyente, no respondían a la nueva realidad en diciembre de 1917 (tesis cuarta a la sexta).

c. La parte histórica de las *Tesis sobre...* analizan el proceso de la lucha de clases y la guerra civil de octubre a diciembre de 1917 (tesis séptima a la décimo quinta).

d. De esta historia, Lenin deduce que la consigna de “Todo el poder a la Asamblea Constituyente” se había con-

vertido de hecho en la consigna de los demócratas constitucionalistas (tesis número catorce). De ahí que la consigna de los bolcheviques haya sido reformulada como la de “todo el poder a los soviets” (Lenin, 1975, pp. 187-188).

A partir de aquí, el líder bolchevique redirige la crítica hacia Kautsky. Sostiene que la postura reformista ignora intencionalmente la crítica de Marx a la democracia parlamentaria. Por lo tanto, la resistencia de la socialdemocracia alemana a aceptar la intervención directa de las masas esconde su vergonzoso rechazo a aceptar la imposibilidad de representar la voluntad popular en un órgano trascendente a la sociedad. En este sentido, esta izquierda reformista se esfuerza en ayudar a legitimar la tesis de que el sufragio universal es la forma por antonomasia en el mundo civilizado, siendo el voto la consumación de la participación ciudadana y el régimen constitucional la quintaesencia de las libertades civiles.

Para Lenin, esta ficción jurídica le impidió a la socialdemocracia alemana reconocer el carácter de clase de las instituciones, puesto que después de la Revolución de Octubre y antes de que se reuniera la Asamblea Constituyente, había nacido en este interregno, la expresión



de un nuevo poder plebeyo que llevó a la principal reserva de las fuerzas reaccionarias de la vieja Europa a una crisis sin parangón en la historia moderna.

Desde este ángulo, Kautsky omitió que los mencheviques (a quienes defendía contra los bolcheviques), eran la mayoría en los soviets desde mucho antes de la Revolución de Octubre y que, durante este periodo, los consejos de obreros, campesinos y soldados ya estaban en contradicción con las demás instituciones legales del naciente Estado parlamentario que había sustituido la autocracia zarista. Como resultado, al oponerse a la disolución de la Asamblea Constituyente, el reformismo europeo entró en contradicción no solo con el curso social del movimiento ruso, sino también con aquel proceso democrático que estaba comprometido con llevar a término su lucha por abolir las instituciones que sustentaban el poder de clase y, con ello, dar comienzo con una historia superadora de todas formas de opresión y explotación humana.

Dentro de este marco, Lenin consideró a Kautsky como un defensor de la postura vacilante del menchevismo hacia los soviets y le reprocha el no haberlos criticado cuando éstos pactaron con la burguesía durante el periodo

en que fueron mayoría en estos órganos (entre febrero y octubre de 1917). Paradójicamente, los mencheviques habían reconocido por entonces a los *soviets* como expresiones de la democracia revolucionaria y, por tanto, que éstos nuevos órganos eran superiores con respecto a las demás instituciones democráticas del Estado. Lenin explica que, “...*más de medio año* (lapso inmenso para una revolución) *de experiencia* de conformismo menchevique, de tentativas de conciliar al proletariado con la burguesía, es lo que convenció al pueblo de la inutilidad de estas tentativas y lo que finalmente apartó al proletariado de los mencheviques” (1975, p. 189). No fue, entonces, solo el aparato de propaganda bolchevique lo que le permitió ganar la mayoría en los *soviets*, sino las inconsecuencias de la política menchevique que suponían que era posible evitar el “encarnizamiento” de lucha de clases en este convulsionado periodo de la historia.

Esta polémica bien se podría extender a otros aspectos, en su mayoría de carácter histórico que sirven para apoyar los argumentos en un sentido u otro. Sin embargo, solo nos interesa resaltar las tesis reformistas contenidas en la crítica de Kautsky y el modo en cómo Lenin las refutó. Sin embargo, advertimos que este debate no es algo que se pueda reducirse a un

problema en donde toque elegir entre el color blanco o el negro. Es justo decir que Kautsky reconoció en los soviets una magnífica organización de lucha para los intereses del proletariado con un gran porvenir. Pero también tuvimos que destacar su inclinación a apoyar las posturas de conciliación con la burguesía rusa, lo que resultó contradictorio con su ortodoxia marxista, muy conocida en el contexto alemán.

Por otro lado, Lenin tenía una idea que toda revolución no es más que una lucha continua, y que en la época capitalista las luchas obreras ocupan un lugar de vanguardia, siendo el foco y el centro de todas las aspiraciones de los oprimidos en dirección a su emancipación. En este orden de ideas, los soviets, no se limitaron a organizar la insurrección popular, sino que además ocuparon un lugar muy importante en la constitución de un nuevo tipo de democracia que era expresión genuina de los cambios en el estado de ánimo de las masas, algo que las incipientes instituciones representativas eran incapaces de comprender en el contexto ruso. Esta fue la razón principal por lo que la democracia soviética fue considerada por Lenin como una forma superior de democracia en contraposición de la Asamblea Constituyente.

A modo de breves conclusiones.

Hemos intentado mostrar las tensiones políticas entre Lenin y Kautsky. Como se sabe, el debate entre las diversas nociones políticas de *democracia* y *dictadura* continúa definiéndose hoy en una relación de oposición antagónica, según el paradigma de la democracia liberal.

Particularmente, en el continente americano, este debate se ha animado a partir de los cambios políticos y sociales de las últimas décadas. Es en este contexto donde es pertinente estudiar la polémica entre Lenin y Kautsky, puesto que la aparición de nuevas formas de gobierno, como producto de la agudización de las luchas sociales, han puesto de relieve la discusión sobre el significado actual de la democracia y sus alcances o no en favor de las inmensas mayorías.

Kautsky (1975) tuvo razón en afirmar que “el socialismo, en tanto que medio para la emancipación del proletariado, es impensable sin la democracia” (p. 42), pero también se debe destacar que Lenin acierta en señalar que no se puede llegar al socialismo a partir de las ficciones jurídicas de la democracia liberal, es decir, únicamente a través de la acción parlamentaria, bajo la creencia ilusoria de que las reformas democráticas solo pueden originar-



se en los órganos e instituciones legales y desde un poder trascendente a la sociedad.

Lenin estaba convencido de que una situación revolucionaria no aparece exclusivamente con la crisis objetiva del capitalismo, sino también en virtud del desarrollo de la conciencia de los trabajadores, sobre todo cuando éstos se constituyen en sujetos políticamente activos. En este sentido, un poder completamente diferente del régimen estatal de representación política solo es comparable como el que aconteció en la Comuna de París en 1871. Esto porque, según el líder bolchevique, la experiencia de este poder manifestó entonces tres rasgos fundamentales: el primero es que la fuente de poder no reside en ninguna ley sino en “la iniciativa directa de las masas populares desde abajo y en cada lugar”. El segundo consiste en “la sustitución del ejército y la policía” en tanto que “son instituciones apartadas del pueblo y contrapuestas a él”. En este sentido, el “pueblo en armas” se constituye en el guardián supremo del “orden público”. Finalmente, el tercer rasgo, se exhibe en “la sustitución de los funcionarios y la burocracia” por el “poder directo del pueblo” en tanto que éstos se han constituido también en una casta privilegiada al servicio de los intereses de clase (Lenin, 1981, pp. 38-39). Es

decir, que la subjetividad revolucionaria no nace directamente de una situación de crisis sino de la experiencia colectiva del ejercicio de dirección de la sociedad, algo que requiere de una preparación permanente “desde abajo” para impulsar las elaboraciones teóricas, las producciones estéticas, la organización no estatal del poder para administrar con justicia los bienes comunes y, sobre todo, de un elevado liderazgo intelectual, moral y cultural que arraigue en los procesos de lucha social que se constituyen y sedimentan desde mucho antes que aparezca una situación típicamente revolucionaria.

Para la producción de la subjetividad se requiere entonces de una teoría de la dualización del poder estatal, lo que implica la formulación de programas políticos con mayor alcance anti sistémico. Lenin hace una propuesta teórica y política a partir de una experiencia concreta que puede arrojar importantes enseñanzas para la lucha emancipadora, pero solo si se apropia de manera crítica y creadora. La riqueza de la teoría de la *dualidad de poderes* estriba precisamente en que surgió de los movimientos reales de la historia humana y que, en el caso de sociedad rusa, creció al calor de la dinámica revolucionaria con todos sus éxitos y fracasos. Por tanto, no es una visión que haya

salido de la especulación filosófica, sino algo que brotó de importantes movimientos populares que lucharon por cambiar su destino. Lenin enseñó que la espontaneidad de estas luchas necesita de una *teoría* capaz de pensar lo impensable, para ir a través de ella más allá de todo posibilismo y para despejar el horizonte emancipador en tiempos de oscuridad.

Referencias

Arendt, H. (2014). *Sobre la revolución*. Alianza editorial.

Franco, V. (2009). *Orden contrainsurgente y dominación*. Siglo del Hombre Editores.

García, Á. (2015). El proceso boliviano en clave regional. In *II Encuentro Latinoamericano Progresista, ELAP* (Issue 29 de septiembre). <https://cctt.cl/2016/02/08/el-proceso-boliviano-en-clave-regional/>

Kautsky, Karl; Lenin, V. I. (1975). *La dictadura del proletariado. La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. Grijalbo.

Lenin, V. I. (1970). Tesis sobre la Asamblea Constituyente. In *Obras completas. Tomo XXVIII* (pp. 39–43). Editorial Cartago.

Lenin, V. I. (1975). ¿Qué hacer? In *Obras escogidas en doce tomos. Tomo II*. Editorial Progreso.

Lenin, V. I. (1977). El Estado y la revolución. In *Obras escogidas en doce tomos. Tomo VII* (pp. 1–116). Editorial Progreso.

Lenin, V. I. (1981a). La dualidad de poderes. In *Obras escogidas en tres tomos. Tomo II* (pp. 38–40). Editorial Progreso.

Lenin, V. I. (1981b). La situación política. In *Obras escogidas en tres tomos. Tomo II* (pp. 195–197). Editorial Progreso.

Libreros, G. (2020). *La actualidad del debate Lenin - Kautsky: Vicisitudes teóricas del marxismo en torno a la dualidad de poderes* [Universidad Libre]. [https://repository.unilibre.edu.co/bitstream/handle/10901/19494/%5BFinal%5D Monografía de grado - G - Libreros - 03.09.20. pdf?sequence=1&isAllowed=y](https://repository.unilibre.edu.co/bitstream/handle/10901/19494/%5BFinal%5D%20Monografia%20de%20grado%20-%20G%20Libreros%20-%2003.09.20.pdf?sequence=1&isAllowed=y)

Negri, A. (2004). *La fábrica de la estrategia. 33 lecciones sobre Lenin*. Akal.



Hacer estallar el *continuum* de la histora*

*Roland Anrup.

Profesor titular
de Historia de *Mid*
University



El peligro amenaza tanto a la existencia de la tradición como a los receptores de la misma. Para ambos es uno y el mismo: el peligro de entregarse como instrumentos de la clase dominante. En cada época es preciso hacer nuevamente el intento de arrancar la tradición de manos del conformismo, que está siempre a punto de someterla.

Benjamin, *Über den Begriff der Geschichte*

En este artículo, abordaré algunos aspectos de la estrategia política de Lenin que condujeron a una ruptura en la práctica con las ideas economicistas y deterministas que prevalecían en el seno del movimiento socialdemócrata. El propósito es examinar los escritos de Lenin y mostrar cómo su discurso en la práctica dio forma a un concepto de coyuntura que significó una revolución teórica. Bajo palabras como ‘situación’, ‘momento’, ‘posición’, ‘constelación’ y ‘punto de inflexión’ podemos encontrar el concepto de coyuntura. Lenin analizaba los diferentes aspectos de una situación dada en función de las peculiaridades concretas de uno u otro conjunto de condiciones políticas y económicas. Prestó atención a la interdependencia de las diferentes condiciones y a su articulación en una situación contemporánea, un contexto estructural

específico, una coyuntura particular.

¿Qué razones hay hoy de volver a Lenin y examinar sus contribuciones? El filósofo francés Jacques Derrida nos recuerda que lo que no ha envejecido en el pensamiento de Lenin es su crítica al consenso, al chovinismo y al economicismo en el movimiento socialdemócrata. En *¿Qué hacer?*, Lenin prescribe “una revolución en el concepto de revolución”.¹ Ciertamente, en la obra de Lenin hay una ruptura con la concepción sobre la consciencia política como algo intrínseco a la existencia del proletariado como clase. Por esta razón él sostenía que la consciencia revolucionaria requería romper con las formas espontáneas de conciencia. Estos planteamientos anticipaban una observación importante que Walter Benjamin (2010) formuló en una de sus tesis histórico-filosóficas:

El conformismo, que desde el principio se encontró a gusto en la socialdemocracia, no afecta sólo a sus tácticas políticas, sino también a sus ideas económicas. Esta es una de las razones de su colapso ulterior. No hay otra cosa que haya corrompido más a

1 Jacques Derrida, “Penser ce qui vient”, *Le Nouveau Monde*, 92: pp. 91–110.



la clase trabajadora alemana que la idea de que ella nada con la corriente. El desarrollo técnico era para ella el declive de la corriente con la que creía estar nadando. De allí no había más que un paso a la ilusión de que el trabajo en las fábricas, que se sería propio de la marcha del progreso técnico, constituye de por sí una acción política. (p. 25-26)

Es precisamente esta concepción mecánica del efecto político del modo de producción industrial capitalista lo que representa para Lenin un motivo de seria consideración: es necesario oponerse a una simplificación de la política que reduce la compleja dialéctica coyuntural de la conciencia proletaria al efecto inmediato del proceso productivo y social. En la interpretación simplificada que prevaleció entre los marxistas de la II Internacional, la concepción de la historia se caracterizó por una única contradicción fundamental entre el trabajo y el capital determinada en el plano económico y reflejada en los planos político e ideológico de la formación social. Esta simplificación de los antagonismos y contradicciones sociales conduce a un reduccionismo que priva a las relaciones político-ideológicas de su eficacia real.

Todo evolucionismo reduce el análisis a una operación formal que sólo puede conducir a una pseudo táctica incapaz de servir a una perspectiva estratégica larga. La castración de la táctica política del partido que resulta del evolucionismo crea un vacío devastador entre la determinación teórica de las fuerzas sociales y el análisis concreto de sus relaciones cambiantes y movedizas. Lenin sostiene que los mencheviques son, por tanto, incapaces de desarrollar una táctica concreta y correcta. Según el marxista ruso, G.V. Plejánov, el proletariado en la revolución democrático-burguesa no debería tener ninguna tarea de clase especial separada de las de la burguesía, sino que debería apoyar a la burguesía, impulsarla y formar un bloque con ella. Se oponía a las tácticas y consignas utilizadas por los bolcheviques, pues creía que alejarían a la burguesía y perturbarían el frente de unidad con ella. Lenin caracteriza la línea de los mencheviques como oportunismo, que en la política práctica conduce a alianzas con la burguesía liberal y, por tanto, indirectamente con sus aliados, la burocracia y los terratenientes.

Las fuerzas que actúan en el plano político, según el punto de vista de Lenin, representan intereses de clase en la lucha por el poder estatal, pero estos intereses no pueden leerse



directamente desde el plano económico. La función de clase de las propuestas y acciones de las diferentes fuerzas y partidos políticos sólo puede entenderse desde y en la coyuntura específica de la que forman parte. Durante la primera década del siglo XX, Lenin desarrolló gradualmente un enfoque que situaba las perspectivas revolucionarias dentro de la duración y complejidad de las diferentes coyunturas. El método de la dialéctica le sirvió como crítica de la razón abstracta, y le permitió extraer lecciones prácticas del campo de la política que derivaron en un cuestionamiento del determinismo. De este modo, desarrolló un análisis de situaciones concretas y una estrategia que incorporaba diversas formas de lucha política. Es este aspecto político el que, en su opinión, hace que el análisis de la coyuntura sea tan crucial.

Se necesita un análisis concreto de la coyuntura particular para poder establecer las consignas adecuadas. Utilizar el análisis de las coyunturas que se sucedieron durante los años 1905 a 1907 como “modelo” para el período revolucionario posterior y rápidamente cambiante de 1917 sólo conduciría a una estrategia política equivocada en una coyuntura nueva, y cambiada. Durante un período revolucionario, el tiempo se desarrolla a un ritmo

diferente. Como dice Lenin (1985): “la guerra y la ruina económica lo acelerarán extraordinariamente. Con estos ‘aceleradores’ un mes y hasta una semana pueden equivaler a un año entero” (p.18)

El desarrollo revolucionario ruso de 1917 es precisamente un ejemplo paradigmático de tal aceleración del tiempo. En palabras de Walter Benjamin (2010): “La conciencia de hacer saltar el *continuum* de la historia es propia de las clases revolucionarias en el instante de su acción”(p. 29). “Saltar” tiene que entenderse aquí en la acepción de “romperse o quebrantarse violentamente una cosa”. El original alemán dice “das Kontinuum der Geschichte aufzusprengen” que, tal vez, sería mejor traducir como “hacer estallar el *continuum* de la historia”. La traducción del propio Benjamin a francés dice “saper le temps homogène”. En un hermoso comentario Homi Bhabha (1994) señala:

“A diferencia de la mano muerta de la historia que cuenta los abalorios del tiempo secuencial como un rosario, buscando establecer conexiones seriales, causales, ahora nos enfrentamos a lo que Walter Benjamin describe como la voladura de un momento



monádico del curso homogéneo de la historia, estableciendo una concepción del presente como un “tiempo del ahora” (p.4).

Bhabha recoge aquí el concepto benjaminiano de *Jetztzeit*, “el tiempo del ahora” que no se refiere simplemente a un equivalente de *Gegenwart*, es decir, el presente. Veremos que este “ahora” constituye el corazón del discurso revolucionario y de la práctica política de Lenin, pues se trata de un “ahora” que permea tanto el análisis de la coyuntura, el momento actual, como la determinación del “ahora”, el momento decisivo de la acción revolucionaria. Al final del texto mostraremos cómo la práctica de Lenin hace estallar la concepción de un tiempo continuo y homogéneo.

Para nuestro propósito, que es comprender el concepto de coyuntura de Lenin, es crucial reconocer que su análisis de la coyuntura es consistentemente una reflexión teórica con implicaciones políticas en el contexto del momento histórico específico. Esto generó un análisis agudo de los cambios que afectan las fuerzas sociales y políticas en un proceso revolucionario y una capacidad para discernir y distinguir las coyunturas que se sucedieron a lo largo de 1917.

Coyunturas y cambios

Vamos a examinar el análisis de Lenin de esas coyunturas rápidamente cambiantes y del establecimiento de la dualidad de poderes después de febrero durante la etapa inicial de la revolución. Los acontecimientos de febrero marcaron el primer punto de inflexión en 1917. Lenin consideraba la Revolución de Febrero como una amalgama única de contradicciones, surgida de combinaciones temporales y accidentales de diversas condiciones:

Si la revolución ha triunfado tan rápidamente y de una manera tan radical -en apariencia y a primera vista-, es únicamente porque, debido a una situación histórica original en extremo, se fundieron, con “unanimidad” notable, corrientes absolutamente diferentes, intereses de clase absolutamente heterogéneos, aspiraciones políticas y sociales absolutamente opuestas (Lenin, 1985, p.18-19).

Sobre la base de la comprensión de esta estructura de heterogeneidad, Lenin construyó una alternativa teórica y política a la línea hasta entonces predominante de las dos facciones del movimiento socialdemócrata ruso. A principios de abril, Lenin llegó a Petrogrado desde

su exilio en Zürich. Al llegar a la capital rusa, presentó sus Tesis de Abril, en las que abogaba por “Todo el poder a los Soviets”, es decir, todo el poder a los Consejos Obreros. Durante el verano, Lenin regresa a Finlandia tras la victoria temporal de la contrarrevolución y declara que la consigna “Todo el poder a los Soviets” ya no tiene validez en las nuevas circunstancias. Sin embargo, en otoño, la retoma, pero con un nuevo significado: el llamamiento a la insurrección. ¿Qué llevó a los cambios en las consideraciones de Lenin respecto a las tácticas que creía que debían adoptar los bolcheviques? ¿Cómo analizó Lenin las cambiantes coyunturas durante estos meses críticos?

En abril, Lenin formuló un proyecto de plataforma para los bolcheviques. En él, observaba que la característica sobresaliente de la revolución era la aparición de una dualidad de poderes, la coexistencia del Gobierno Provisional, al que Lenin se refería como la dictadura de la burguesía, y los consejos de obreros y soldados, que él veía como la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado. Para Lenin, no cabía duda de que tal situación de poder dual no podía durar mucho tiempo. Sólo expresaba una fase transitoria en el desarrollo de la revolución. Las lecciones de la primera revolución rusa de 1905-1907 (y el

importante y decisivo papel desempeñado en ella por los consejos obreros) llevaron a que Lenin escribiera en 1915 lo siguiente:

Los Soviets de Diputados Obreros y otras instituciones análogas deben ser considerados como órganos de la insurrección, como órganos del poder revolucionario. Estas instituciones podrán ser realmente útiles sólo en ligazón con el desarrollo de la huelga política de masas y la insurrección, y a medida que ésta se prepare, se desarrolle y obtenga éxitos. El contenido social de la revolución que se avecina en Rusia sólo puede ser la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado (Lenin, 1985, p. 52).

En su primera carta desde el exilio tras la Revolución de Febrero de 1917, Lenin continuó la línea expresada aquí. Adoptó el punto de vista opuesto a los que argumentaban que el “atraso” de Rusia significaba que la clase obrera rusa tenía que subordinarse por el momento a la dirección de la burguesía y esperar a las revoluciones proletarias en los países más “avanzados”. Por el contrario, argumenta que: “Es natural que la crisis revolucionaria



estallara antes que, *en otras partes* en la Rusia zarista, donde la desorganización era la más monstruosa y el proletariado el más revolucionario (no debido a sus cualidades singulares, sino a las tradiciones, aún vivas, del “año 1905)” (p.17). Vemos aquí como Lenin en su análisis concreto de la coyuntura y de las posibilidades de una revolución socialista rompe con las concepciones que dominaban el marxismo de su tiempo.

A mediados de marzo 1917 Lev Kámenev y Josef Stalin ya habían llegado del exilio interno en Siberia y habían asumido la dirección de la organización del partido en la capital y de su periódico *Pravda*². Durante su exilio, Lenin se opuso firmemente a su postura “oportunista”, ya que abogaban por un apoyo condicional al Gobierno Provisional. Su posición se basaba en la tradición marxista, al considerar que el gobierno tenía un papel histórico vital, a saber, llevar a cabo la “revolución democrático-burguesa”, que implicaba varias reformas económicas y constitucionales.

2 Ronald Grigor Suny, *Stalin: Passage to Revolution*, Princeton: Princeton University Press, 2020, pp. 594–601; Arnold Reisberg, *Lenin im Jahre 1917*, Berlin: Dietz, 1967, pp. 98–100; Stephen Kotkin, *Stalin: Paradoxes of Power 1878-1928*, New York: Penguin Press, 2014, p. 190.

Cuando Lenin llegó a Petrogrado y presentó sus Tesis de abril, que calificaban al gobierno provisional de contrarrevolucionario y exigían su derrocamiento, la respuesta de Kámenev, en plena consonancia con la tradición socialdemócrata, fue que la burguesía urbana y los campesinos ricos tenían una tarea histórica que cumplir, a saber, completar la “revolución democrático-burguesa”. Cuando *Pravda* publicó finalmente las Tesis de abril, sólo lo hizo en nombre de Lenin, acompañadas de una nota editorial escrita por Kámenev que marcaba una distancia entre el partido y su líder. Durante los primeros días tras su llegada a Petrogrado, Lenin estuvo relativamente aislado. Sus tesis fueron recibidas con decepción por los “viejos bolcheviques”. El editorial de *Pravda* consideraba que las tesis de Lenin carecían de base empírica y, por tanto, eran insatisfactorias. La respuesta de Lenin (1985) no se hizo esperar:

El problema de la “terminación” de la revolución democrática burguesa *está planteado erróneamente*. Este problema es enfocado de una manera abstracta, simple, unicolor, por así decirlo, que *no* corresponde a la realidad objetiva. Quien plantea así la cuestión, quien pregunta *ahora* si

“está terminada o no la revolución democrática burguesa”, *y nada más*, se priva a sí mismo de la posibilidad de comprender la realidad, extraordinariamente compleja y, por lo menos, “bicolor”. [...] La realidad nos muestra *tanto* el paso del poder a la burguesía (la revolución democrática burguesa de tipo corriente “terminada”) *como* la existencia, al lado del Gobierno auténtico, de otro accesorio, que representa la dictadura-democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos. Este último “también-Gobierno” ha cedido *él mismo* el poder a la burguesía, se ha atado *él mismo* al Gobierno burgués. ¿Abarca esta realidad la fórmula de viejos bolcheviques del camarada Kámenev: “la revolución democrática burguesa, no ha terminado”? No, la fórmula ha envejecido. No sirve para nada. Está muerta (p. 147).

Los que se consideraban expertos en las obras de Marx sostenían que Lenin había traicionado al marxismo. Para algunos, la línea de Lenin era percibida como anarquista. Después

de que Lenin leyera sus tesis en el Palacio de Táuride el 4 de abril, Josef Goldenberg, antiguo miembro del Comité Central bolchevique, lo comparó con Mijaíl Bakunin. En una serie de *Cartas sobre la táctica*, Lenin se defendió de las acusaciones de haber abandonado el marxismo. En la primera de ellas, escribió:

El marxismo exige de nosotros el análisis más exacto, objetivamente comprobable, de la correlación de las clases y peculiaridades concretas de cada momento histórico. ... [Un] marxista debe tener en cuenta la vida real ... y no seguir aferrándose a la teoría de ayer (Ibidem, p. 139-142).

Toda la dirección del partido menchevique estaba convencida de la teoría tradicional de la necesidad de una revolución burguesa que condujera al pleno desarrollo capitalista como etapa necesaria en el camino hacia el socialismo. La influencia del evolucionismo y el esencialismo mencheviques había calado profundamente en la dirección de los bolcheviques. Lenin se enfrentó a acusaciones de heterodoxia o “herejía” tanto por parte de los mencheviques como de algunos de los bolcheviques. Según los mencheviques la burguesía debía ser la fuerza dirigente en la revolución



democrática. Por su parte, Lenin sostenía que el proceso podía ser dirigido por el proletariado y el campesinado. Respecto a este último, Lenin subrayó en sus *Cartas desde lejos* de marzo que se refería a los campesinos pobres. En una carta fechada el 12 de marzo, Lenin (1985) afirmó que “es necesario que el poder del Estado no pertenezca a los terratenientes y a los capitalistas sino a *los obreros y los campesinos más pobres*” (p. 57). En su obra teórica fundamental, *El Estado y la revolución*, escrita en Finlandia entre dos coyunturas decisivas de 1917, afirma:

La revolución podía ser “popular”, es decir, arrastrar de verdad al movimiento a la mayoría, sólo en el caso de que abarcara tanto al proletariado como a los campesinos. Ambas clases formaban entonces el “pueblo”. Ambas clases están unidas por el hecho de que “la máquina burocrática y militar del Estado” las oprime, esclaviza y explota. Destruir esta máquina, romperla: en eso radica el verdadero interés del “pueblo”, de su mayoría, de los obreros y de la mayoría de los campesinos.³

3 Estado y Revolución”, OC 33, p. 41. Leopold H. Haimson afirma: “The manuscript dramatically brou-

Ya en su primera carta desde el exilio señala Lenin: “Esta masa *necesita* la paz, el pan, la libertad y la tierra” (Ibidem, p.24). Se trata de reivindicaciones y necesidades específicas que, sin embargo, sin perder su propio significado concreto, pretenden lograr una alianza de obreros, campesinos pobres y soldados. De la “masa” se extrae y se establece un sujeto político. Así, esta consigna de “paz, pan, libertad y tierra” construye el sujeto revolucionario. La consigna es constitutiva de este sujeto que llama a la existencia y que es “el pueblo” entendido en el sentido señalado.

Una semana larga después de su llegada a Rusia, interviene Lenin durante la Conferencia Bolchevique de la ciudad de Petrogrado en la

ght out the theoretical importance that Lenin assigned to its preparation, which he took the trouble to write just as he was beginning the complicated manoeuvres for power. It provides an additional illustration of the seriousness that Lenin assigned to his theoretical concerns as a guide to political action, for himself as well as for his followers, throughout the entire course of the revolution.” [El manuscrito resalta dramáticamente la importancia teórica que Lenin asignó a su preparación, que se tomó la molestia de escribir justo cuando iniciaba las complicadas maniobras por el poder. Proporciona una ilustración adicional de la seriedad que Lenin asignó a sus preocupaciones teóricas como guía para la acción política, tanto para él como para sus seguidores, a lo largo de todo el curso de la revolución.] *Russia's Revolutionary Experience, 1905-1917*, New York: Colombia University Press, 2005, p. 63.



discusión sobre el momento actual. Su análisis de la coyuntura le lleva a proponer una forma de avanzar, con el fin último de terminar la inestable situación de poder dual, mediante la acumulación de poder al nivel local:

Los demócratas constitucionalistas actúan ya como funcionarios. Dicen a los campesinos: “Esperen a que se reúna la Asamblea Constituyente”. Sólo nuestro Partido proclama consignas que impulsan verdaderamente la revolución hacia adelante. Los Soviets de diputados obreros están perfectamente capacitados para crear comunas en las localidades. La cuestión es si el proletariado estará suficientemente bien organizado para la tarea, pero eso es algo imposible de calcular de antemano, es necesario aprender con la práctica (Lenin, 1985, p. 262–263).

Unos diez días más tarde desarrolla estos planteamientos en el marco de la séptima conferencia de toda Rusia del POSD(b), que se desarrolló entre el 24 y 29 de abril 1917. Allí proponía lo siguiente en la discusión sobre el rol que los soviets podían jugar en el proceso revolucionario:

Conclusiones: 1: preparación en el centro (preparación de fuerzas para la nueva revolución); 2: impulsar la revolución hacia *adelante* (¿poder? ¿tierra? ¿fábricas?) en las localidades; 3: comunas en las localidades, es decir, plena autonomía de las localidades; por propia iniciativa; sin policía, sin funcionarios, poder absoluto de las masas obreras y campesinas armadas; 4: lucha contra la influencia burocratizadora y tranquilizador-burguesa de los elementos pequeñoburgueses; 5: recoger la experiencia de las localidades para *estimular* el centro: “*las localidades*” se convierten en *modelo*. 6: explicar a las masas de obreros, campesinos y soldados que los éxitos de la revolución en las localidades se deben a que existe el poder indiviso y a la dictadura del proletariado. 7: naturalmente que en el centro es *más difícil*, exige más tiempo. 8: desarrollo de la revolución por *comunas*, forma das en los suburbios y las manzanas de las grandes ciudades ...⁴

⁴ “Borrador de las tesis para la resolución sobre los soviets”, OC, 31, pp. 403-404. Zizek señala:



Durante unos meses en la primavera 1917, Lenin creyó que podría ser posible un desarrollo pacífico de la revolución. Abogó por un trabajo paciente para ganar la mayoría en los consejos obreros. Por lo tanto, retiró temporalmente la consigna de convertir la guerra imperialista en guerra civil que había su línea desde el inicio de la guerra. En su folleto *El socialismo y la guerra* publicado en 1915 constató: “Todos los que desean verdaderamente una paz duradera y democrática deben manifestarse en pro de la guerra civil contra los gobiernos y contra la burguesía” (p. 348). Al año siguiente, en el artículo *La consigna del ‘desarme’*, reiteró lo que ya había escrito en septiembre el mismo año en su texto *El programa militar de la revolución proletaria*:

El armamento de la burguesía
contra el proletariado es uno de los
hechos más considerables, funda-

“Lenin tuvo éxito porque su llamamiento, soslayando a la nomenklatura del partido, encontró eco en lo que uno se siente tentado a llamar una micropolítica revolucionaria: la increíble explosión de democracia de base, de comités locales que empezaban a aparecer inesperadamente por todas las grandes ciudades de Rusia y que, al mismo tiempo que ignoraban la autoridad del gobierno “legítimo”, tomaban las cosas en sus manos. Slavoj Žižek, *Repetir Lenin*, Madrid: Akal, 2004, p. 10.

mentales e importantes de la actual sociedad capitalista. ¡Y ante semejante hecho se propone a los socialdemócratas revolucionarios que planteen la ‘reivindicación’ del ‘desarme’! Esto equivale a renunciar por completo al punto de vista de la lucha de clases, a renegar toda idea de revolución. Nuestra consigna debe ser: armar al proletariado para vencer, expropiar y desarmar a la burguesía. Esta es la única táctica posible para una clase revolucionaria, táctica que se desprende de todo *el desarrollo objetivo* del militarismo capitalista, y que es prescrita por este desarrollo. Sólo *después* de haber desarmado la burguesía podrá el proletariado convertir en chatarra toda clase de armas en general, y así lo hará indudablemente el proletariado, pero *sólo entonces; de ningún modo antes* (Lenin, 1985, p.142).

Fue la aparición de una situación de dualidad de poder durante la primavera de 1917, una situación en la cual las armas estaban, en gran medida, bajo el control de los Consejos de obreros y soldados, lo que llevó a Lenin a cambiar la táctica bolchevique y la consigna de convertir



la guerra imperialista en una guerra civil por un desarrollo pacífico de la revolución bajo la consigna “Todo el poder a los Soviets de Diputados Obreros y Soldados”. En este contexto, sostuvo: “Nosotros renunciamos de momento a esta consigna, pero sólo de momento. Las armas están ahora en manos de los soldados y de los obreros y no en manos de los capitalistas. Mientras el Gobierno no rompa las hostilidades, predicamos pacíficamente” (Lenin, 1985, p. 368).

Esta táctica cambió de nuevo con el análisis de la nueva coyuntura a partir de mediados de mayo, caracterizada por el establecimiento de una disciplina tradicional en Ejército y la ofensiva militar en el frente contra las fuerzas austrohúngaras y alemanas en junio. A principios de julio se produjo un intento fallido de sectores radicales de izquierda entre los obreros y soldados de Petrogrado de conseguir que el Soviet de Petrogrado tomara todo el poder. Aunque dudaba en ir contra este movimiento, Lenin se dio cuenta de que era el momento equivocado para un levantamiento dada la falta de mayoría para la línea bolchevique en el Soviet y también que el resto del país no saldría en su apoyo.⁵

5 Otro momento de Lenin consideró aún desfavorable para una insurrección se había presentado ya

Conceptos y consignas

A la derrota de la manifestación de julio siguió un debilitamiento de la posición del Soviet y una dura represión contra los bolcheviques. Con la victoria temporal de la contrarrevolución y el fin de la dualidad de poderes, Lenin encontró que la consigna “Todo el poder a los soviets” ya no correspondía a la nueva situación. Tal como Lenin lo veía, esta consigna habría significado propagar ilusiones de que aún era posible un desarrollo pacífico, a pesar de que el período de transición indefinido del poder estatal había cesado y el poder había pasado a la contrarrevolución:

La suplantación de lo concreto por lo abstracto es uno de los pecados capitales, y más peligrosos, que pueden cometerse en una revolución. Los Soviets actuales han fracasado, han sufrido una bancarrota completa, por predominar en ellos los partidos

entre 19 y 21 de abril cuando una nota del Gobierno Provisional, que implicó la continuación de la guerra “hasta la victoria decisiva”, provocó grandes manifestaciones de protesta de obreros y soldados en Petrogrado. Ver “Resolución aprobada por el CC del POSD(b) del 21 de abril” y “Resolución aprobada por el CC del POSD(b) en la mañana del 22 de abril”, OC 31, pp. 324–326 y 334–336.

eserista y menchevique. En la actualidad, esos Soviets son como carneros conducidos al matadero y que, puestos bajo la cuchilla de los mata-rifes, balan lastimeramente. Los Soviets son hoy desvalidos e impotentes frente a la contrarrevolución, que ha triunfado y triunfa. La consigna de entregar el poder a los Soviets podría ser comprendida como un “simple” llamamiento a que se hagan cargo de él precisamente los Soviets que hoy existen; pero decir eso, invitar a eso, significa ahora engañar al pueblo. Y no hay nada más peligroso que el engaño (p. 19).

La consigna “Todo el poder a los soviets” había dejado de ser la correcta, y un deseable curso pacífico del desarrollo se había hecho imposible. Por lo tanto, después de la derrota durante las Jornadas de Julio, Lenin argumentó en el artículo “Sobre las consignas” la importancia de abandonar la consigna “Todo el poder a los Soviets” considerando que “Cada consigna debe dimanar siempre del conjunto de peculiaridades de una determinada situación” (Ibidem, p. 12). Las consignas condensan el análisis de la coyuntura y tienen *una fuerza*

performativa que señala la tarea del momento y pueden contribuir a constituir el sujeto revolucionario.

El concepto de Lenin de la coyuntura incluye una problemática que está constituida por un modo específico de comprender la dictadura de clase, el Estado y las formas de gobierno. Estos conceptos están a su vez conectados con los de “poder”, “democracia” y “burocracia”. Por su parte, el concepto de “dualidad de poder” no se refiere simplemente a una situación revolucionaria en la que hay dos “poderes” opuestos. La dualidad de poderes significa que simultáneamente existen dos dictaduras de clase y dos tipos de Estado. Por lo tanto, la dualidad de poderes es una relación desigual que no puede durar. Esto es lo que Lenin quería decir con su interpretación de la consigna “Todo el poder a los soviets” como una táctica pacífica no armada. El fin del período de poder dual representó para él el fin de esta posibilidad que existía durante la coyuntura anterior.

En septiembre elevó la consigna “Todo el poder a los soviets” del nivel táctico y la relacionó con el objetivo estratégico; el poder dual había llegado a su fin en julio de 1917, y trató de evitar una nueva situación de poder dual en



octubre. Para Lenin, el callejón sin salida de la dualidad de poderes sólo podía evitarse si los soviets tomaban el poder total, lo que liberaría su potencial. En octubre, sostuvo que una rebelión era ya la única forma de hacer realidad la consigna “Todo el poder a los soviets”. El 8 de octubre afirmó que: “El éxito de la revolución rusa y de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha” (p. 395). La línea divisoria entre revolución y evolución, entre el análisis de la coyuntura concreta y la confianza en una transición gradual e ilusoria, difícilmente podría expresarse con mayor claridad.

El 10 de octubre, el Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (bolcheviques) adoptó una resolución, propuesta por Lenin, en la que se afirmaba que el levantamiento armado era inevitable. Lev Kámenev y Grigori Zinóviev votaron en contra de la resolución. ¿Qué explica la posición de Kámenev y Zinóviev? Tal vez fue el miedo, la vacilación de arriesgarlo todo a una carta. Ciertamente, pero también refleja una serena confianza en que, si uno esperaba y observaba el desarrollo histórico, la tendencia inherente del capitalismo y su impacto en la clase obrera darían a luz al socialismo del vientre del viejo orden so-

cial.⁶ Lenin no tenía esa confianza. No respondió a Kámenev y Zinóviev diciendo que las leyes históricas estaban de su parte. No dio ninguna garantía, sino que insistió en que había llegado el momento, la coyuntura en la que se debía actuar.⁷ En *Sobre nuestra revolución* publicado el año antes de su muerte Lenin (1987) recuerda las palabras de Napoleón: “‘*On s’engage et puis ... on voit*’, lo que, traducido libremente, quiere decir: ‘Primero se entabla el combate serio, y ya se verá lo que pasa.’” (p. 397). Se debía aprovechar el momento favorable y estar dispuesto a correr el riesgo sin ninguna certeza absoluta sobre el resultado. En la tarde del 24 de octubre de 1917, escribe una carta a los miembros del Comité Central:

La situación es crítica en extremo.
Está claro como la luz del día que,

6 Tenemos aquí dos modelos, dos lógicas incompatibles, de la revolución: los que esperan el momento teleológico maduró de la crisis final en el que la revolución estallará ‘a su debido tiempo’ por la necesidad de la evolución histórica, y los que son conscientes de que la revolución no tiene un ‘debido tiempo’, los que perciben la oportunidad revolucionaria como algo que surge y que hay que atrapar”. Slavoj Žižek, *Repetir Lenin*, Madrid: Akal, 2004, p. 13.

7 Como ha señalado Žižek: “En sus escritos de 1917, Lenin reserva su ironía más cáustica para quienes se meten en la búsqueda sin fin de algún tipo de “garantía” de la revolución”. Slavoj Žižek, *Repetir Lenin*, Madrid: Akal, 2004, p. 11.



hoy, todo lo que sea aplazar la insurrección significa verdaderamente la muerte. Poniendo en ello todas mis fuerzas, quiero convencer a los camaradas de que hoy todo pende de un hilo, de que figuran en el orden del día problemas que no pueden resolverse por medio de conferencias ni de congresos (aunque sean, incluso, congresos de los Soviets), sino únicamente por los pueblos, por las masas, por medio de la lucha de las masas armadas. El embate burgués de los kornilovistas y la destitución de Verjovski demuestran que no se puede esperar. Es necesario, a todo trance, detener al Gobierno esta tarde, esta noche, desarmando previamente a los cadetes (después de vencerlos, si oponen resistencia), etc. ¡¡No se puede esperar!! ¡¡Nos exponemos a perderlo todo!!⁸

Las palabras de Lenin hacen eco de unas escritas en la revista *Nabat* en el año 1875 por el escritor y crítico ruso Piotr Nikitich Tkachev:

8 “Carta a los miembros del CC”, OC 34, p. 449. Una discusión sobre a quienes en realidad esta carta fue dirigida se encuentra en Gerard Walter, *Lénine*, Paris: Éditions Albín Michel, 1971, pp. 364–365.

“Aproveche al máximo los momentos. Tales momentos no son frecuentes en la historia. Dejarlos pasar significa permitir de buen grado que la posibilidad de la revolución social se aleje durante mucho tiempo, si no para siempre. ¡No retraséis! [...] Toda indecisión, toda dilación es criminal.”⁹ La similitud de expresiones esconde, sin embargo, una diferencia fundamental entre, por un lado, el blanquísimismo y el economicismo de Tkachev y, por el otro, las concepciones democráticas y revolucionarias de Lenin. Esta diferencia entre los dos se refleja en sus diferentes formas de ver el tiempo; “el ahora” de Tkachev es basado en el peligro que el percibía que las condiciones iban a cambiar desfavorablemente en unas décadas como resultado del desarrollo capitalista y “el ahora” de Lenin basado en el análisis concreto de las condiciones del momento coyuntural de octubre de 1917. La concepción de Lenin apunta a un tiempo cualitativo, a un momento en el que sucede algo que sólo puede suceder en ese momento concreto, por tanto, a un tiempo que marca una oportunidad que puede no repetirse. Se trata de momentos de tensión y conflicto, un tiempo de crisis que im-

9 Citado en Leopold H. Haimson, *The Russian Marxists & the Origins of Bolshevism*, Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1955, p. 17.



plica que el curso de los acontecimientos plantea un problema que exige una decisión y una acción en ese preciso momento. Su significado depende de una posición temporal especial, de un lugar en las secuencias e intersecciones de los acontecimientos, de una contingencia.

Tácticas y tiempos

En 1917, Lenin respondió a los diferentes puntos de inflexión cambiando de táctica y de consigna. La estrecha relación entre su análisis de las cambiantes coyunturas y la consigna “Todo el poder a los soviets” significó que hubo periodos, momentos durante los seis meses de la revolución en que esta consigna no significaba un llamamiento a la revolución. Sin embargo, al menos desde mediados de septiembre esta consigna se convirtió para Lenin en sinónimo de llamamiento a la insurrección armada. Lenin argumentó que las características de la coyuntura hacían que el levantamiento estuviera maduro y fuera inevitable llevarlo a cabo sin demora: la situación internacional, principalmente el motín en la marina alemana, la situación militar con el riesgo de que Petrogrado fuera tomado por los alemanes, el cambio dentro de los Soviets donde los bolcheviques habían ganado la mayoría, las elecciones en Moscú que favorecieron a los

bolcheviques, el levantamiento campesino y los preparativos mediante movimientos de tropas para un ataque contrarrevolucionario en Petrogrado (Lenin, 1985, 396–402).

¿Cuál fue la causa de la impaciencia de Lenin ante la vacilación de sus propios camaradas de partido para tomar el poder mediante una revolución? En primer lugar, creyó que éste era el corto período durante el cual una revolución era posible y necesaria para evitar la muerte de los obreros, campesinos y soldados revolucionarios. Todas las experiencias históricas de Rusia y Europa Occidental, tanto del siglo XIX como de principios del siglo XX, demostraron que la contrarrevolución estaba a punto de ser extremadamente sangrienta. En segundo lugar, Lenin comprendió que el modo de producción capitalista no es una totalidad con una tendencia necesaria que conducirá a la conciencia socialista de la clase obrera.

La teoría marxista ortodoxa de una polarización política económicamente determinada de dos clases no era aplicable; tanto las líneas políticas reformistas como las supuestamente “revolucionarias” que se basaban en la noción de que las condiciones para una transformación serían creadas por una división de clases tan simplificada resultaban inaceptables. El



concepto clásico de clases como categorías de agentes económicos que son impulsados a actuar por efecto de la estructura económica de la totalidad, y que se cristalizan en fuerzas políticas en torno a intereses que les son dados por esta estructura general, no podía sostenerse en un análisis concreto como el realizado por Lenin.

Como hemos observado, esto le obligó a reconsiderar a fondo la estrategia. Para Lenin, el reto central en el desarrollo de una estrategia política era construir un bloque de poder estratégico mediante una alianza con los campesinos empobrecidos. La presencia de consejos obreros y campesinos en Rusia durante el otoño de 1917 hizo factible tal alianza. Las armas en manos de las milicias obreras y campesinas, así como la influencia de los bolcheviques en los consejos de soldados, hicieron que el levantamiento no sólo fuera posible sino —según Lenin— también algo indispensable antes de que la contrarrevolución pudiera reunirse para asestarles un golpe devastador.

Para Lenin era de suma importancia discernir las discontinuidades entre diferentes coyunturas. Pues el conocimiento de estos puntos de ruptura es lo que hace posible cambiar de táctica para hacer frente a las nuevas con-

diciones que surgen con la transición a una nueva coyuntura. Las coyunturas sucesivas fueron analizadas por Lenin como cambios en la relación entre diferentes fuerzas. Por eso su concepto de coyuntura se sitúa en el campo de la acción de las fuerzas políticas y sociales. Así, resultaba fundamental para el análisis el reconocimiento, a nivel estratégico, de un proceso revolucionario que, bajo coyunturas cambiantes, daba lugar a diversas relaciones entre los actores involucrados en el proceso. El conocimiento de la relación entre estas fuerzas sociales y políticas no es algo dado e inmutable. Pues sólo a través de un análisis concreto de las coyunturas cambiantes, análisis que nunca puede ser el resultado de una derivación general a partir de formas abstractas, es posible determinar, en cada momento del proceso, qué alianzas promueven el objetivo estratégico.

Hemos visto cómo Lenin, en sus consideraciones tácticas y estratégicas, destacó las peculiaridades concretas de una u otra condición política. El concepto de coyuntura de Lenin se refiere al “momento actual”, a la situación presente, al objeto concreto de la práctica política. Pretendió así diferenciar y aislar fases particulares dentro de intrincados procesos que se dan en medio de una serie de contradicciones

distintas. Estas fases no pueden simplificarse ni equipararse entre sí; se desarrollan de forma desigual y no siguen una progresión lineal y homogénea en la que los niveles económico y político se correspondan directamente entre sí. Mas bien sus relaciones, y las formaciones sociales resultantes de esas relaciones, pueden analizarse como un proceso sobredeterminado.¹⁰

Según esta perspectiva, la noción de un tiempo histórico homogéneo y la subsidiaria interpretación continuista de las coyunturas (que supone un contexto unificado en el que todos los elementos se entienden coetáneos entre sí en relación inmediata unos con otros en un mismo “ahora”) tienen consecuencias teóricas y políticas negativas. Esta percepción del tiempo es empirista y no plantea la

10 El concepto de sobredeterminación fue utilizado originalmente por Freud [*Überdeterminierung* o *mehrfache Determinierung*] y luego por Lacan [*surdétermination*]. El concepto fue adoptado por Althusser para la teoría marxista para analizar los efectos de las contradicciones de cada práctica sobre la formación social en su conjunto y, por tanto, de vuelta sobre cada práctica, y se le dio la siguiente definición: “La diferencia específica de la contradicción marxista es su ‘desigualdad’ o ‘sobredeterminación’, que refleja en sí su condición de existencia”. Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, México: Siglo XXI, 1968, p. 180.

cuestión decisiva de los tiempos específicos y relativamente desplazados que se aplican a las instituciones económicas y políticas. La complejidad de una coyuntura implica que no hay pautas dadas para siempre, sino que éstas deben reconsiderarse en cada momento actual. La noción abstracta y estereotipada de “la revolución burguesa” y “la revolución socialista” como una procesión de una secuencia predefinida de etapas históricas derivadas de una perspectiva lineal teleológica es sustituida por un análisis de la complejidad de la situación contemporánea. Lenin explota la temporalidad lineal desde dentro.

Si se abandona la noción de que la historia es un movimiento a través de determinadas fases, etapas o entidades sociales, entonces el concepto de coyuntura adquiere una importancia central. El concepto de coyuntura se refiere a la interacción y el entrelazamiento de un conjunto de procesos y condiciones que, dependiendo de la forma concreta en que se conecten, constituyen el punto de partida desde el cual pueden producirse cambios estructurales más o menos profundos. En las coyunturas, las estructuras sociales sufren modificaciones que abren la posibilidad de cambios en sus formas. Existe una coyuntura de transición de un poder estatal a otro cuando, como

ocurrió en el otoño ruso de 1917, se dan las condiciones políticas e ideológicas para una crisis revolucionaria. Pero en ninguna etapa del largo período de transición hacia nuevas relaciones sociales que sigue a tal desarrollo revolucionario está predeterminado el resultado.

Hemos seguido el pensamiento de Lenin tal como aparece en sus escritos, que son todas intervenciones en coyunturas específicas, ya sea que se refieran a las condiciones concretas dentro del partido socialdemócrata, a las posiciones respecto a la guerra y el pacifismo durante la Gran Guerra, o a cuándo una consigna es correcta y cuándo se ha vuelto incorrecta durante el proceso revolucionario de 1917. Su análisis siempre se refería al futuro de Rusia y del movimiento obrero internacional, no como la siguiente fase o etapa en el desarrollo teleológico y evolutivo, sino como un problema o lucha a resolver, ciertamente en el marco de condiciones estructurales específicas, que se presentaban en medio de conflictos sociales concretos, a partir de los cuales adquirieron sentido la práctica política, los programas y las consignas.

Como hemos visto, en 1917 Lenin hizo un análisis concreto que tuvo en cuenta una se-

rie de aspectos del momento, de la situación actual. Su discurso asumió el reto de abrir un espacio analítico en el que fuera posible concebir el momento de la acción política a partir de la comprensión de la estructura diferencial de la coyuntura, del momento de la intervención y la acción política. El análisis de la coyuntura le presenta la cuestión específica que debe ser resuelta. La teoría toma su forma final en relación con la actividad política. El objeto de su análisis no es, entonces, las leyes generales de la historia sino la formulación y determinación de un problema concreto para la práctica política. Así se diluye la frontera tradicional entre análisis y acción: se convierte el objeto de la teoría en el acto que determina objetivos políticos específicos.



Referencias

Benjamin, W. (2010). *Tesis sobre la historia*. Bogotá: Desde Abajo.

Bhabha, H. (1994). *The Location of Culture*. London: Routledge.

Lenin. (1984). El socialismo y la guerra. En Lenin, *Obras completas. Tomo 26* (págs. 325-373). Moscú: Progreso.

Lenin. (1985). A propósito de las consignas. En Lenin, *Obras completas. Tomo 34* (págs. 12-20). Moscú: Progreso.

Lenin. (1985). Algunas tesis. En Lenin, *Obras completas. Tomo 27* (págs. 51-54). Moscú: Progreso.

Lenin. (1985). Borrador de las tesis para la resolución sobre los soviets. En Lenin, *Obras completas. Tomo 31* (págs. 400-404). Moscú: Progreso.

Lenin. (1985). Carta a los camaradas bolcheviques. En Lenin, *Obras completas. Tomo 34* (págs. 396-402). Moscú: Progreso.

¿TE ACUERDAS DE LENIN?

Lenin. (1985). Cartas desde lejos: primera carta. En Lenin, *Obras completas. Tomo 31* (págs. 11-64). Moscú: Progreso.

Lenin. (1985). Cartas sobre tactica . En Lenin, *Obras completas. Tomo 31* (págs. 138-152). Moscú: Progreso.

Lenin. (1985). Consejos de un ausente. En Lenin, *Obras completas. Tomo 34* (págs. 393-395). Moscú: Progreso.

Lenin. (1985). El estado y la revolución. En Lenin, *Obras completas. Tomo 33* (págs. 1-124). Moscú: Progreso.

Lenin. (1985). El programa militar de la revolución proletaria. En Lenin, *Obras completas. Tomo 30* (págs. 138-150). Moscú: Progreso.

Lenin. (1985). Resumen de la discusión del informe sobre el momento actual. En Lenin, *Obras completas. Tomo 31* (págs. 251-260). Moscú: Progreso.

Lenin. (1985). Séptima conferencia (de abril) de toda Rusia del POSD(b)R. En Lenin, *Obras completas. Tomo 31* (págs. 339-474). Moscú: Progreso.

Lenin. (1987). Sobre nuestra revolución. En Lenin, *Obras completas. Tomo 45* (pág. 397). Moscú: Progreso.



Lenin:
**Una herencia contra el
revisionismo marxista***

***Víctor Valdivieso.**
Filósofo, docente e
investigador. Integrante
de la Fundación Walter
Benjamin para la Inves-
tigación Social.



“El verdadero significado de Lenin es el requerimiento perpetuo para mantener con vida la revolución, mantenerla con vida como posibilidad incluso antes de que suceda, mantenerla con vida como proceso en todos esos momentos en que está amenazada por la derrota o peor aún, por la rutina, el compromiso o el olvido (...) el de mantener con vida el ideal de revolución como tal en un tiempo en el que esta palabra y esa idea se han convertido virtualmente en un escollo bíblico o en un escándalo”

Fredric Jameson.

“Se trata de hacer un poema a Lenin y al leninismo para América Latina, que no sea un himno, sino un intento de, dijéramos, vivificación poética de su pensamiento revolucionario, que no sea un «canto que se eleve al cielo», sino que sea «entre otras cosas un canto», pero un canto que surja de las ideas, que sirva para poner estas ideas en renovado contacto con la tierra y los hombres”

Roque Dalton.

Conmemorar la muerte resulta un hecho paradójico. Evocamos la partida de alguien siempre pensando en su permanencia o, metafísicamente, en su regreso. Es un fenómeno que o bien obedece a la melancolía de un duelo no resuelto, o bien a la necesidad de reivindicar la trascendencia. El legado, ejemplo y obra del que ya no está. Quizá esto último ocurra a cien años de la siembra de Lenin. Recordamos su ausencia física no para

edificar un homenaje religioso, de secta, sino para enaltecer sus aportes teóricos vivos, actuales, perennes.

Son muchas las herencias de Vladimir Ilich Ulianov (1870-1924). De él podemos decir, *grosso modo*, que “(...) no sólo ha sido uno de los teóricos más influyentes de la política contemporánea, sino también un hombre de acción que marcó a fuego la historia del siglo XX” (Tarcus, 2008, p.3). Por esta y otras razones es que varios pensadores, incluso desde distintas orillas ideológicas, hablan aquí y ahora sobre repensar, repetir o reactivar a Lenin.

A nivel teórico son relevantes sus aportes. Piensen, por ejemplo, en sus contribuciones sobre el arte de la insurrección plebeya. Sobre la política concebida en clave de situaciones y enmarcada, de modo puntual, en la máxima del *análisis concreto de la realidad concreta*. Sobre el poder y el Estado, como no los recuerda Néstor Kohan (2017), sus aportaciones van desde la tesis olvidada por los socialdemócratas y progresistas según la cual ser gobierno no implica ser –o ejercer– el poder, es decir: “(...) los gobiernos pasan, el poder se queda (p. 159). Hasta su idea acerca del carácter histórico del Estado, aparato que: “(...) jamás es ni ha



sido neutral, sino que en los conflictos sociales inclina la balanza siempre hacia el bloque dominante” (ibídem). Por tanto, éste nunca estará al servicio de todos por más que cualquier dirigente de “izquierda” se jacte de la “toma de posiciones” en el campo de la política institucional¹ o por más que en la actualidad se reedite glamurosamente el *millerandismo*².

Son importantes sus tesis sobre el imperialismo donde ya nos advertía que el capitalismo:

“(…) había ingresado, a fines del siglo XIX, en una nueva y última fase histórica, en la cual durante algún tiempo la violencia pudo ser “exportada” fuera del ámbito europeo, hacia los países colonizados. Pero señalaba que la propia lógica de la concentración capitalista, que se manifestaba en los modernos monopolios, obligaba a una creciente exportación de capitales desde el cen-

1 Me refiero al clásico cretinismo parlamentario.

2 Hago referencia a Étienne-Alexandre Millerand, socialista francés, que hizo parte a finales del siglo XIX, como Ministro, del gobierno reaccionario de **René Waldeck-Rousseau**. Con esta experiencia se creía que, desde los ministerios o cargos de gobierno, desde las alturas, se podían gestionar las transformaciones y reformas sociales.

tro hacia la periferia. Este proceso no adoptaba, sostenía Lenin, la forma de una expansión pacífica del desarrollo, sino de una agresiva puja entre los Estados capitalistas centrales por el control de la periferia capitalista. Esa puja no sólo significaba violencia y expoliación sobre los Estados coloniales y semicoloniales, sino que necesariamente desembocaría en guerras inter-imperialistas como la de 1914” (Tarcus, 2008, p. 4).

De Lenin son dignas de resaltar sus reflexiones filosóficas para recuperar a Hegel al que muchos seguían tratando como a un perro muerto. Frente a esto, no podemos olvidar que:

“(...) Después de la declaración de guerra y el colapso de la Segunda Internacional, mientras se producía la escalada del enfrentamiento en el campo de batalla, se enfrascó en un estudio sistemático de la filosofía, especialmente de La ciencia de la lógica de Hegel, en la biblioteca de Berna, desde septiembre de 1914 a mayo de 1915” (Michael-Matsas, p. 103).

Su inspiración filosófica nos recuerda, tam-



bién, la formulación de un materialismo militante férreo contra el idealismo o contra los *empiriocriticistas* de Mach y Avenarius. En torno a esto se ha escrito muchísimo y sigue habiendo mucha tela que cortar.

Como se ve, los aportes de Lenin resultan ser una vasta fuente de investigación teórica. No se trata aquí de hacer un resumen sobre su obra monumental. Ni más faltaba. Más bien consiste en resaltar que hay muchos caminos por los cuales transitar para su reivindicación. En ese sentido, en este documento, escogeré uno solo de ellos para evocar a Lenin, a saber: su herencia crítica contra los revisionistas y reformistas. Lo hago porque considero que es un tema de vital importancia. En mi opinión, luchar aquí y ahora contra el revisionismo es uno de los *problemas candentes de nuestro movimiento*.

Pues bien, acorde a ese propósito, este documento se dividirá de la siguiente forma. En primer lugar, reconstruirá la polémica de Lenin contra el revisionismo encarnado en los denominados marxistas legales, en particular contra el señor Struve. En segundo lugar, rememora la crítica de Lenin contra el revisionismo de los economicistas que se lee en el *Qué hacer*. Al final de todo quisiera extraer, a modo de conclusión, las enseñanzas que nos deja Le-

nin para luchar contra el revisionismo que se pavonea en la actualidad.

Lenin contra los marxistas legales.

Parto de la siguiente hipótesis. Parece que las tendencias e ideas revisionistas del marxismo, que se caracterizan por el reformismo, predominan en la izquierda mundial. Estas tendencias e ideas se identifican, a grandes rasgos, por lo siguiente. Uno, revisión de la teoría marxista de la crisis y la teoría del valor. Dos, renuncia a la dialéctica y a la filosofía de la praxis. Tres, sustitución de la lucha revolucionaria por la lucha democrática, adoptando exclusivamente la vía de la política institucional, conciliadora y legal. Cuatro, el socialismo como objetivo político es reemplazado por el simple activismo de las reformas humanizadoras del capitalismo. En otras palabras, siguiendo al pensador sueco Bo Gustafsson (1975), la falange revisionista considera:

(...) que la concepción materialista de la historia era unilateral, que la teoría de la plusvalía estaba de más, que la teoría de la concentración era errónea y que no existía ningún objetivo final para el partido. Lo único real era el <<movimiento>>, es decir, la ampliación gradual de los derechos políticos y



sindicales de los trabajadores” (p. 14).

Ahora bien, si intentáramos hacer una genealogía del revisionismo tendríamos que situarnos al final de los años noventa del siglo XIX, y remitirnos a los trabajos de Eduard Bernstein. Huelga decir que el revisionismo bernsteniano “(...) no es en el fondo una creación de nueva planta sino, más bien, una síntesis que reúne elementos diversos procedentes de críticas al marxismo de origen burgués, pequeño-burgués o bien socialista-reformista” (Gustaffson, 1975, p.12). También cabe resaltar que, aunque este fenómeno se empezó a gestar en Alemania, terminó por expandirse a toda Europa. Incluyendo a Rusia.

En Rusia, la forma específica y concreta del revisionismo, de los años noventa, fue conocida como el *marxismo legal*. Marxistas de solo nombre pues, en última instancia, se orientaban ideológicamente por el liberalismo. El precursor o representante más relevante de esta tendencia fue el señor Peter Von Struve (1870-1944). Según Gustafsson (1975), este teórico anticipó, en buena medida y aunque con poca resonancia, los postulados de Bernstein. De hecho, Lenin criticó el revisionismo de Struve en el año de 1894³, tal como se lee

3 Se dice que el señor Struve anticipa al revisio-

en su artículo titulado *El contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve*. La manzana de la discordia entre Lenin y Struve la constituyó el problema de los mercados, pero el antagonismo se expandió a otros temas. Veamos, a grandes rasgos, en qué consistió esta polémica.

Recordar, como telón de fondo y a modo de contexto, que para la época Rusia era un país atrasado y circunscrito a una economía esencialmente agraria. Pero que, desde el año de 1861, empezó a registrar ciertos avances o desarrollos capitalistas. Esta situación significó que varios intelectuales discutieran y polemizaran acerca de las posibilidades y los alcances del capitalismo en Rusia. Incluso, tanto Marx como Engels siguieron de cerca su desarrollo. Lo hacían porque veían: “(...) en el coloso ruso el peligro principal que amenazaba al movimiento obrero socialista europeo-occidental: podía intervenir y conducir a la derrota cualquier revolución socialista victoriosa” (Gustafsson, 1975, p. 397).

nismo de Eduard Bernstein porque los textos de este último, reconocidos como *Problemas del socialismo*, se empezaron a publicar en la revista **Die Neue Zeit** por allá en el año de 1896. Y como recordarán, la obra cumbre de Bernstein, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, se publicó en marzo de 1899.



De tal suerte que se comenzó a organizar el movimiento revolucionario ruso, primero de la mano de los populistas, los conocidos como *Narodniki*. En ese contexto hasta “(...) Marx y Engels albergaron esperanzas de que (...) hicieran tambalear al coloso” (Ídem). Sin embargo, el asunto sería complejo pues los populistas tenían una visión particular del desarrollo ruso. Retrocediendo la rueda de la historia, y negando el desarrollo del capitalismo, añoraban las antiguas aldeas campesinas. Pensaban que podría darse un desarrollo no capitalista hacia el socialismo. En términos políticos, consideraron que podían derrocar al zarismo por medio del terrorismo individual.

Esta tendencia, y sus visiones sobre el quehacer político, encontró contradictores. Se les oponían desde 1883 la organización marxista <<Emancipación del trabajo>> que, a propósito, era dirigida por Vera Zasúlich, Plejánov y Axelrod. Contra las ideas populistas se conformaron diversos círculos marxistas -y sus variantes reformistas-, incluso estos núcleos se expandieron hasta la región del Volga, y en Kazán, donde Lenin intensificó su militancia. Era una época de mucha conflictividad política, de represión, pero también de alta agitación de masas. De hecho, el contexto efervescente permitió la fundación, ya en 1898,

del Partido Obrero Socialdemócrata ruso. Organización que se lanzó a la arena política con un manifiesto escrito por el señor Struve. Tanto este manifiesto, como el texto titulado *Notas críticas acerca del desarrollo económico de Rusia*, de 1894, fueron los pivotes ideológicos del marxismo legal.

El punto de partida de la polémica con los marxistas legales tenía que ver no con las premisas que permitirían construir el socialismo, sino más bien con las que permitirían desarrollar el capitalismo. Tenía que ver con la concepción de Struve acerca de *las fuerzas motrices del desarrollo social*. Los marxistas legales apostaban abiertamente por el progreso económico del país. Aspiraban a formas económicas y políticas superiores al feudalismo, pero sin siquiera pensar en el socialismo. Para Struve la tarea consistía: “(...) por una parte, la creación de un estrato campesino completamente integrado en la producción mercantil y con capacidad de consumo, y por otra parte hacer del desarrollo de la industria nacional el objetivo principal de la política económica pública” (Gustafsson, 1975, p. 401). Eso significaba, ni más ni menos, que los marxistas legales eran partidarios del desarrollo y afianzamiento del capitalismo.

Los revisionistas hablaban del inevitable ascenso y consolidación del capitalismo casi como una realización del mentado fin de la historia. Veían en el capitalismo un sistema próspero y carente de turbulencias. En ese sentido, soslayaban sus contradicciones, los antagonismos de clase y las conflictividades que se desarrollarían en él. Esto era lo que Lenin denominaba el “objetivismo estrecho” del marxismo legal. Para él:

“Cuando la contradicción común a capitalistas y obreros con la vieja sociedad feudal fuese superada, aparecería en su lugar la contradicción entre estas dos clases, una contradicción que solo encontraría solución con la revolución socialista. Este punto de vista recorre toda la crítica leninista a Struve y tocaba, naturalmente, los puntos clave de la alianza entre los liberales y los socialistas revolucionarios” (Gustaffson, 1975, p. 404).

El problema fundamental con los marxistas legales tenía que ver con la economía política, con el tema de los mercados y con el crecimiento estable de las riquezas. Este problema también incluyó en la discusión a los narodniki, quienes eran pesimistas sobre el futuro

capitalista. Los narodniki creían que “(...) el capitalismo ruso se iba a cavar inevitablemente su propia tumba” (Ídem). Y esto fundamentado en tres razones. Una, en el hecho de que el capitalismo destruía su mercado interno al momento de arruinar su propia producción campesina. Dos, porque el mercado interno destruido –estancado- no podría encontrar salida en el mercado exterior pues este ya era acaparado por los países desarrollados. Y tres, porque este callejón sin salida conduciría a la crisis capitalista.

Los narodniki concebían un modelo de desarrollo capitalista sustentado en el mercado exterior. La realidad y los hechos del estancamiento capitalista les dieron la razón. Aunque “(...) si tenían razón era por motivos muy diferentes a los que ellos alegaban” (Ídem). Según Gustafsson (1975), su teoría económica era primitiva. Se basaban en la idea de que el producto social total se podía dividir en tres partes. En capital variable, en capital constante y en plusvalía. En ese sentido, para que el proceso de producción permaneciera estable y ganancioso, las empresas deberían vender el total de su producción y así poder recuperar los costos totales de la misma. De esa manera podrían generar un nuevo ciclo productivo. Sin embargo, esto no era realmente posible

porque: “(...) Los capitalistas podían consumir una parte de sus beneficios y rentas, pero no todo” (Gustaffson, 1975, p.405). Como se sabe, los explotadores tienen que pagar salarios y seguir reinvertiendo a fin de desarrollar y acrecentar el proceso de industrialización. En ese contexto las dificultades emergen porque sus ingresos, en forma de dinero, se van reduciendo cada vez más. De esa manera la producción nunca va a permanecer estable, ni puede tender siempre a la ampliación. Todo lo contrario, tiende al estancamiento.

Struve controvierte las tesis de los narodniki. En primer lugar, consideró que el capitalismo no destruye el mercado interno, sino, al contrario, lo expande. En segundo lugar, planteó que, con el mercado interno expandido, la plusvalía sí podía realizarse en él, sobre todo porque no existían solo dos clases sociales opuestas, sino que había una inmensa clase media que podía absorber parte de dicha plusvalía. Eso significaba, palabras más o palabras menos, que la clase media podía “(...) sustituir a la demanda proveniente del comercio exterior” (Gustaffson, 1975, p. 406). Y así se resolverían todos los problemas.

Frente a esto, se introduce un problema teórico interesante, a saber:

“(…) ¿qué ocurriría –aceptando estos puntos de partida- si el capitalismo por así decirlo alcanzase la orilla del océano de la producción simple de mercancías? Y ¿cómo podría vender la industria capitalista sus productos excedentes a campesinos y presupuestos artesanales sin crearse previamente una capacidad de compra capaz de absorber el valor de la producción lanzada al mercado?” (ídem).

Esto último es algo que el marxismo legal ni prevé ni resuelve, simplemente termina por sustituir una economía cerrada por una abierta. Con esto Struve recae en la primitiva teoría del subconsumo. Para Lenin las limitaciones del revisionismo –y de los mismos narodniki– radican en que olvidaron que los capitalistas no solo demandan “(…) productos de consumo sino también medios de producción y que esta demanda pueda absorber, en principio, toda la parte de la plusvalía no absorbida por la demanda del consumo” (Ídem).

El quid del asunto, más allá del problema teórico, tenía que ver con saber si el desarrollo y prosperidad del sistema beneficiaba a todos o si, por el contrario, el capitalismo avanzaba mientras que las inmensas mayorías perma-



necían pobres. Desde luego Lenin se inclinaba por la segunda opción. Además, sostenía que lo que permite el avance de la industrialización es la demanda y ampliación constante de medios de producción creada por los mismos capitalistas. O sea, “(...) la plusvalía creciente se va transformando en medida creciente en capital constante” (Ídem). Por lo anterior: “En el capitalismo, el sector de mercancías de capital se expande más rápidamente que el sector de mercancías de consumo como consecuencia del proceso de industrialización que se está poniendo en marcha unido al progreso técnico intensivo al capital” (Ídem). Con esta consideración, Lenin daba solución al problema de los mercados. Al final, la almendra de la discusión era saber a dónde va a parar la plusvalía.

Mientras los narodniki creían que la miseria creciente de las masas iba a ser un obstáculo para desarrollar el capitalismo, Lenin sabía que esa era su condición de posibilidad. Era su consecuencia necesaria y natural. Con esta lectura, ponía al orden del día la contradicción entre las aspiraciones capitalistas del máximo beneficio y la capacidad de consumo de la sociedad. Esto es, para que los capitalistas puedan ampliar sus beneficios deben mantener bajos salarios, lo que implica una poca

capacidad adquisitiva para el consumo. Lo que llevaría, de nuevo, al estancamiento económico.

Pero hay otra cara del problema y es que, al aumentar la productividad e intensificar los ritmos del trabajo, se llega a la superproducción. La superproducción lejos de mantener estable la economía, la estanca toda vez que se llega a un punto en que una parte de la producido no se puede realizar, permanece invendido (Ídem). Allí se produce, de nuevo, como es claramente deducible, el estancamiento económico. Y sus respectivas crisis. Sin embargo, los revisionistas estaban en contra de estos planteamientos. De hecho, creían que el problema de la superproducción se podría solucionar por medio de una buena organización social y una cuidadosa planificación económica.

Pasando la discusión económica, es bueno advertir que hubo otros puntos de divergencia entre Lenin y Struve. El primero refiere a que Struve sostenía que el marxismo tenía una visión sesgada, si se quiere radical, y unilateral respecto al Estado. Contra el marxismo, los revisionistas creían que éste era un órgano neutral, creado para mantener el orden. Que siempre ha existido y siempre existirá, no im-



porta si desaparecen los antagonismos de clase. Es decir, revisaban la tesis del carácter histórico del Estado y su consecuente extinción. El segundo punto de la crítica de Lenin es que Struve no creía que el tránsito hacia un nuevo sistema social fuese producto del derrumbe, del colapso del capitalismo. En lugar de eso, como Bernstein, creía que el paso se iba a dar solamente gracias a las reformas. Democráticas y pacíficas. Tal y como lo piensan hoy los dirigentes de la llamada izquierda.

Para terminar, a nivel filosófico, Struve y los marxistas legales se inclinaban a refutar la dialéctica y a sustituirla “(...) por la “simple” (y pacífica) “evolución” (Lenin, 1961, p. 35). Contra Hegel, glorificaban el neokantismo. Su adopción evocaba el papel de la crítica y una suerte de *sapere aude* respecto a los dogmas socialistas. Los revisionistas, en suma, creían que las aspiraciones marxistas eran meros sueños o ideales. Con ellos también se deduce la máxima según la cual el objetivo final no es nada y el movimiento lo es todo.

La crítica al revisionismo en el ¿Qué hacer?

Tiempo después, de 1901 a 1902, Lenin precisó en el ¿Qué hacer? su crítica contra los revisionistas. Lo hizo polemizando contra los economicistas y algunas publicaciones de

las revistas *Rabóchei Dielo* (número 19) y *Rabóchaya Mysl*. Estos planteamientos, amparados en primer lugar en la libertad de crítica, erosionaban las tesis fundamentales del marxismo. En términos políticos:

“(...) el revisionismo buscaba transformar los partidos socialistas en partidos de reforma social, suprimiendo su carácter revolucionario y antagónico en relación al régimen dominante. En su lugar, la transición al socialismo sería un proceso gradual de acumulación de conquistas mediante métodos parlamentarios y sindicales, pacíficos, sin quiebres bruscos ni enfrentamientos violentos” (Kurlat, 2017, p. 70).

A nivel teórico, y como ya se insinuó, los paladines de la libertad de crítica, con Bernstein como portaestandarte, creían que había que superar la concepción materialista de la historia. Los revisionistas creían haber refutado “(...) la miseria creciente, la proletarización y la exacerbación de las contradicciones capitalistas” (Lenin, 2010, p. 18).

Negando la oposición ideológica entre el marxismo y el liberalismo, consideraban que “(...) se ha rebatido la teoría de la lucha de clases, afirmando que es inaplicable a una socie-



dad estrictamente democrática, gobernada conforme a la voluntad de la mayoría, etc.” (Ídem). Estas ideas, en esencia, constituían una variedad del más ramplón oportunismo. Quiénes hablaban en favor del parlamentarismo, los ministerios socialistas –millerandistas- y la conciliación de clases, lo hacían para satisfacer sus propósitos individuales. Por eso la libertad de crítica conllevaba a introducir en “(...) en el socialismo ideas burguesas y elementos burgueses” (p. 20).

Recordando la recepción del revisionismo en Rusia, Lenin (2010) retoma en esta obra el episodio de disputa contras los marxistas legales. En resumen, además de lo que ya se dijo, estos pregonaron: “(...) la teoría de la atenuación de las contradicciones sociales, declarando absurda la idea de la revolución social y de la dictadura del proletariado, reduciendo el movimiento obrero y la lucha de clases a un tradeunionismo estrecho y a la lucha “realista” por reformas pequeñas y graduales” (p. 31).

De esto se deduce que la lucha realista es la acción inmediata, la lucha práctica, el culto al movimiento y el mero posibilismo. En el fondo, la defensa de la lucha práctica perseguía el pragmatismo político, como lo anotaba Lenin (2010). Pragmatismo que conllevaba al des-

precio por la lucha teórica, cosa que tienen en común todos los revisionistas. Por eso, a fin de cuentas, la libertad de crítica y la lucha contra el doctrinarismo y dogmatismo: “(...) no significa sustituir una teoría con otra, sino liberarse de toda teoría íntegra y meditada; significa eclecticismo y falta de principios” (p. 39). Quiere decir que despojar al movimiento socialista de su fundamentación teórica es condenarlo a la deriva del oportunismo y, si se quiere, a las meras luchas reformistas.

Este asunto introduce otro elemento para la discusión, a saber: la espontaneidad. Como lo recuerda Lenin (2010), en el segundo capítulo del *¿Qué hacer?*, este problema pasa por el tema de la consciencia y la comprensión de la opresión capitalista. Si bien es cierto que los obreros, en su cotidianidad, experimentan la explotación y la miseria, no alcanzan a “(...) conocer “espontáneamente” su naturaleza histórica, económica, social y política” (Kurlat, 2017, p.71). Decir esto no implica el desprecio a las masas, o argüir que solo los intelectuales pueden asir e iluminar desde afuera el oprobio del capital, sino más bien tiene que ver con la necesidad del estudio riguroso del capitalismo. O sea, en esto se elogia la relevancia de la labor teórica. Argumento que sostiene Lenin por una razón fundamental y es

que, si no existe una consciencia plenamente socialista, los obreros apelan al tradeunionismo y luchan bajo las coordenadas ideológicas del sistema, batallando: “(...) en el marco de una ideología globalmente burguesa, es decir, dentro de las representaciones de la realidad económica, política y social provistas por la clase dominante” (Kurlat, 2017, p. 72).

Todo esto conduce a Lenin (2010) a hacer una distinción entre política tradeunionista y política socialdemócrata (revolucionaria para la época). Es decir, a pensar la distancia o relación entre la lucha económica y la lucha política. Sobre este tema, a diferencia de lo que argumentaban los economicistas, la lucha por las mejores económicas –estomacales- no conducen necesariamente a una la lucha política. Al contrario, las mejores salariales y demás alicientes pueden llevar al adormecimiento de la lucha revolucionaria. Por eso es que se debe trascender del tradeunionismo hacia la lucha por el poder político, de aquí se desprende, también, la importancia de la agitación política. En este sentido, en síntesis, la lección de Lenin es clara:

“(...) los socialistas no buscan solamente “mejoras económicas” para los obreros, sino que luchan por transfor-

mar el régimen en su conjunto. Por eso la acción política socialista no puede significar solamente presentar proyectos de ley acerca del salario, la jornada laboral, las jubilaciones u otras condiciones meramente económicas. Los socialistas deben cuestionar todas las bases del régimen político, económico y social de la burguesía, y preparar las condiciones para tirarlo abajo y reemplazarlo por otro construido sobre la hegemonía de los explotados y oprimidos” (Kurlat, 2017, p. 74).

Siendo esto es así, en suma, la lucha revolucionaria va más allá de alcanzar los beneficios obtenidos en la lucha económica o gracias a las reformas. La tarea histórica tiene que ver con el derrumbe del sistema y la transformación de la sociedad. Y en esto radica la importancia de las enseñanzas de Lenin sobre la clase y sobre el partido. Tesis que siguen siendo iluminadoras, máxime en épocas donde se sustituye la necesidad de una organización política con vocación anticapitalista, por el pacto multicolor y las “juntanzas” entre las ciudadanías libres.

A manera de conclusión.

En este texto se han intentado reconstruir



los postulados del revisionismo y las críticas de Lenin que se encuentran en sus disputas contra el marxismo legal y contra los economicistas, esto último leído particularmente en el *Qué hacer*. Como vimos, los revisionistas cuestionan la posición económica, filosófica y política del marxismo. Es decir, sus fundamentos.

A nivel económico parten de una premisa fundamental: el desarrollo y avance del capitalismo llegó para quedarse. Es insuperable y aunque padece de ciertas turbulencias, nunca atravesará por crisis devastadoras o sistémicas. Por tanto, renegando del derrumbe del capitalismo, se trataría de convivir con él. Y de adecuarlo y reformarlo. En países como el nuestro, incluso los revisionistas trabajan por desarrollar el capitalismo humano bajo el supuesto de que la pobreza y las desigualdades sociales obedecen al atraso y a los modos premodernos de producción. O a la corrupción.

A nivel filosófico, los revisionistas creen que la dialéctica conlleva a la contradicción, a la polarización y a la confrontación violenta entre clases sociales. En lugar de esos extremismos caducos, le apuestan, en la actualidad, a un ingenuo pacifismo. Reeditando el viejo contrato social, adoptan el pactismo. Se inclinan

a ejercer y pregonar una filosofía deliberativa que edifique los consensos. Son defensores de la reconciliación y el perdón, por eso trinan hasta el hartazgo que sus únicas armas son la palabra.

Como es apenas obvio, todas estas concepciones se eslabonan coherentemente con sus posiciones políticas. Por eso es que consideran que las instituciones públicas, limpias de toda corrupción, pueden trabajar por el bienestar de todos, de las amplias mayorías. Para los revisionistas el Estado no es un instrumento de dominación de clase, sino un estamento neutral, un Leviatán domado. Por tanto, creen que la ignominia cesa cambiando el gobierno y más si se realiza de manera pacífica.

A nivel de las tareas del movimiento, los revisionistas viven sumergidos en el pragmatismo electoral. Como creen que los tiempos para la revolución ya pasaron de moda (los revisionistas de ayer y hoy lo vienen diciendo desde finales del siglo XIX), lo que nos queda son las urnas y la democracia. Hay que ganar el gobierno, imponer mayorías parlamentarias para implementar las reformas. Es el tiempo del reformismo y en virtud de él es que nuestros países pueden progresar y devenir potencia mundial de la vida.

Todo esto constituye un programa de buenas intenciones. Pero al final es nada más que eso. Gracias a las enseñanzas de Lenin, y reivindicando sus herencias, podemos comprender la impotencia y desvaríos del revisionismo. En primer lugar, es claro que no dejaran de gestarse las situaciones revolucionarias, producto de las propias contradicciones del sistema. Vivimos en una era de crisis multidimensionales que no solo se expresan de manera económica. Es más, la hecatombe ecológica, precipitada por el mismo capitalismo, pone en vilo la existencia del planeta.

En segundo lugar, no es cierto que estamos en una época de prosperidad para todos. Al contrario, los grandes emporios económicos siguen aumentando las desigualdades sociales. Del mismo modo, siguen siendo latentes las guerras imperialistas contra los pueblos y el avance armamentístico de las superpotencias ponen la paz del mundo contra las cuerdas.

En tercer lugar, con la obra de Lenin constatamos, a cien años de su partida, que no es cierto que las contradicciones de clase se hayan suavizado. Las pugnas políticas permanentes, incluso el retorno del fascismo, así lo demuestran. Por tanto, el pretendido acuerdo social se queda en meras ensoñaciones. Lejos

¿TE ACUERDAS DE LENIN?

de llegar al consenso, los antagonismos de clase están a la orden del día, pues sería ingenuo pensar que los explotadores renunciaran a sus privilegios y beneficios.

Por último, el Estado y sus aparatos siguen estando del lado de las clases dominantes. Situación que se comprueba en la incapacidad de dirección política por parte los gobiernos progresistas. Sus intenciones de reformas se quedan empantanadas. Y si se llegan a implementar, serán borradas de un plumazo por los gobiernos de derecha. No es un asunto de pesimismo, se trata de realismo. Para la muestra están las experiencias de los gobiernos progresistas en América latina.

En virtud de lo anterior, es hora de repetir a Lenin. Hoy más que nunca.

«Para los campesinos de mi patria
quiero la voz de Lenin.

» *Para los proletarios de mi patria
quiero la luz de Lenin.*

» *Para los perseguidos de mi patria
quiero la paz de Lenin.*

» *Para la juventud de mi patria
quiero la esperanza de Lenin.*



» Para los asesinos de mi patria,
para los carceleros de mi patria,
para los escarnecedores de mi patria,
quiero el odio de Lenin,
quiero el puño de Lenin,
quiero la pólvora de Lenin».

Referencias

Bugden, S., & Zizek, S. (2010). *Lenin reactivado. Hacia una política de la verdad*. Madrid: Akal.

Dalton, R. (2010). *Un libro rojo para Lenin*. Bogotá: Ocean Sur.

Gustafsoon, B. (1975). *Marxismo y revisionismo*. México: Grijalbo.

Jameson, F. (2010). Lenin y el revisionismo. En S. B. Zizek, *Lenin reactivado. Hacia una política de la verdad* (págs. 61-75). Madrid: Akal.

Kohan, N. (2017). Lenin y el debate sobre el poder y el Estado. *Conflicto social*. Año 10- N. 17, 152-169.

Kurlat, A. (2017). La concepción del partido en Lenin: el carácter universal del Qué hacer. *Hic Rodhus. A cien años de la revolución rusa*. Número 12. , 65-82.

Lenin. (1961). *Obras escogidas. Tomo I*. Moscú: Progreso.

Lenin. (1985). *Esfuerzos para justificar el oportunismo. Obras escogidas. Tomo 30*. Moscú: Progreso.



Lenin. (2010). *¿Qué hacer?* Caracas: Colección claves para el socialismo.

Lenin, V. (1982). Marxismo y Revisionismo. En V. Lenin, *Obras escogidas. Tomo I* (págs. 66-74). Moscú: Editorial Progreso.

Michael-Matsas, S. (2010). Lenin y el camino de la dialéctica . En S. Budgen, & S. K. Zizek, *Lenin reactivado: Hacia una política de la verdad* (págs. 101-119). Madrid: Akal.

Tarcus, H. (2008). De la Revolución al stalinismo: el leninismo y el problema del poder. *Revista Izquierdas*, vol. 1, núm. 1, 1-17.

¿TE ACUERDAS DE LENIN?





Fundación Walter Benjamin

¿Te acuerdas de Lenin?

Conmemoración y Revolución

La presente obra explora de manera dialéctica las múltiples facetas de la vida y el pensamiento de Lenin, reuniendo las reflexiones de autores de tres países y dos continentes. A través de una variedad de formatos, estas ideas se expresan libremente, sin las limitaciones de la academia tradicional, orientadas por la libertad de conciencia y pensamiento que surgen de las convicciones políticas y vitales de sus autores. Estas condiciones son esenciales para la emancipación humana. Invitamos al lector a mantener viva la memoria de Lenin y a participar en el debate sobre la conmemoración de su legado, así como en la discusión de las tesis y propuestas que los autores presentan en esta obra.